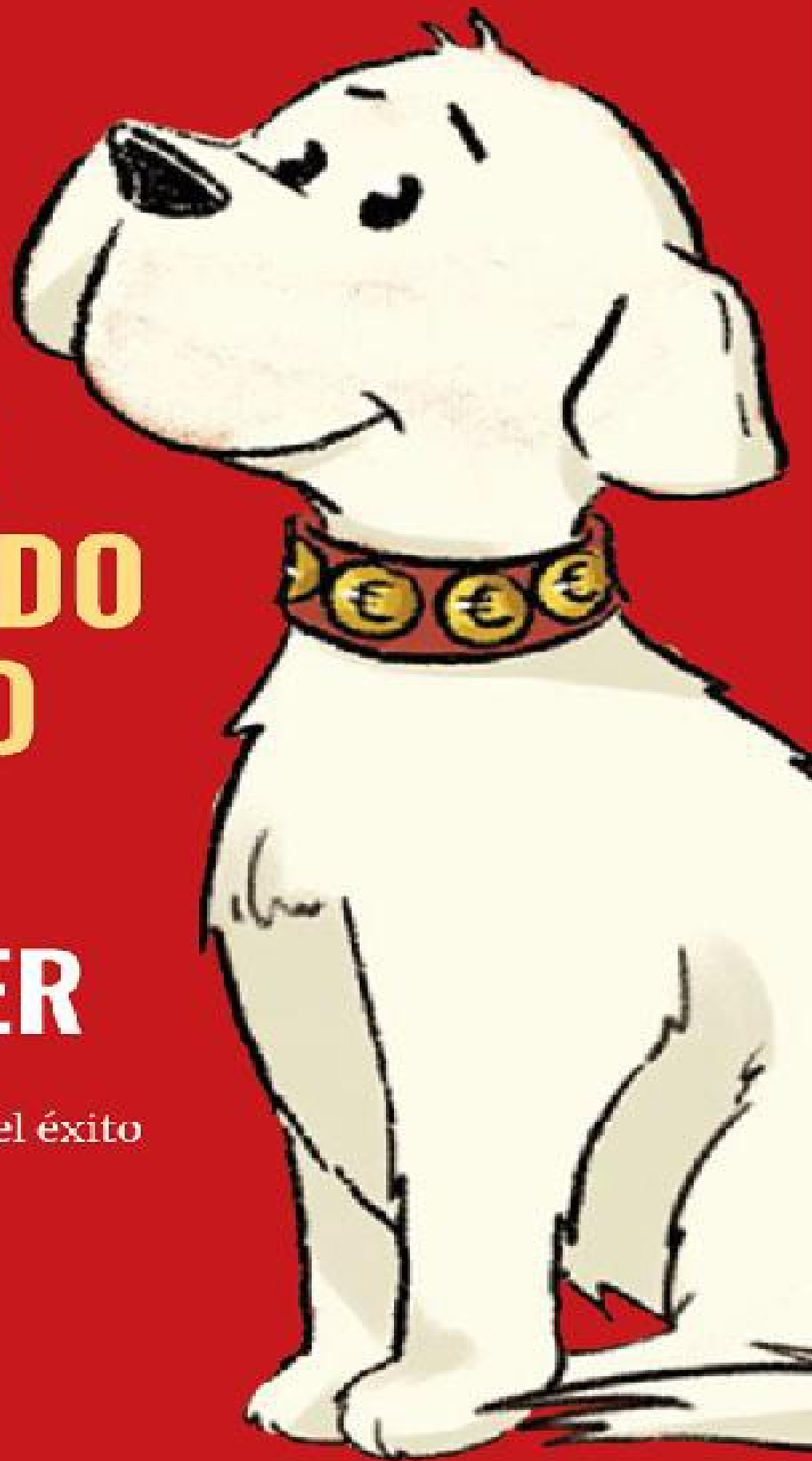


UN PERRO LLAMADO DINERO

**BODO
SCHÄFER**

Una fábula sobre el éxito
y la prosperidad



temas de hoy

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

EL LABRADOR BLANCO

LAS CAJAS Y EL ÁLBUM DE LOS SUEÑOS

DARYL, EL NIÑO QUE GANABA MUCHO DINERO

CÓMO CONSIGUE MI PRIMO GANAR TANTO

EL DUEÑO ANTERIOR DE DINERO

DEUDAS: LO QUE MIS PADRES HACEN MAL

PRIMERA VISITA AL SEÑOR GOLDSTERN

LA SEÑORA TRUMPF

LA AVENTURA

EN EL VIEJO SÓTANO

MIS PADRES NO LO ENTIENDEN...

EL REGRESO DE LA SEÑORA TRUMPF

LA GRAN CRISIS

EL CLUB DE INVERSIÓN

LA CHARLA

EL CLUB INVIERTE

LOS ABUELOS DIVERSIFICAN EL RIESGO

EL FINAL DE LA GRAN AVENTURA

CAER SIEMPRE DE PIE

PRÓLOGO PARA ADULTOS

APÉNDICE

BODO SCHÄFER

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

- Primeros capítulos
- Fragmentos de próximas publicaciones
- Clubs de lectura con los autores
- Concursos, sorteos y promociones
- Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Un relato para toda la familia sobre cómo mejorar nuestra relación con el dinero. Ya ha logrado ayudar a más de 7 millones de lectores en todo el mundo.

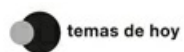
Kira ama a los perros. Por eso el día que se encuentra a un labrador herido en la calle no puede hacer otra cosa que llevárselo a casa. La sorpresa llega cuando se da cuenta de que su nuevo amigo de cuatro patas... ¡puede hablar! Además, resulta que sabe bastante sobre el dinero. Pero ¿por qué le interesará a un perro algo tan aburrido? A Kira descubrirlo le cambiará la vida. Entre muchas otras cosas, junto al labrador aprenderá qué es y para qué sirve el dinero, qué hacer para conseguirlo, cómo ahorrar o cómo multiplicar estos ahorros hasta tener suficiente para cumplir sus sueños.

A través de la historia de Kira, en estas páginas Bodo Schäfer nos regala una lección sobre el papel del dinero en nuestras vidas y sobre su conexión con la búsqueda de la felicidad.

UN PERRO LLAMADO DINERO

Bodo Schäfer

Traducción de Marta de Bru de Sala i Martí



EL LABRADOR BLANCO¹

Hacía muchísimo tiempo que quería tener un perro. Pero vivíamos en un piso de alquiler y nuestro casero nos lo tenía prohibido. Mi padre había intentado razonar con él, pero no había servido de nada. Era una de esas personas con las que no se puede entrar en razón. Se había escudado diciendo que a los demás inquilinos no les gustaría tener un perro en el edificio. Menudo disparate. Sabía de una familia del segundo piso y otra del tercero a las que también les gustaría tener un perro. En realidad, quien no quería ningún perro en el edificio era él.

Una vez mi padre me dijo: «No tiene nada que ver con el perro, lo que pasa es que no está a gusto consigo mismo y no quiere que los demás seamos felices». Un día tuve la oportunidad de examinar detenidamente al casero. La verdad es que parecía malvado e infeliz. Después de que mi madre también le comentara el asunto del perro, nos mandó una carta certificada amenazando con echarnos del piso.

Hoy en día, sigo pensando que ninguna persona debería tener derecho a prohibir a otra tener un perro. Y también que tiene mucho sentido comprarse una casa, aunque solo sea para poder decidir cuántas mascotas tener.

Tiempo después, mis padres consiguieron comprar una casa con jardín. Tenía una habitación para mí sola y me sentía en el séptimo cielo. Sin embargo, mis padres no parecían muy felices. Resulta que todo les había acabado costando mucho más de lo que tenían planeado. Enseguida me di cuenta de que íbamos cortos de dinero, por supuesto. Así que decidí guardarme para mis adentros lo que deseaba durante varias semanas. Aunque lo único que realmente deseaba era tener un perro.

Una mañana mi madre me despertó emocionada.

—Kira, despierta enseguida, hay un perro herido durmiendo delante de casa.

Salí de la cama de un salto y bajé las escaleras a toda velocidad. Y, efectivamente, en el rincón que quedaba entre la casa y el garaje yacía un perro blanco. Dormía profundamente, pero parecía intranquilo.

En el lomo, a la altura de las patas traseras, tenía una herida de unos seis centímetros de largo que había sangrado profusamente. Parecía como si lo hubiera atacado otro perro. Debió de haberse arrastrado hasta aquí y quedarse dormido de puro cansancio. Se me encogió el corazón. «¿Qué clase de animal mordería a un perro tan bonito como este?», me pregunté. De repente, se despertó. Me observó con sus grandes ojos. Acto seguido, dio un par de pasos para acercarse a

mí, pero temblaba mucho y estaba demasiado débil. Le resbalaron las patas sobre la piedra lisa y se cayó sobre su vientre. Enseguida se hizo un hueco en mi corazón.

Lo metimos con cuidado en el coche y lo llevamos a la clínica veterinaria. Allí le suturaron la herida y le pusieron una inyección. Entonces el perro, ya más relajado, se durmió. El veterinario nos confirmó que el corte había sido causado por una mordedura, pero nos aseguró que se curaría pronto. También nos proporcionó información sobre el perro. Nos contó que se trataba de un labrador, una raza especialmente bondadosa e inteligente, y también muy cariñosa con los niños. Dijo que, debido a su carácter, los labradores son los mejores perros guía. Mientras el veterinario hablaba, yo acariciaba al perro blanco. Qué pelaje más suave. Qué perro más dócil.

Ni siquiera se dio cuenta de que nos lo llevábamos de vuelta a casa. Lo tumbamos con cuidado encima de una manta en la cocina. No podía quitarle los ojos de encima. «Espero que se recupere», pensé.

Al parecer, mis temores eran infundados. El perro blanco se recuperó muy deprisa. Pero entonces sentí que se avecinaba un gran problema: no sabíamos ni de dónde venía ni a quién pertenecía. ¿Nos lo podríamos quedar? De repente, el miedo me dejó paralizada. ¿Y si mis padres no querían tener ningún perro? Al fin y al cabo, no teníamos mucho dinero.

Eso sí, teníamos que buscar a su dueño. Sin embargo, esperaba en secreto que no lo encontrásemos. Lo primero que hizo mi padre fue colgar carteles. También llamó a los refugios de animales más cercanos. Pero nadie sabía nada de un labrador blanco. Y, cada día que pasaba con nosotros, el perro se iba haciendo también un hueco en el corazón de mis padres. En cierto modo, pronto fue uno más de la familia.

Entretanto, el labrador se recuperó por completo. Un día jugué con él hasta que se quedó exhausto. Entonces me senté en la mesa de desayuno. Mis padres estaban hablando otra vez de dinero. Decidí no prestarles atención. En primer lugar, porque no entendía nada y, en segundo, porque nadie parecía muy contento cuando se hablaba de ese tema.

En cuanto detuvieron un momento la conversación, desvié su atención hacia un tema mucho más importante.

—¿Cómo se llama el perro? —pregunté.

Y de repente todos nos dimos cuenta de que no sabíamos cómo se llamaba.

En mi opinión, aquello no era lo ideal. Al fin y al cabo, un perro necesita un nombre. Me quedé observando aquel ovillo blanco que dormía encima de su manta a unos tres metros de mí. No se me ocurría ningún nombre adecuado. Seguí dándole vueltas...

Mientras tanto, mis padres retomaron su conversación sobre el dinero. De repente, mi padre soltó un gran suspiro.

—Dinero, dinero, dinero... ¡Todo gira alrededor del dinero!

El labrador se levantó de un salto y se acercó a mi padre.

—¡Dinero! —grité—. Ha reaccionado al oír la palabra «dinero».

El perro enseguida vino hacia mí.

—Debería llamarse «Dinero», ha elegido el nombre él mismo —dije.

Pero mi madre no parecía muy entusiasmada.

—No sería serio llamar Dinero a un perro.

A mi padre, en cambio, aquella idea le hizo gracia.

—A mí no me parece un mal nombre. Imagínate gritar «¡Dinero!» y que Dinero viniera corriendo. Así se acabarían todos nuestros problemas.

Por supuesto, en aquel momento mi padre no tenía ni idea de que no iba tan desencaminado con lo que acababa de decir. Y así fue como el labrador pasó a llamarse Dinero.

Seis semanas más tarde seguíamos sin saber de dónde venía Dinero. Aunque, en realidad, yo no quería saberlo. Porque si encontrábamos al dueño tendríamos que devolverle su perro. Y yo quería que se quedara con nosotros para siempre. Aun así, en mi interior seguía temiendo que un día el propietario se plantara ante nuestra puerta y tuviera que devolverle a Dinero... Supongo que huelga decir que Dinero y yo nos habíamos convertido en mejores amigos.

Dinero ya llevaba medio año con nosotros cuando de repente ocurrió el incidente. Era un perro increíblemente cariñoso, paciente y listo. Tenía la mirada más inteligente que había visto nunca. Y, a veces, estaba convencida de que entendía lo que le decía.

A todos los labradores les gusta nadar. Pero creo que ninguno ha pasado tanto tiempo dentro del agua como Dinero. Era incapaz de nadar entero ningún arroyo o lago. Tenía muchas ganas de ver qué le parecería el mar de verdad, con una gran playa de arena y las olas. Sin embargo, mis padres me dijeron que me quitara la idea de la cabeza por ahora, pues el negocio de mi padre no iba muy bien.

Normalmente, los domingos paseábamos por la orilla del gran río que atraviesa nuestra ciudad. Al menos se parecía un poco al mar. Sobre todo, bajo el puente, donde el río era más caudaloso y peligroso.

No sé qué le ocurría a Dinero aquel domingo. Llevaba toda la mañana haciendo una travesura detrás de otra. Mientras estábamos paseando, de repente, se alejó corriendo de mí. Lo llamamos y lo buscamos sin descanso. Entonces vimos que estaba siendo arrasado por la corriente del río. Hoy en día todavía no tengo ni idea de cómo se pudo haber metido allí, pues sabía perfectamente que tenía prohibido meterse en el agua en aquel lugar en concreto. La corriente era demasiado fuerte y el río lo arrastraba hacia el puente. Había una red colocada entre dos pilares y Dinero se quedó atrapado en ella. Las olas le pasaban por encima de la cabeza. Cada vez le resultaba más difícil respirar. Cada vez sumergía la cabeza durante más tiempo.

Tenía que salvar a Dinero de alguna manera. No podía quedarme mirando mientras se ahogaba. Entonces se me cruzaron los cables y me tiré al agua. No había tiempo para pensamientos racionales. Tenía que llegar hasta Dinero. Todo ocurrió muy deprisa. Enseguida quedé sumergida. Tragué agua, presa del pánico. Había agua fría y sucia por todas partes, ya no

sabía dónde estaba arriba y dónde estaba abajo. Entonces todo se volvió negro a mi alrededor. No recuerdo nada más de lo que ocurrió después.

Más tarde, mis padres me contaron que la corriente me había arrastrado hasta la misma red donde estaba atrapado Dinero. Por suerte había una lancha de la policía fluvial por ahí cerca. Seguramente, rodeé a Dinero con los brazos antes de perder el conocimiento. En cualquier caso, la tripulación de la barca nos sacó a Dinero y a mí del agua casi a la vez.

No sé muy bien cómo, pero lograron reanimarme. Afortunadamente, solo tuve que quedarme unas horas ingresada en el hospital. Aunque luego estuve muy débil y tuve que guardar reposo durante unos días.

Dinero se recuperó mucho más deprisa, pero no se alejó de mi cama. Se sentaba frente a mí durante horas y me observaba. Vi en sus ojos que entendía todo lo que había ocurrido.

Mucha gente no sabe que los perros pueden mirarte con gratitud y Dinero me contemplaba con amor y gratitud. Por supuesto no tenía ni idea de lo que iba a ocurrir después...

Tenía unos doce años. Todo seguía igual. Todavía no habíamos ido al mar. Mis padres seguían sufriendo por lo que ellos llamaban «recesión». Eso quería decir que la situación económica general era la causante de nuestros problemas monetarios. Les pregunté por qué a los padres de mi amiga Monika les iban bien las cosas a pesar de estar viviendo la misma situación económica que nosotros, pero mi duda fue ignorada airadamente. El negocio de mi padre llevaba varios meses facturando muy poco. El ambiente en casa era a menudo opresivo y, de vez en cuando, mi madre decía que habría sido mejor no comprar la casa. Sin embargo, a mi parecer, ese tipo de pensamientos eran una pérdida de tiempo, ya que al fin y al cabo el pasado no se puede cambiar. Además, si no tuviéramos nuestra propia casa, no habríamos podido quedarnos con Dinero: también tenía su parte buena.

Un día ocurrió algo muy extraño. Decidí encargar por teléfono el último CD de mi grupo favorito. Acababa de ver un anuncio en la televisión donde habían dicho el número de teléfono al que había que llamar para comprarlo.

Así que me senté junto al teléfono y empecé a marcar el número. Pero de repente oí una voz: «Kira, primero deberías pensar si realmente puedes permitirte comprar este CD».

Sorprendida, eché un vistazo por toda la habitación. Las puertas estaban cerradas y no había nadie más ahí dentro. O, mejor dicho, no había ninguna persona más en la habitación: solo tenía a Dinero junto a mí. Tal vez me había imaginado aquella voz... Al cabo de un rato volví a coger el teléfono que había soltado por el susto. Empecé a marcar el número de nuevo. De repente, volví a oír esa voz: «Kira, si te compras el CD, casi no te quedará nada de la paga para el resto del mes».

Dinero se detuvo frente a mí con la cabeza ligeramente inclinada. La voz parecía salir de él, pero eso era imposible. Empecé a tener calor y frío al mismo tiempo. «Los perros no pueden hablar. Ni siquiera los que son tan inteligentes como Dinero», pensé.

«Hace mucho tiempo, todos los perros podían hablar un poco, aunque de una manera muy

distinta a la de los humanos. Sin embargo, esta habilidad se fue atrofiando.» Dinero me miró. «Aunque yo todavía la conservo.»

Una vez vi por la televisión un camello que hablaba. «Pero eso era una película», razoné. «Y no estamos en la película. Esto es la realidad.» Y entonces me di cuenta: «Puede que esté soñando». Rápidamente, me pellizqué el brazo. ¡Ay, que daño! De modo que no estaba soñando.

Dinero no dejaba de mirarme. Entonces volví a oír aquella voz.

«¿Ya podemos hablar de manera razonable o quieres seguir pellizcándote y asimilando la sorpresa durante un rato más?»

No sé muy bien cómo explicarlo; pero, de repente, me pareció perfectamente normal oír hablar a Dinero. Tuve la sensación de que llevaba años hablando con él. Sin embargo, había algo que me parecía extraño: Dinero no movía el hocico ni un poco al hablar.

«Los perros hablamos de una manera mucho más avanzada que vosotros, los humanos. Cuando queremos comunicar algo, enviamos un pensamiento directamente al cerebro del otro», explicó Dinero. «Por eso sé lo que estás pensando.»

Entonces sí que me sobresalté.

«¿Me estás diciendo que has estado leyendo todos mis pensamientos?», le pregunté. Rápidamente intenté acordarme de todo lo que había pensado aquellos últimos días...

Pero Dinero interrumpió mis pensamientos.

«Claro que sé lo que estás pensando. Cuando dos seres vivos están cerca, en cierta manera, pueden leer los pensamientos del otro. Y es por eso por lo que sé que te entristece mucho que tus padres tengan tantos problemas económicos. Pero también veo que estás empezando a cometer los mismos errores que ellos. La habilidad de una persona para gestionar bien el dinero se determina a una edad muy temprana. No debería estar hablando contigo. Si los científicos se enterasen, me encerrarían en una jaula y harían todo tipo de experimentos conmigo. Por eso no había contado a nadie mi habilidad. Pero, dado que me salvaste la vida arriesgando la tuya, he decidido hacer una excepción. Será nuestro secreto. Nadie debe saberlo nunca.»

Quería preguntarle varias cosas a Dinero. Quería saber de dónde venía, cómo era su anterior dueño, quién le había hecho daño..., pero me interrumpió.

«El hecho de que podamos hablar es un gran regalo. Luego lo entenderás mucho mejor. Pero ahora no debemos perder el tiempo con muchas preguntas. Sugiero que solo hablemos de un único tema: el dinero. Porque quiero correr el menor riesgo posible.»

«Pero hay otros temas que me interesan mucho más», pensé. Además, mi madre decía a menudo que el dinero no era lo más importante en la vida.

«Yo tampoco creo que el dinero sea lo más importante en la vida. Pero, cuando falta por todos lados, adquiere una gran importancia. Piensa en el momento en que ambos nos estábamos ahogando en el río. Nuestra prioridad era salir de ahí. Todo lo demás carecía de importancia. Pues lo mismo les ocurre ahora a tus padres: su situación financiera es tan mala que no dejan de hablar de ella. Es como si se estuvieran ahogando en el río, por así decirlo. Quiero ayudarte a

hacer las cosas de otra manera para que no te encuentres nunca en la misma situación que ellos. Si quieres, te enseñaré que el dinero puede convertirse en un elemento agradable de tu vida.»

Nunca me había puesto a pensar en aquel tema. Por supuesto que me gustaría que mis padres tuvieran más dinero. Aunque tenía mis dudas de si un perro era el mejor consejero sobre cuestiones de dinero.

«Eso ya lo veremos», me interrumpió Dinero, y sonrió con lo que parecía un deje de arrogancia. «Pero primero debemos hablar de algo mucho más importante: solo puedo ayudarte si realmente lo deseas. Así que te pido que lo pienses bien. A menudo los humanos os dejáis engañar por vuestros pensamientos. Por eso te sugiero que de vez en cuando pongas las cosas por escrito. Escribe diez razones por las que te gustaría ser rica. Mañana, a las cuatro de la tarde, iremos a pasear juntos por el bosque.»

Hasta entonces siempre había pensado que era demasiado pequeña para aprender cosas complicadas sobre el dinero. Además, sabía, por la experiencia de mis padres, que el dinero no era algo agradable.

Dinero me estaba leyendo la mente, por supuesto. Enseguida oí su voz.

«A tus padres les va tan mal porque no aprendieron a gestionar el dinero cuando tenían tu edad. Un sabio chino dijo: “Haz las cosas grandes cuando sean pequeñas, pues todo lo grande empieza siendo pequeño”. Me gustaría explicarte algunos secretos y reglas sobre el dinero. Pero solo funcionará si realmente quieres aprender. Es por eso por lo que primero debes encontrar diez motivos por los que hacerlo. No volveremos a hablar hasta que no hayas completado la lista.»

Durante el resto del día me dediqué a darle vueltas. Tenía mucho en lo que pensar, por supuesto. En cualquier caso, decidí no contarle a nadie lo que había descubierto.

Desde luego no quería que Dinero fuera víctima de a saber qué experimentos científicos. Me lo imaginé encerrado en una estrecha jaula y conectado a innumerables tubos. No. Debía evitar a toda costa que ocurriera algo así. Por eso no conté a nadie que Dinero podía «hablar». Y decidí no hacerme demasiadas preguntas sobre Dinero y aquel milagro. Tenía la sensación de que, si lo hacía, nunca llegaría a ninguna parte.

Todavía no estaba convencida de que tuviera que ponerme a pensar en el dinero. Pero entonces recordé aquella frase del sabio chino: «Haz las cosas grandes cuando sean pequeñas...». ¿Qué podía significar?

De repente, se me ocurrió una posible explicación. Tal vez se refería a lo que le ocurría a Henry, el perro de raza terrier de la familia del vecino. Empezó a vivir con ellos cuando ya tenía cinco años. Y no les hacía ni caso. Los vecinos siempre decían que ahora ya era muy difícil conseguir que cambiara. Que era mucho más fácil enseñar cualquier cosa a un perro cuando es cachorro.

Tal vez mis padres, en el asunto del dinero, fueran como Henry. Además, Dinero parecía saber bien de lo que estaba hablando. Así que me puse a pensar en diez motivos por los que

quería ser rica. No fue tarea fácil, pues la mayoría de las cosas que deseaba no requerían mucho dinero.

Al cabo de tres horas terminé, por fin, la lista:

1. Una bicicleta de montaña con dieciocho velocidades.
2. Comprarme todos los CD que quiera.
3. Comprarme las deportivas que hace tanto tiempo que quiero.
4. Hablar por teléfono durante más tiempo con mi mejor amiga, que vive a doscientos kilómetros.
5. Participar en verano en el programa de intercambio y viajar a Estados Unidos para mejorar mi nivel de inglés.
6. Dar dinero a mis padres para que no estén siempre tan tristes y poder ayudarlos con sus deudas.
7. Invitar a mi familia a comer a un restaurante italiano.
8. Ayudar a los niños pobres que no lo tienen tan fácil como yo.
9. Unos tejanos negros de marca.
10. Un ordenador.

Al terminar la lista me di cuenta de que, al fin y al cabo, sí quería ser rica. Seguro que la gente rica no tiene problemas para comprarse todo eso y hacer muchas cosas interesantes. Además, mientras hacía la lista, había estado pensando en mi amiga Jenny. Decidí preguntarle a Dinero si podría compartir mis conocimientos sobre dinero con ella. De repente, apenas podía esperar a que llegaran las cuatro de la tarde, cuando aprendería cómo volverme rica...

LAS CAJAS Y EL ÁLBUM DE LOS SUEÑOS

No conseguía concentrarme en mis deberes. Cuando dieron las cuatro, salí corriendo al jardín. El labrador blanco ya me estaba esperando. Me apresuré a ponerle la correa y nos fuimos al bosque. No me atreví a hablar con él hasta que llegamos a nuestro escondite, un claro acogedor escondido entre las zarzas. Para llegar allí, había que arrastrarse por una especie de túnel de unos cinco metros de largo entre los arbustos y, entonces, se abría un espacio muy acogedor. Nadie conocía aquel escondite, excepto Dinero y yo. Ahí estaríamos a salvo.

Estaba muy emocionada. ¡Ojalá Dinero pudiera volver a hablar! No las tenía todas conmigo. Me moría de ganas de hacerle preguntas, pero recordé que me había dicho que solo quería hablar de dinero, así que esperé. Entonces, Dinero me miró.

«Kira, ¿has pensado si te gustaría ser rica?»

«Sí», me apresuré a contestar. Saqué la lista del bolsillo.

«Léemela», me animó Dinero. Así que le recité los diez puntos.

«De todos, ¿cuáles son los más importantes para ti?», me preguntó a continuación.

«Todos son importantes», respondí.

«Te creo», contestó el perro. «Aun así, me gustaría que volvieras a echar un vistazo a la lista y dibujaras un círculo alrededor de los tres puntos que te parezcan más importantes.»

Volví a concentrarme en la lista y releí cada uno de ellos. Me resultó muy difícil decidir los tres puntos que prefería por encima de los demás. Pero al final lo conseguí y dibujé un círculo alrededor de estos tres deseos:

1. Viajar a Estados Unidos el próximo verano como alumna de intercambio.
2. Un ordenador, preferiblemente un portátil.
3. Ayudar a mis padres con sus deudas.

«Son tres motivos muy sensatos. Una elección muy acertada.» Dinero estaba entusiasmado. «Te felicito.»

Me sentí muy orgullosa, a pesar de no entender muy bien el propósito de aquel ejercicio. Dinero me leyó la mente, como siempre, y enseguida resolvió mis dudas.

«La mayoría de la gente ni siquiera sabe lo que quiere. Solo sabe que quiere más. Lo mejor es que te imagines la vida como si fuera una tienda *online*. Si simplemente le pides que te dé más, no recibirás nada. Incluso, aunque le pidas que te mande algo bonito, no recibirás nada. Lo mismo ocurre con lo que deseamos: debemos saber exactamente lo que queremos.»

Sus palabras me generaron varias dudas.

«¿Significa eso que, si sé lo que deseo, se hará realidad?»

«No, tendrás que esforzarte para lograrlo», explicó Dinero. «Pero ya habrás dado el primer paso decisivo.»

«¿Solo por haber escrito una lista de lo que deseo?», le pregunté.

«Así es», confirmó Dinero. «A partir de ahora tienes que mirar cada día la lista de lo que deseas. Así siempre lo tendrás en mente. Entonces empezarás a ver oportunidades que te ayudarán a conseguirlo.»

«Tengo curiosidad por ver si funciona», dije dubitativa.

«Si vas con esta actitud, seguro que no funcionará», respondió Dinero mirándome con cara seria. «Pero tengo tres consejos que pueden ayudarte a cambiarla. En primer lugar, te recomiendo que cojas un álbum de fotos vacío y que lo conviertas en tu álbum de los deseos. Busca imágenes que representen lo que deseas conseguir. Y luego pégalas en tu álbum. Nuestros cerebros piensan con imágenes.»

«¿Cómo que nuestros cerebros piensan con imágenes?», pregunté.

«Significa que no pensamos con palabras», contestó Dinero. «Cuando piensas en California, ¿qué ves en tu cabeza: la palabra “California” o imágenes de ese sitio?» Dinero tenía razón, por supuesto, pues veía imágenes de Disneyland, San Francisco y Hollywood, entre otras.

«¿Y dónde puedo encontrar imágenes para llenar el álbum?», pregunté.

Dinero me miró de manera extraña y se sopló el pelo que le caía por encima de los ojos de manera cómica, como si se estuviera burlando de mí.

«De acuerdo», me apresuré a decir. «Creo que podría encontrar una imagen de un ordenador portátil en un folleto de publicidad, y tal vez encuentre fotografías de Estados Unidos en la oficina de la organización que impulsa el programa de intercambio. Pero confieso que no acabo de entender cómo me va a ayudar eso.»

«No siempre tenemos que comprender exactamente cómo y por qué funciona algo: lo importante es que funcione. Por ejemplo, ¿sabrías decirme cómo funciona la electricidad?», me preguntó el labrador blanco.

No me esperaba aquella pregunta. ¿Por qué me había preguntado por la electricidad? Ya podría haberme preguntado por la gravedad. Acababa de aprenderlo todo sobre esta fuerza en el colegio.

«¿Lo ves?», continuó imperturbable el labrador. «Puedes pulsar el interruptor de la luz para que se encienda una bombilla, a pesar de no tener ni idea de cómo funciona la electricidad. A los perros no nos gustan mucho los discursos teóricos. Nos basta con saber que algo funciona. Así que hazte con un álbum de fotos y empieza a llenarlo de imágenes.»

«Solo tenía curiosidad», refunfuñé.

«Y eso es algo muy bueno», se apresuró a puntualizar Dinero. «Pero nunca dejes que te impida hacer algo. Muchas personas no dejan de dar vueltas a algo solo porque no lo entienden

del todo. A veces es mucho más inteligente hacerlo sin más.»

«De acuerdo, lo intentaré», prometí.

La voz de Dinero interrumpió mis pensamientos.

«No lo intentes, hazlo. Cuando te propones intentar algo, es como si esperaras que no fuera a salir bien, que al final no funcionara. Decir que vas a intentar algo es como si estuvieras justificándote de antemano, como si estuvieras disculpándote antes de tiempo. No lo intentes. O lo haces o no lo haces.»

Reflexioné un momento sobre aquellas palabras, pues enseguida me vino a la mente una persona a la que conocía bien que siempre decía: «Intentaré hacer esto y aquello...». Sí, mi padre no paraba de usar esa palabra. Siempre decía que aquel día intentaría conseguir un nuevo cliente, pero casi nunca lo lograba. Tal vez Dinero tuviera razón. Tal vez el problema de mi padre estuviera relacionado con la palabra «intentar». Así que decidí intentar dejar de utilizar la palabra «intentar».

De repente, Dinero empezó a gruñir. ¡Oh, no, había vuelto a usar esa palabra! No intentaría dejar de utilizar esa palabra, sino que, simplemente, dejaría de usarla. Dinero no me quitó ojo mientras pensaba en todo aquello.

«No es tan fácil, ¿verdad?»

Entonces recordé que el labrador me había dicho que tenía tres consejos para ayudarme a cambiar de actitud y conseguir que mis deseos se cumplieran. El primero era crear un álbum de los sueños. Pero ¿cuáles eran los otros dos? Dinero contestó al momento mi pregunta.

«Lo segundo que puedes hacer es mirar esas imágenes un par de veces al día e imaginarte que estás en Estados Unidos, que ya tienes un ordenador portátil y lo orgulloso que está tu padre por tener todas las deudas bajo control.»

«Eso que propones se parece mucho a soñar. Mi mamá me dice que no debo soñar despierta», respondí asombrada.

«Yo estoy hablando de una técnica que se conoce como “visualizar”», me contestó Dinero con paciencia. «Todas las personas que han conseguido algo en la vida primero lo han soñado, es decir, se han imaginado cómo sería todo cuando logran sus objetivos. Aunque, por supuesto, no basta solo con soñarlo. Puede que tu madre se refiera a esto.»

Todo aquello me parecía muy extraño. Y era muy diferente de lo que me imaginaba que sería aquella primera lección sobre el dinero.

«Eso es lo que se conoce como “aprender”», respondió Dinero enseguida. «Aprender nuevas ideas y maneras de pensar. Si sigues pensando exactamente igual, entonces, siempre obtendrás los mismos resultados. Y, dado que casi todo lo que te contaré te resultará nuevo, déjame darte un consejo: no juzgues nada antes de haberlo probado. Nadie ha conseguido nunca lograr sus objetivos sin visualizarlos antes. En la vida solo conseguimos aquello en lo que centramos nuestra atención. La mayoría de las personas se centran en lo que no quieren, en vez de visualizar lo que realmente desean.»

No pude evitar pensar en mi tía Christel, quien siempre tenía la sensación de que todo era demasiado para ella y estaba nerviosa por si no conseguía lograrlo todo. Aquello era, precisamente, lo que acababa ocurriéndole: cada cosa, por pequeña que fuera, se convertía en algo demasiado complicado para ella. También me vino a la mente mi padre. Siempre se concentraba en la difícil situación en la que nos encontrábamos y, no sé muy bien cómo, siempre parecía empeorarla.

«Lo tercero que puedes hacer es crear cajas de los sueños», continuó Dinero.

«¿Cajas de los sueños?», pregunté sorprendida. Dinero rio.

«Sí. Sin dinero, no conseguirás llegar a California. Una de las mejores maneras de conseguirlo es utilizando el truco de la caja de los sueños. Solo tienes que coger cualquier caja y convertirla en una hucha y luego escribir un sueño en ella. Eso sí, tienes que tener una caja para cada sueño. Una vez terminada, tienes que meter dentro todo el dinero que ahorres».

Enseguida me vinieron a la mente varias objeciones.

«Pero entonces tendría que crear muchas cajas y, aunque metiera un euro en cada una de ellas, tardaría, por lo menos, hasta los veinte años en reunir todo el dinero. Además, si lo hiciera, tampoco tendría dinero para el resto de mis deseos...»

«¿Te has dado cuenta de que siempre piensas primero en por qué no va a funcionar algo?», comentó Dinero mirándome tranquilamente.

«Puede que lo haga a veces», refunfuñé. «Pero ¿no sería mejor que pensáramos en cómo conseguir que me suban la paga? Si me la doblaran, sería genial».

«Tal vez no me creas ahora, Kira; pero, si te multiplicaran la paga por diez, tus problemas serían incluso mayores», me contestó Dinero con voz seria. «Los gastos siempre aumentan en la misma proporción que los ingresos.» Sus palabras me parecieron una exageración. Si me multiplicaran la paga por diez, sin duda, viviría a cuerpo de reina.

Pero Dinero no cesó en su empeño.

«Mira, por ejemplo, a tus padres. No solo tienen unos ingresos diez veces mayores que los tuyos, sino cien veces mayores, y aun así les cuesta salir adelante. La cantidad de dinero no es lo más importante, sino lo que se hace con él. Primero hay que aprender a apañárselas con el dinero que se tiene actualmente. Solo entonces se está capacitado para recibir más dinero. Pero esto te lo explicaré mejor dentro de unos días. Por ahora, volvamos a las cajas de los sueños. ¿Qué te parecería ponerte a hacerlas?»

«Pero con tantas cajas perderé la cuenta», respondí.

«Precisamente, por esto has escogido los objetivos más importantes de tu lista», explicó Dinero.

Volví a echar un vistazo a mi lista. Era verdad: para mí lo más importante era el viaje a Estados Unidos, tener un ordenador portátil y ayudar a mis padres con sus deudas. Para los primeros dos objetivos, podía crear una caja de los sueños. Pero me pareció descorazonador seguir aquel método para ayudar con las deudas de mis padres.

«Es cierto», dijo Dinero al leerme el pensamiento. «Dentro de unos días hablaremos sobre las deudas de tus padres. Será mucho más fácil de lo que crees. Así que, por ahora, solo necesitas dos cajas de los sueños. Es bastante factible.»

«De acuerdo, lo intenta... No, quería decir que lo haré», lo prometo.

«Pues venga, ponte a ello», me animó Dinero.

«¿Te refieres a que empiece ahora mismo?», pregunté sorprendida.

El labrador se limitó a asentir. Cerré los ojos y me imaginé a mí misma haciendo los deberes en mi propio ordenador portátil. Me quedarían mucho mejor presentados y también podría corregirlos más fácilmente. Seguro que así sacaría mejores notas. Además, podría jugar con los videojuegos más divertidos... Entonces me imaginé a mí misma pasando tres semanas en San Francisco con una agradable familia de acogida. También me imaginé haciendo una nueva amiga maravillosa, pasándolo en grande con ella, sintiendo que nunca me había entendido tan bien con nadie. Aprendería tanto... Todo sería tan diferente...

Y en medio de todo esto me imaginaba a mi padre llevándome al aeropuerto la mar de contento porque ya no tenía deudas. Se le veía tan orgulloso. Era genial, porque estaba de muy buen humor. ¡Incluso se ponía a silbar una canción!, cosa que no debería hacer, pues silbar no es su fuerte. Pero me ponía contenta verlo tan feliz.

Al cabo de un rato, volví a abrir los ojos.

«¿Qué tal?», me preguntó Dinero enseguida.

«Muy bien», le respondí. «Me ha gustado mucho. Pero sigo sin entender cómo va a ayudarme eso.»

«Recuerda lo que hemos hablado sobre la electricidad», contestó Dinero. «No tienes que entenderlo. No tienes que saber cómo funciona. Basta con saber que funciona. Y, para serte sincero, tampoco sabría explicártelo con exactitud. Una vez una gaviota muy sabia dijo: “Antes de emprender el vuelo, debes saber que ya has llegado”. Eso significa que debes imaginarte que ya tienes aquello que deseas. Así es como un pequeño deseo acaba convirtiéndose en una realidad. Con el tiempo, tu deseo de ir a San Francisco se irá haciendo cada vez más fuerte. Cuanto más a menudo lo visualices, más fuerza tendrá tu deseo. Entonces empezarás a buscar oportunidades que te permitan hacerlo realidad. Créeme, Kira, hay muchas oportunidades, pero solo las verás si las buscas y solo las buscarás si tu deseo es lo bastante fuerte. Para fortalecer tu deseo, tienes que visualizarlo.»

«Seguramente tengas razón», respondí pensativa. «Nunca me había planteado seriamente ir a San Francisco. Una vez pregunté a mi madre por el programa de intercambio, pero enseguida me dijo que me lo quitara de la cabeza. Así que desde aquel momento no había vuelto a pensar mucho en ello. Sin embargo, de repente, ahora, tengo muchas más ganas de ir.»

Dinero gruñó satisfecho.

«¡Eso se merece una galletita!»

Puse cara de asombro. Desde que Dinero se había convertido en mi profesor, no lo había

tratado en absoluto como a un perro. Me apresuré a darle un par de galletitas para perros que devoró con fruición.

Quería hacerle muchas preguntas. De repente, había tantos secretos... Dinero ya me había dicho que solo hablaría conmigo sobre dinero, así que me guardé las preguntas para mí. Pero había algo que me atormentaba y que quería saber.

«Dinero, ¿cómo es que sabes todas estas cosas?»

A Dinero le hizo gracia mi pregunta.

«Porque los perros somos muy listos.»

«Ya, claro», contesté. «¿Y qué me dices de los bóxeres y los caniches?»

Dinero rio.

«Antes vivía con un hombre muy rico. Pero ahora no quiero hablar de eso. Ya lo descubrirás más adelante. Todo a su debido tiempo. Ahora ya va siendo hora de volver a casa, se está haciendo tarde.»

Dinero tenía razón, ya casi era la hora de cenar. Así que emprendimos el trayecto de regreso a casa. Cuando llegué a la mesa, no me apetecía nada de lo que había. Tampoco tenía mucha hambre. Mi madre me miró preocupada y me preguntó si me ocurría algo. Suspiré con fuerza. No podía contárselo. Tenía tanto en lo que pensar y tantas incógnitas por resolver...

La cena terminó y me fui a mi cuarto. Enseguida me puse manos a la obra. Necesitaba un álbum de fotos. Cogí un viejo cuaderno de poesía. Estaba segura de que me serviría. Entonces quise meter dentro imágenes de ordenadores portátiles y de California. Pero me quedé atónita: no tenía ninguna imagen, ningún folleto. Me di cuenta de que hasta entonces no me había tomado en serio mis sueños. Por lo tanto, me comprometí a hacerme con unos cuantos folletos al día siguiente. Por el momento, me pondría a preparar las cajas de los sueños.

Después de estar buscando un buen rato, acabé encontrando una caja de bombones. Le hice un corte en la parte de arriba, como si fuera una hucha. Con un rotulador escribí en la tapa la palabra «PORTÁTIL» con letras bien grandes. Luego rodeé la tapa con cinta adhesiva. Me gustaría pegarle una imagen bien bonita de un ordenador portátil en cuanto tenga alguna. Tal vez encuentre una imagen enorme que cubra toda la tapa, así la caja parecería un ordenador portátil con una ranura para ir ahorrando. Me pareció una muy buena idea. Entonces cogí una caja de puros de mi padre y escribí «SAN FRANCISCO» en ella.

Me incliné hacia atrás. Ahora ya tenía las cajas. Pero ¿cuánto dinero debería meter dentro? En aquel momento me daban una paga de 12 euros al mes. Con esa cantidad podría comprarme un CD. Me puse a pensar. Si pusiera, por ejemplo, 3 euros en cada caja, entonces no me quedaría dinero suficiente como para comprarme un CD. ¡Qué decisión más difícil! Al final me di cuenta de que dentro de un tiempo podría tener un montón de CD o lograr uno de mis grandes objetivos. Tal vez fuera mejor comprarme un CD nuevo cada dos o tres meses, así podría ahorrar la mitad de mi paga. Cada vez me gustaba más aquella idea, así que metí 3 euros en cada una de las dos cajas.

Contemplé ambas cajas con orgullo. De repente, me parecieron maravillosas. Tenía la sensación de que aquello iba a funcionar sí o sí. Me sentí muy bien.

Me tumbé en la cama. ¡Estaba tan nerviosa...! Aquel día había aprendido mucho. ¡Qué emocionante era mi vida de repente! Seguro que nadie tenía un perro tan extraordinario como el mío. Al final, me dormí. Soñé con Dinero, Estados Unidos y ordenadores portátiles.

DARYL, EL NIÑO QUE GANABA MUCHO DINERO

—Kira, ¡levántate de una vez! —gritó mi madre.

Si ella no me hubiera despertado, habría seguido durmiendo. Tengo la sensación de que a veces queremos dormir un poco más para poder seguir soñando.

Estiré los brazos mientras seguía tumbada en mi cama. Mi madre descorrió las cortinas y dejó que entrara la luz de la mañana. A continuación, echó un vistazo al desorden de mi habitación con una mirada reprobadora. Al hacerlo, sus ojos se posaron en mis cajas de los sueños. Cogió una y después la otra. Frunció el ceño al leer «PORTÁTIL» y «SAN FRANCISCO».

—¿Qué clase de obsesión es esa? —me preguntó.

Me sonrojé y me acaloré.

—Ya sabes que me gustaría participar en el programa de intercambio para viajar a Estados Unidos. Además, he pensado que podría hacer los deberes mucho mejor si tuviera un ordenador portátil. Así que he decidido ahorrar para conseguirlo —respondí.

Mi madre me miró atónita. Todavía tenía una caja en cada mano. Las sacudió. Las monedas que había dentro repiquetearon de un lado a otro.

—Sí que hay dinero dentro —comentó sorprendida—. ¿Cuánto hay?

No me estaba gustando mucho aquella conversación.

—Tres euros en cada caja —murmuré en voz baja.

—Bueno, bueno, 3 euros para un portátil y 3 euros para un viaje a Estados Unidos... Seguro que no tardarás mucho en ahorrar lo que te falta —se rio mi madre—. Necesitas 1.500 euros para el viaje, es decir... —Empezó a calcular mentalmente, cosa que no era su punto fuerte—. Tres euros al mes por doce son 36 euros al año, por diez años son 360 euros... ¡Eso significa que tardarás más de cuarenta años en ahorrar para el viaje! —concluyó finalmente y se echó a reír.

Odiaba que se riera de mí. Me sentí tan estúpida que se me saltaron las lágrimas. No quería que mi madre me viera llorar, así que me esforcé por contenerlas. Pero fui incapaz de hacerlo, cosa que me enfureció todavía más.

—¡Ey, Georg, nuestra hija es un genio de las finanzas y pronto se irá a San Francisco! ¡Ja, ja, ja! —gritó mi madre tras salir corriendo de mi cuarto.

Entonces perdí el control.

—¡Sí que iré, ya lo verás! —grité por el pasillo—. Iré durante las próximas vacaciones de verano. ¡Y no te escribiré ni una postal! Que te aproveche quedarte aquí con tus deudas. ¡No pienso ayudarte!

A continuación, cerré dando un portazo. Me tiré encima de la cama y lloré amargamente. Estaba enfadada conmigo misma. Si hubiera mantenido la boca cerrada, esto no habría ocurrido. Tenía ganas de golpear las cajas. ¡Menuda tontería! Por supuesto que aquello no funcionaría. Lo primero que quería hacer al salir de la escuela era decirle a Dinero lo absurdo que me parecía todo aquello. A ese paso, viajaría a Estados Unidos siendo una abuela. ¡Menudo truco!

No fue uno de mis mejores días en el colegio. Mi cerebro no estaba muy por la labor. Por suerte, no tenía ningún examen, ni siquiera un ejercicio. Menos mal, porque habría suspendido. Ni siquiera hablé con Monika, la niña que se sienta a mi lado y que es amiga mía. Me escribió una nota, pero me la metí en el bolsillo de los tejanos sin leerla.

Cuando llegó la hora del patio, salí disparada. Quería estar sola. Pero Monika corrió detrás de mí y enseguida me alcanzó. Parecía ofendida.

—¿Qué te pasa? —me preguntó—. ¿Estás enferma, has perdido algo, te has enfadado con tus padres...? No te preocupes, seguro que se te pasará enseguida. A menos que se haya puesto en contacto contigo el dueño de Dinero...

—No me pasa nada —la interrumpí. De lo contrario habría seguido preguntando hasta el infinito. Monika hablaba mucho. Demasiado. Era incapaz de guardarse nada para sí misma. Era por eso por lo que Jason, nuestro delegado de clase, siempre decía que contarle algo a Monika era como escribirlo en el periódico.

Pero Monika no se dio por vencida y siguió atosigándome. Es una persona con gran curiosidad, como todas las que hablan mucho. Sabía que no me dejaría en paz. Así que me puse a pensar en qué podía decirle sin poner a Dinero en peligro. Decidí contarle lo de las cajas de los sueños y que mi madre se había reído de mí.

—Por eso necesito mucho dinero, y deprisa —dije al terminar mi relato. Monika se me quedó mirando con cara de no entender nada.

—Pues pídeselo a tus abuelos, seguro que ellos te darán dinero. Es lo que haría yo.

—Monika, mis abuelos apenas tienen dinero para llegar a fin de mes —le contesté. Toda la familia de Monika tenía mucho dinero, pero la mía no.

—Pues podrías pedirselo a tu tío y tu tía —sugirió Monika.

—Me estás poniendo de los nervios... —le dije—. ¡Mi familia no es rica! ¡No puedo conseguir dinero de esa manera!

—Puede que realmente no puedas pedir dinero a nadie de tu familia, pero veo que te das por vencida muy deprisa. Ni siquiera lo intentas. Siempre te centras primero en lo que no funciona. Así nunca te saldrá nada bien —me contestó. Escuché con atención. Dinero me había dicho algo similar. Tal vez sus palabras tuvieran algo de verdad.

Monika podía ser muchas cosas, pero lo cierto es que nunca se rendía. En la escuela no era la estudiante más brillante, pero siempre conseguía aprobarlo todo.

La hora del patio terminó y volvimos a clase. Me prometí a mí misma, en secreto, no ser tan negativa.

Finalmente, las clases terminaron. Regresé corriendo a casa, me zampé la comida a toda velocidad, le puse la correa a Dinero y enseguida nos fuimos al bosque. Me moría de ganas de llegar a nuestro escondite. Entonces me salió todo a borbotones.

«Tus ideas no me traen más que problemas. Mi madre se ha reído de mí al descubrir las cajas de los sueños. Ha calculado que a este ritmo tardaría más de cuarenta años en poder viajar a Estados Unidos. ¡Para entonces, ya seré una abuela!»

Dinero me miró en silencio. Entonces bajó la cabeza. Parecía un poco triste.

«¿Realmente quieres viajar a Estados Unidos y tener un ordenador portátil?», preguntó en voz baja al cabo de un rato.

«¡Por supuesto!», respondí con firmeza. Debo decir que me sorprendí un poco a mí misma. Pero, en cierto modo, gracias a los ejercicios de visualización y a las cajas y al álbum de los sueños a medio hacer estaba bastante segura de que aquello era lo que quería.

«Bien», dijo Dinero mirándome con insistencia. «Esto es lo más importante. No se trata de saber cómo conseguir algo inmediatamente. Es mucho más importante que quieras conseguirlo de verdad. De lo contrario, te rendirás ante la primera dificultad con la que te encuentres.»

De algún modo, aquello era cierto. Mi convicción se había vuelto más fuerte ante las burlas de mi madre. Quería hacer realidad mis sueños.

«No he dicho en ningún momento que fuera a ser fácil», continuó Dinero.

«Es verdad, pero no me esperaba para nada que mi madre reaccionara así», lamenté.

«Los problemas que más nos perjudican siempre vienen de donde menos lo esperamos», respondió el labrador blanco. «Pero ahora deberíamos centrarnos en cómo puedes conseguir el dinero antes de que te conviertas en una abuela.»

«Es imposible», respondí. «Ya he hablado con Monika de eso. No tengo parientes ricos a los que pueda pedir dinero. Es desesperante.»

Enfadado, Dinero escarbó la tierra con su pata.

«¡No te centres tanto en lo que no va a funcionar! También podrías trabajar para ganar algo de dinero.»

Me enfadé conmigo misma. Quería acostumbrarme a no ver primero lo negativo. Pero ¿cómo iba a ganar dinero siendo una niña de doce años? Entonces tuve una idea.

«Quizá podría cortar el césped de casa con regularidad. Seguro que mis padres me darían unos cuantos euros extra por hacerlo.»

Dinero no se mostró muy entusiasmado con la idea.

«Pero piensa que tú también vives en esa casa y disfrutas del jardín, así que es normal que ayudes a mantenerlo. No deberías pedir dinero a tus padres por cortar el césped. Además, ellos hacen muchas cosas por ti y no te cobran por ello.»

«Vale. Entonces, ¿cómo voy a ganar dinero?», pregunté.

«No será difícil», respondió Dinero. «Luego te contaré una historia muy emocionante sobre un niño llamado Daryl. A los dieciséis años ya había ganado varios millones, a pesar de ser un chico de lo más normal. Pero primero tengo que explicarte algo muy importante: ganar dinero no depende de si tienes una buena idea. Tampoco depende de lo buena que seas. Solo depende de la confianza que tengas en ti misma.»

«¿De la confianza que tenga en mí misma?», repetí después de Dinero. «¿Y eso qué tiene que ver con ganar dinero?»

El perro se levantó lentamente para contarme lo importante que era.

«La confianza que tengas en ti misma es lo que determina si crees en ti misma. Si no crees en algo, entonces, ni siquiera empezarás a hacerlo y, si no empiezas, entonces nunca ocurrirá nada.»

No estaba segura de estar entendiéndolo bien. Pero entonces recordé algo. Hace un tiempo me olvidé de estudiar para un examen. Cuando fui a la escuela por la mañana, mis compañeros de clase me recordaron que aquel día teníamos un examen. Sabía que tenía la capacidad de aprender deprisa. Así que me salté las dos horas de clase de Plástica y me senté en un banco del colegio a estudiar. Al final, acabé sacando un bien. Pero, si no hubiera creído que era capaz de hacerlo, ni siquiera me habría puesto a estudiar.

«¡Genial!», exclamó Dinero triunfante. «Eso es tener confianza en uno mismo.» Me había olvidado de que podía leerme los pensamientos.

«En realidad, creo que yo no tengo mucha confianza en mí misma», concluí perdida en mis pensamientos.

«Es verdad», coincidió Dinero. «Pero puedes aumentar tu confianza en ti misma muy fácilmente. ¿Te gustaría saber cómo hacerlo?»

«¡Claro que sí!», me apresuré a responder.

«Pues voy a explicarte cómo hacerlo. Tienes que coger una libreta o un cuaderno en blanco y titularlo “DIARIO DEL ÉXITO”. Luego, tienes que escribir en esas páginas todas las cosas que has conseguido. Lo mejor es escribir un poco cada día y añadir, por lo menos, cinco logros personales. Pueden ser cosas muy pequeñas. Tal vez al principio no te resulte muy fácil. Seguramente, te preguntarás si esto o lo otro es realmente un éxito. Pero, en caso de duda, es mejor que concluyas que sí que lo es. Es mejor que te sobre confianza en ti misma a que te falte.» Dinero se quedó pensativo unos instantes y después retomó la palabra. «Será mejor que empieces inmediatamente. Podemos volver a reunirnos más tarde, después de cenar. Entonces te contaré la historia de Daryl.»

Habría preferido que me contara la historia de Daryl en aquel momento. Pero cada vez confiaba más en Dinero. Parecía saber perfectamente de qué iba la cosa. Así que acepté su propuesta y regresamos a casa.

En cuanto llegamos, me dirigí enseguida a mi cuarto. Cogí una vieja libreta que había utilizado para la asignatura de Química y arranqué las pocas páginas en las que había escrito. Entonces pegué una nueva etiqueta que decía «DIARIO DEL ÉXITO» en la cubierta.

Anoté la fecha de hoy y me dispuse a empezar a escribir. Me quedé mirando la página en blanco. A ver, ¿cuáles habían sido mis logros de ayer? Estuve un rato pensando sin que se me ocurriera nada. Excepto, quizá, que había hecho las cajas de los sueños. Aunque no estaba muy segura de que aquello contara. Sopesé si debía apuntarlo o no.

Entonces me acordé de lo que me había dicho Dinero: «Al principio dudarás de si deberías escribir algo o no. Pero, en caso de duda, lo mejor es que lo escribas».

Así que empecé a escribir:

Creé dos cajas de los sueños. Y lo hice a pesar de no estar segura de si eso funcionaría. Pero, si no lo hubiera hecho, seguro que no habría funcionado.

1. Puse 3 euros en cada caja.
2. Empecé a hacer el álbum de los sueños.
3. Hoy he empezado a escribir en mi diario del éxito.
4. Me he propuesto ganar mucho dinero.
5. He decidido no rendirme.
6. He aprendido mucho sobre el dinero y sobre cómo ganarlo.

Miré mi lista. De repente me sentí orgullosa de lo que había hecho. Seguro que no había muchos niños que hicieran algo así. Incluso yo misma estaba un poco nerviosa. Aunque creo que todas las personas extraordinarias están un poco locas.

Sin embargo, había llegado el momento de hacer los deberes que me habían puesto en la escuela. Luego cenamos y después me fui a pasear al bosque con Dinero. Era verano, así que el sol todavía brillaba. A mi madre no le gustaba mucho que fuera al bosque después de cenar, pero tenía que hablar con Dinero sin que nadie nos molestara.

Lo primero que le dije orgullosa a mi perro fue que, en realidad, se me habían ocurrido más de cinco logros para anotar en mi diario. Dinero se puso muy contento.

Sin embargo, llegados a este punto, ya no podía esperar más para oír la historia de Daryl. Dinero no me mantuvo más en vilo y empezó.

«Tuve la gran oportunidad de escuchar a Daryl contar un día su historia. Todo empezó cuando tenía ocho años y quería ir al cine. Como no tenía dinero, tuvo que hacerse una pregunta elemental: qué prefería, ¿pedir dinero a sus padres o ganárselo él mismo? Se decidió por la segunda opción. Así que preparó un poco de limonada y se colocó en una esquina de la calle para vendérsela a la gente que pasara por ahí. Desafortunadamente, eligió un día de invierno muy frío para vender limonada, por lo que nadie se la compró, excepto dos personas: su madre y su padre.

»Poco después, tuvo la oportunidad de hablar con un hombre de negocios muy exitoso. Cuando le contó su “fracaso”, el hombre le dio dos consejos muy importantes: procura aportar soluciones a los problemas que tienen los demás, así siempre ganarás dinero, y concéntrate siempre en lo que sabes, en lo que puedes hacer y en lo que tienes.

»Eran unos consejos muy importantes, pues hay muchas cosas que los niños de ocho años no pueden hacer. Así que se puso a caminar por la calle y a pensar qué problemas tenía la gente y qué podía hacer él para solucionarlos con sus propios medios.

»No fue nada fácil. No acababa de encontrar la idea adecuada. Sin embargo, un día su padre le dio una idea sin darse cuenta. Mientras estaban desayunando, le pidió a Daryl que le trajera el periódico. Cabe aclarar que en Estados Unidos los repartidores dejan los periódicos en los buzones alargados que hay ante las vallas del jardín delantero de las casas. Así que, si quieres leer el periódico mientras desayunas en bata, tienes que salir de tu cálido hogar y recoger el periódico del buzón, haga el tiempo que haga. No son más de veinte o treinta metros, pero puede llegar a ser un trayecto muy desagradable.

»Mientras Daryl recogía el periódico de su padre, se le ocurrió una idea. Aquel mismo día llamó a la puerta de sus vecinos y se ofreció a pasarles el periódico por debajo de la puerta todas las mañanas por tan solo un dólar al mes. A la mayoría le gustó la idea. Pronto Daryl tuvo más de setenta clientes. Cuando al cabo de un mes cobró sus primeros setenta dólares, se sintió como si estuviera en el paraíso.

»Daryl estaba contento, pero no satisfecho. Así que siguió buscando otras oportunidades para ganar dinero. Pronto le cogió el gusto a aquello y encontró muchas oportunidades: propuso a sus vecinos que dejaran las bolsas de basura junto a su puerta y por las mañanas él las llevaría hasta el cubo de la basura por solo un dólar más al mes. Se ocupaba de animales, cuidaba casas y regaba plantas. Pero nunca cobraba por horas, pues se dio cuenta de que podía ganar dinero de muchas otras maneras.

»A los nueve años aprendió a utilizar el ordenador de su padre. Aprendió a escribir anuncios. También empezó a anotar todo lo que se le ocurría que podían hacer los niños para ganar dinero. Siempre tenía nuevas ideas, así que pronto reunió una buena colección. Su madre lo ayudaba a llevar la contabilidad, por lo que sabía exactamente a quién tenía que cobrar y cuánto.

»También involucró a otros niños en sus proyectos para que lo ayudaran. A cambio, se quedaban con la mitad de lo que él ganaba. Pronto tuvo una gran cantidad de dinero en el bolsillo.

»Un editor se fijó en él y lo convenció para que sacara un libro titulado *250 consejos para que los niños ganen dinero*. La obra se convirtió en un gran éxito y, con doce años, Daryl se convirtió en un autor superventas.

»Luego lo descubrieron en televisión y fue invitado a varios programas para niños. Se dieron cuenta de que actuaba de manera muy natural ante la cámara y tuvo muy buena recepción. Con quince años consiguió que le dieran su propio programa. Entonces sí que empezó a ganar un montón de dinero gracias a los contratos con la cadena de televisión y a la publicidad.

»Cuando Daryl cumplió diecisiete años, ya había amasado varios millones de dólares.»

Dinero concluyó su relato con una pregunta:

«Pero ¿cuál crees que fue el momento decisivo y definitorio de todo su éxito?»

Todavía estaba impresionada por la historia. Al principio estuve tentada de contestar que lo más decisivo había sido la televisión; pero, si no hubiera escrito el libro, no habría salido en televisión. Y, si no hubiera tenido éxito en su empeño por ganar dinero, no habría escrito el libro...

Dinero interrumpió mis pensamientos.

«Exacto, todo empezó cuando Daryl se centró en lo que podía hacer, en lo que sabía y en lo que tenía. Solo con esto le bastó para ganar más dinero de niño que la mayoría de adultos. A veces los adultos centran toda su vida principalmente en lo que no pueden hacer, lo que no tienen y lo que no saben.»

«Así que volvemos a lo de tener confianza en uno mismo», me di cuenta. «Pero me pregunto si eso también funcionará aquí. Seguro que en Estados Unidos todo es mucho más fácil para los niños.»

Dinero ladró bien fuerte tres veces.

Me sobresalté. Normalmente, Dinero nunca ladraba. Tal vez estuviéramos en peligro. Pero eché un vistazo a nuestro alrededor y no vi nada. De repente, me di cuenta de lo que había dicho. Debería haberme mordido la lengua. Acababa de hacer justo lo que se suponía que no debía hacer: me estaba centrando en lo que no podía hacer y en lo que no podía tener. Yo no vivía en Estados Unidos. Pero seguro que aquí también había oportunidades para conseguir dinero.

Dinero ladró satisfecho.

«¡Buena chica! Creo que ambos nos hemos ganado una galletita.»

Enseguida rebusqué dentro de mi bolsillo y le di a mi perro unas cuantas galletitas para perros. Las devoró con fruición.

De repente, me di cuenta de que ahora me sentía mucho más valiente. Acabaría encontrando algo con lo que poder ganar mucho dinero. Le rasqué el cuello a Dinero. Aquello le gustó mucho. Ronroneó como si fuera un gatito. Al cabo de unos minutos emprendimos el camino de regreso a casa.

CÓMO CONSIGUE MI PRIMO GANAR TANTO

Después de charlar con Dinero me quedé muy pensativa. Me tumbé en mi cama y me puse a cavilar. Quería encontrar la manera de ganar mucho dinero. Pero ¿cómo podía lograrlo y por dónde debería empezar? Lo que había logrado Daryl era bastante impresionante. Pero probablemente su caso fuera una excepción. En Estados Unidos todo es más fácil. Seguro que Daryl era uno de esos chicos cuyos padres le dejan hacer de todo y puede que yo todavía sea demasiado pequeña para...

De repente recordé lo que Dinero había dicho sobre tener confianza en uno mismo. Si creyera más en mí misma, seguro que todo sería más fácil. Casi había caído en la misma trampa que el día anterior. Así que decidí seguir trabajando en mi diario del éxito. Enseguida se me ocurrieron dos logros para anotar.

1. Se me da bien guardar secretos.
2. No me rendí cuando mi madre se rio de mí.

Seguí pensando un poco más. Enseguida encontré cuatro logros más para anotar.

Mientras escribía, pensé en si conocía a alguien que fuera como Daryl. Seguro que hablar con alguien así me iría la mar de bien.

De repente, me acordé de Marcel, mi primo. Era apenas diez meses mayor que yo. Solo lo veía un par de veces al año, pero siempre tenía la impresión de que tenía dinero. Sin embargo, era muy desagradable. Nunca había jugado a gusto con él. Pero quizá ahora pudiera ayudarme. Lo llamé enseguida, a pesar de que ya era un poco tarde. Por suerte, todavía estaba despierto.

Fui directa al grano en cuanto descolgó el teléfono.

—Hola, Marcel, soy Kira. Necesito hablar contigo sobre algo importante. El año que viene quiero viajar a San Francisco a través de un programa de intercambio y, para conseguirlo, necesito mucho dinero. Mis padres no me pueden ayudar. Así que tengo que ganármelo yo misma.

—Eso es pan comido —se rio Marcel—. Pero debo decir que estoy sorprendido. Te había tomado por una miedica tonta a quien solo le interesan las muñecas. Por eso nunca había hablado de nada serio contigo. Sin embargo, ahora me vienes con una cuestión muy interesante.

En aquel momento me habría encantado colgar el teléfono. ¡Menudo impertinente! ¡Pequeño asno arrogante! Con mucho esfuerzo, conseguí contenerme.

—No es que seas muy amable. Pero ¿podrías explicarme cómo te las arreglas para tener

siempre tanto dinero?

—Pensaba que me colgarías el teléfono y que te pondrías a llorar —respondió Marcel con ánimos de provocar—. Pero quizá no eres tan debilucha como creía. Mmm... En realidad, ganar dinero es bastante fácil, ¿sabes?

Si supiera lo mucho que me estaba esforzando en aquel momento por contener las lágrimas... Pero conseguí que no se diera cuenta.

—¿Ah, sí? —pregunté.

—Se puede ganar dinero en cualquier parte —dijo Marcel entre carcajadas—. Solo tienes que mirar a tu alrededor.

Lo que acababa de decirme se parecía bastante a lo que me imaginaba que diría Daryl. Sin embargo, tenía ciertas dudas.

—Marcel, ¿a cuántos de mis amigos crees que les gustaría ganar dinero? Lo que ocurre es que no encuentran la manera de hacerlo.

—Eso significa que no han mirado bien. Puede que estén demasiado ocupados jugando con muñecas —respondió Marcel.

Estaba a punto de enfadarme de verdad si seguía hablando así de las muñecas.

—Kira, ¿alguna vez has buscado trabajo de verdad? —continuó—. Es decir, ¿alguna vez te has pasado la tarde entera pensando única y exclusivamente en cómo poder ganar dinero?

Tuve que admitir con sinceridad que nunca había dedicado ni una sola hora a pensar en ello. Siempre había llegado enseguida a la conclusión de que, probablemente, no había nada que pudiera hacer para ganar dinero. Así que le contesté que no.

—¿Lo ves? —continuó Marcel—. Por eso no has encontrado nada. Si no buscas nada, solo conseguirás ganar dinero teniendo un gran golpe de suerte. Voy a decirte a qué me dedico para ganar dinero: tengo mi propia empresa.

—¡Pero si solo tienes doce años, igual que yo! —exclamé asombrada.

—Y, sin embargo, ya tengo una empresa. Reparto pan y ya tengo catorce clientes —explicó.

—Menuda empresa... —dije, y esta vez fui yo quien me reí—. Eres como el chico del periódico. Solo que, en vez de periódicos, repartes panes.

—¡Cabeza de muñeca! —gruñó Marcel—. No es lo que piensas. Solo reparto pan los domingos. Ese día es más caro que el resto de los de la semana y la mayoría de la gente no tiene ganas de salir a comprarlo. Así que me ofrecí a mis vecinos a llevarles sus pedidos a casa. Nuestro panadero es un hombre muy amable y me dio muy buenas ideas. Él me vende el pan por el mismo precio que suele costar de lunes a sábado. Así que por cada pan gano, aproximadamente, diez céntimos. Además, los clientes me pagan setenta y cinco céntimos por cada pedido que les traigo. Solo trabajo los domingos entre dos y tres horas y con eso gano más de 70 euros al mes.

—¿70 euros? ¡Qué locura! —exclamé con entusiasmo.

—Y eso no es todo —continuó entusiasmado Marcel—. También trabajo tres tardes a la

semana en una residencia de ancianos.

—¿Que trabajas dónde? —pregunté perpleja.

—En una residencia de ancianos. Voy a comprar lo que me encarga la gente mayor o salgo con ellos a pasear. A veces, simplemente, hablo o hago actividades con ellos. A cambio, la administración de la residencia me paga 5 euros por hora. Esto significa que gano entre 35 y 45 euros a la semana. Lo que se traduce en, por lo menos, 150 euros al mes.

—En total son más de 200 euros al mes —calculé entusiasmada—. ¡Qué pasada! —Reflexioné durante unos instantes—. Pero no hay ninguna residencia de ancianos cerca de donde vivo...

—Y tampoco te llamas Marcel y eres demasiado pequeña —se burló—. Tienes que pensar menos en lo que no funcionará y centrarte en buscar lo que puede funcionar.

Ya lo estaba haciendo otra vez. Pensé en la historia de Daryl. Él se centró en lo que sabía, en lo que tenía y en lo que podría hacer. En cambio, yo me había centrado en la residencia de ancianos, a pesar de no tener ninguna cerca. Lo había dicho sin pensar, ¡y mira que Dinero no paraba de repetírmelo! Pero entonces Marcel interrumpió mis pensamientos.

—Lo mejor que puedes hacer es tener bien claro lo que te gusta hacer. Después debes pensar en cómo podrías ganar dinero con ello. Por lo menos, así es como empecé yo con el servicio de reparto de pan a domicilio. Me gusta montar en bici y ahora gano dinero haciéndolo. ¡Es una locura! ¡Una pasada! Por cierto, cada día llamo a la puerta de unas cuantas personas para preguntarles si quieren que les traiga pan los domingos. Mi objetivo es llegar a tener cincuenta clientes. Entonces ganaría más de 250 euros al mes.

Aquello me impresionó mucho. Pero ¿qué podía hacer yo?

—No creo que se me ocurra nada —suspiré.

—¿Qué te gusta hacer? —me preguntó Marcel.

—Me gusta nadar y jugar con mu... —cambié mi respuesta rápidamente— y jugar con muchos perros.

—¡Bien! —exclamó Marcel con entusiasmo—. ¿Y cómo podrías ganar dinero haciendo esto?

—¿Ganar dinero con los perros? —Supongo que en aquel momento no sonaba muy avispada.

—¡Cabeza de muñeca! —exclamó Marcel—. Tienes que sacar a pasear a tu perro todos los días, ¿no?

—Para mí no es ninguna obligación, me gusta salir a pasear con Dinero —respondí—. ¡Y no vuelvas a llamarme cabeza de muñeca!

—¡Exacto! —exclamó Marcel—. Así que podrías pasear a otro perro a la vez y ganar dinero haciéndolo.

Me emocioné.

—¡Es una idea genial! Puede que seas un asno arrogante, pero eres un tipo listo. —Le di las gracias rápidamente y colgué. Tenía mucho que planear.

Conocía a casi todos los perros del barrio y ellos me conocían a mí y con la mayoría me

llevaba la mar de bien. El hecho de pensar que podía ganar dinero sacándolos a pasear...

Se me pasaron muchas ideas por la cabeza. Hasta hacía bien poco, pensaba que todos mis parientes eran bastante pobres. Sin embargo, desde que me había centrado en el dinero, había cambiado mi manera de pensar. Así es como había «descubierto» a Marcel. Solo por el hecho de centrarme en mis objetivos ya estaba haciendo unos progresos increíbles. ¡Quién sabe dónde acabaría todo esto! Entonces volví a pensar en Daryl.

En algún momento debí de quedarme dormida.

Al día siguiente, en la escuela, seguí pensando en mi plan. En nuestro barrio vivía Napoleón, un perro mestizo mezcla de pastor alemán, rottweiler y algo más. Su dueño parecía un hombre lobo. Últimamente, era su mujer quien paseaba a Napoleón, y no parecía muy contenta de hacerlo. El perro no le hacía mucho caso y, si se despistaba, salía corriendo. Tal vez aquello se debiera a que la mujer tampoco tenía mucha mano con los animales. Su marido había sufrido un derrame cerebral leve y ahora tenía dificultades para andar.

Decidí que hablaría con el hombre lobo y su mujer, aunque no sabía ni cómo se llamaban.

Así que en el trayecto de regreso a casa di un rodeo hasta la casa de Napoleón. Pero cuando me encontré delante de la puerta, perdí todo mi valor. ¿Qué debería decirles? ¿Cuánto dinero debería pedirles? ¿Podía pedirles dinero así sin más? Estuve a punto de salir corriendo. Pero entonces, Napoleón, que dormitaba en el jardín, me reconoció y se acercó a la puerta.

Tenía la costumbre de aullar con fuerza. El dueño se asomó a la ventana para ver quién estaba allí. Me preguntó qué quería. Aquella era mi oportunidad. Era ahora o nunca. Me armé de valor y solté unas palabras.

—Me gustaría participar en el programa de intercambio para viajar Estados Unidos, pero para poder hacerlo necesito dinero. Quisiera ganármelo. He estado observando a su mujer. Tengo la impresión de que no le gusta mucho tener que sacar a pasear siempre a Napoleón. Así que he pensado que podría ofrecerme a sacarlo a pasear todos los días. ¿Qué le parece?

No me atrevía a mirar a aquel hombre mayor. Me ardía la cara.

—Me parece una idea excelente. ¿Por qué no pasas y lo hablamos tranquilamente? —me invitó con voz amable.

La mujer abrió la puerta y los tres nos sentamos en la cocina. Al principio no me atrevía a mirar al hombre lobo. Tenía un aspecto muy rudo. Así que me alegré cuando su mujer inició la conversación.

—¿Sabes? Es verdad que a veces se me hace cuesta arriba sacar a pasear a Napoleón tres veces al día. Cuando se nos acerca otro perro, apenas puedo contenerlo. ¿Crees que tú podrías hacerlo bien?

—Napoleón siempre se queda junto a Dinero —respondí— y él siempre se queda junto a mí. Podríamos hacer un paseo de prueba.

—He visto que te llevas muy bien con los perros —intervino el hombre mayor—. Creo que no hay nadie mejor que tú para sacar a pasear a Napoleón. —Se volvió hacia su mujer—. No tenemos de qué preocuparnos, Ella. Esta niña tiene un talento natural para los perros. Es casi como si pudiera hablar con ellos.

Tuve que reprimir una carcajada. Si él supiera... Miré atentamente al hombre mayor mientras hablaba con su mujer. De cerca no parecía tan aterrador, tal vez un poco misterioso, como si hubiera tenido una vida emocionante. También parecía bonachón y, además, tenía pinta de ser sabio.

—En primer lugar, deberíamos presentarnos —dijo el hombre volviéndose hacia mí—. Somos Ella y Waldemar Hanenkamp, sin «H» después de la «A».

—Yo me llamo Kira, Kira Klausmüller —me presenté yo también.

—Encantado de conocerte, jovencita —afirmó el señor Hanenkamp—. Bien, te propongo lo siguiente: pasearás a Napoleón todas las tardes y también lo cepillarás. Además, le enseñarás a obedecer órdenes. —El hombre mayor se detuvo un momento—. ¿Cuánto pides por tu ayuda?

Se me sonrojaron las mejillas. Todavía no lo había pensado. Ambos me miraron expectantes. ¿Cuánto dinero podía sugerirles?

—La verdad es que no lo sé muy bien —respondí en voz baja.

—Pues voy a hacerte una propuesta —dijo el hombre—. ¿Qué te parece 1 euro por día?

Me puse a hacer cálculos en voz baja. Eso serían 30 euros al mes. Era una cantidad casi tres veces mayor que mi paga. Vaya, era mucho dinero. Pero ambos malinterpretaron mi silencio. Creyeron que me parecía poco. Así que sugirieron algo más.

—Y por cada truco que consigas enseñar a Napoleón, te llevarás otros 10 euros.

—Me parece bien. Me alegra que hayamos llegado a un acuerdo. Son ambos muy simpáticos. Los dos se miraron satisfechos.

—Bien, pues puedes empezar esta misma tarde —sugirió la mujer mayor con esperanza.

—Por supuesto —respondí.

Me despedí rápidamente de ellos, pues seguro que mi madre ya me estaba esperando en casa para comer.

Corrí hacia casa embriagada de alegría. «¡Qué fácil puede ser ganar dinero!», pensé feliz. Tenía una sonrisa de oreja a oreja. Canté contenta para mis adentros.

En cuanto llegué a casa, abracé a Dinero con cariño. Le susurré al oído que ahora iba a ganar mucho dinero. Me dio la pata con aire solemne. Me di cuenta de lo contento que estaba.

Después de comer, llamé enseguida a Marcel. Le expliqué que había conseguido mi primer trabajo.

—Muy bien, Kira, vas por buen camino —se limitó a decirme.

Sus palabras me decepcionaron un poco, pues esperaba que me felicitara de algún modo. Pero entonces me di cuenta de que por primera vez no me había llamado «cabeza de muñeca», sino que se había referido a mí por mi nombre. Eso ya era una buena señal.

—Pero quiero que prestes atención a dos cosas importantes —continuó Marcel—: En primer lugar, no confíes nunca en un único trabajo. Puede acabarse antes de lo que crees. Así que lo mejor es que te pongas a buscar otro trabajo enseguida.

Aquello me pareció un poco exagerado, pero decidí seguir su consejo.

—En segundo lugar, te advierto que en algún momento te surgirán problemas —siguió mi primo—. Problemas que no puedes anticipar. Cuando surjan es cuando descubrirás si eres una cabeza de muñeca o si te mereces ganar dinero igual que yo. Cuando todo va bien, cualquiera puede ganar dinero. Pero cuando las cosas se pongan difíciles es cuando realmente verás de qué pasta estás hecha.

En aquel momento no podía hacer mucho con aquel segundo consejo. Sin embargo, le di las gracias educadamente y me fui con Dinero a casa de Napoleón. Tal y como esperaba, resultó ser un perro muy cariñoso. Estaba muy contento de poder jugar con Dinero. Ambos jugaron con la pelota que había traído hasta quedar exhaustos.

Cuando nos cruzábamos con otros perros, era imposible detenerlo. Decidí que lo primero que le enseñaría durante los próximos días sería la orden «siéntate» y «tumbate». Después conseguiría que se tumbase en el suelo obedientemente cada vez que nos cruzásemos con otro perro.

Cuando por fin regresé a casa, vi que mi tía Erna había venido de visita. Vivía a tan solo treinta y cinco kilómetros de nosotros, pero hacía mucho que no la veíamos. De hecho, no había venido a vernos desde que teníamos a Dinero.

Cuando nos saludamos, sus ojos se posaron en el labrador blanco. Mi madre le contó que nos habíamos encontrado al perro y que por mucho que habíamos buscado a su dueño no habíamos conseguido encontrarlo. Lo observó con una mirada intensa. Frunció el cejo. Algo no iba bien.

—¿Desde cuándo tenéis al perro? —preguntó sin apartar la mirada de Dinero.

—Desde hace unos nueve meses —contestó mi madre.

—Creo que tengo algo importante que deciros —dijo la tía Erna con voz seria—. Estoy casi segura de saber de quién es este perro.

—¡Es mío! —exclamé enseguida.

—No, pertenece un hombre que vive cerca de mi casa —insistió mi tía.

Me invadió el miedo.

—¡Pero lleva tanto tiempo viviendo con nosotros que ahora es nuestro! —grité desafiante.

—¡No le chilles a tu tía! —dijo mi madre mirándome con severidad—. ¿Dónde están tus modales?

La cabeza empezó a darme vueltas. Se me revolvió el estómago. Sentí pánico e impotencia. Oí la voz de mi padre, pero era como si viniera de muy lejos.

—Pues mañana mismo iremos con Dinero a ver este hombre y aclararemos el asunto.

No quería seguir escuchando aquella conversación. Salí de la habitación hecha una furia. Dinero salió corriendo detrás de mí. Me encerré en mi cuarto. Me tumbé en la cama y me quedé

entumecida. Sin embargo, tenía una cosa muy clara: no estaba dispuesta a devolver a Dinero. Estábamos hechos el uno para el otro. Habíamos vivido tantas cosas juntos... Antes de entregarlo, me escaparía con él.

Dinero apoyó su cabeza en mis piernas. No me hacía falta oír su voz. Su mirada ya lo decía todo. No estaba dispuesto a apartarse de mi lado.

EL DUEÑO ANTERIOR DE DINERO

Al día siguiente no quería ir al colegio. Tenía miedo de que Dinero no estuviera allí cuando regresara, pero mi padre me prometió que iríamos juntos a casa del vecino de mi tía.

Monika ya estaba acostumbrada a que no fuera muy habladora. Sin embargo, después de tres clases, me sentí incapaz de seguir guardándome mis problemas. Le conté las malas noticias que nos había dado mi tía. Monika se compadeció de mí.

—Si necesitas esconder a Dinero, puedes traerlo a mi casa —me ofreció.

Me invadió un gran alivio. En aquel momento sentí que podría encontrar alguna solución.

Aun así, mientras nos dirigíamos a casa de mi tía, tenía un nudo en el estómago. Erna nos acompañó a casa de su vecino. Pronto llegamos a una villa enorme que se alzaba en medio de un hermoso parque. El portero abrió la verja y nos dirigimos poco a poco hacia el edificio.

—Quienquiera que viva aquí debe de tener mucho dinero —se maravilló mi padre.

—El señor Goldstern hizo fortuna invirtiendo en bolsa —explicó mi tía—. Pero por lo que he oído hace poco que ha tenido un accidente. Ni siquiera sé si ya ha salido del hospital.

Abracé a Dinero y deseé que el señor Goldstern desapareciera junto con su mansión.

Una asistenta con uniforme nos abrió la puerta, pues el portero la había informado de nuestra llegada. Cuando bajamos del coche, mi tía explicó el motivo de nuestra visita. Enseguida nos encontramos frente al señor Goldstern. Era un hombre pequeño con un rostro muy amable. En realidad, estaba resuelta a odiarlo. Pero para mi asombro, me cayó bien de inmediato. Además, era muy inteligente. Enseguida se dio cuenta de que era yo quien tenía una relación más estrecha con Dinero.

—¿Qué nombre le has puesto a nuestro querido perro? —me preguntó con voz amable.

Fui incapaz de responderle. De repente, caí en la cuenta de que seguro que antes Dinero tenía otro nombre.

—Dinero —respondió mi padre.

—Dinero es un buen nombre. Es más, diría que es un nombre excelente —dijo el señor Goldstern entusiasmado—. Me gusta mucho más que su antiguo nombre. Creo que será mejor que sigamos llamándolo Dinero.

Miré al hombre sorprendida. Parecía muy razonable. Yo también pensaba que sería mejor que siguiéramos llamándolo Dinero.

El señor Goldstern nos condujo hacia el salón. Nos explicó que un día, mientras iba conduciendo por nuestro barrio con el labrador, tuvo un accidente. Quedó bastante malherido y

perdió el conocimiento. Cuando recobró la consciencia, se encontró en el hospital. No había vuelto a ver a su perro desde entonces. Había tenido que permanecer en el hospital durante unos meses, pero aun así había intentado averiguar el paradero de su labrador. Sin embargo, nadie lo había visto por ninguna parte.

—Seguro que Dinero intentó regresar a casa. Pero por el camino lo atacó otro perro y solo tuvo fuerzas para llegar a rastras hasta nuestro jardín.

Le conté todo lo que sabía sobre Dinero. También le hablé del día en que casi se ahoga; aunque, por supuesto, no mencioné que Dinero sabía hablar. Tenía la sensación de que podía confiar en el señor Goldstern, pero nunca se sabe...

Acto seguido, el señor Goldstern se levantó de su silla y vino hacia mí. Fue entonces cuando me di cuenta de que tenía dificultades para caminar, probablemente, debido a su accidente. Me agarró las manos y me lanzó una mirada de agradecimiento.

—Me alegro mucho de que fueras tú quien encontrara a mi querido perro. Sé que ha estado muy a gusto contigo. Eso me quita un gran peso de encima.

Me puse roja como un tomate.

—Yo también he estado muy a gusto con él —tartamudeé tímidamente.

—Eso me parecía y me alegro mucho de que así sea —afirmó el hombre—. Pues resulta que todavía tengo que someterme a toda una serie de tratamientos. Luego tendré que ingresar en una clínica de rehabilitación durante varias semanas. Me quedaría mucho más tranquilo si pudieras seguir cuidando de B..., perdón, de Dinero. Yo correría con todos los gastos, por supuesto.

El corazón se me hinchó de alegría. ¡Dinero iba a quedarse conmigo! Pero de repente sentí pena por aquel hombre.

—Lo ha echado mucho de menos, ¿verdad? —le pregunté.

—Así es —suspiró el señor Goldstern—. Por eso me gustaría pedirte un favor: ¿podrías venir a visitarme una vez a la semana a la clínica de rehabilitación con Dinero? Mi chófer podría pasar a recogerte en casa y luego traerte de vuelta.

—Sería un placer —me apresuré a decir. Y lo dije sinceramente: para mí sería un placer hacerle aquel favor. Además, cada vez me caía mejor.

—¿Está conforme con que el perro se quede con ustedes y con que Kira venga a visitarme con él una vez a la semana? —preguntó dirigiéndose a mi padre—. Huelga decir que cubriré todos los gastos. Con eso no solo me refiero a los gastos que vendrán, sino también a los que ya hayan tenido.

Mi padre le aseguró, sin mucha convicción, que no era necesario que le reembolsara ningún gasto. Pero el señor Goldstern insistió enérgicamente. Observé con admiración la autoridad que tenía. En parte, ya tenía ganas de ir a visitarlo una vez a la semana. Era tan diferente de todas las demás personas que conocía... De repente, el señor Goldstern puso cara de cansado. Era obvio que aquella conversación le había drenado más energía de lo que creíamos.

Mi tía sugirió que ya era hora de volver a casa. El señor Goldstern se lo agradeció. Dinero

apoyó ligeramente la cabeza en sus piernas durante un momento. El perro percibió lo débil que estaba el señor Goldstern. El hombre tocó una campanilla y enseguida apareció la empleada doméstica. Nos despedimos de él y la mujer nos acompañó hasta la puerta.

Dejamos a mi tía en su casa y luego nos fuimos directamente a la nuestra. Mientras mi padre explicaba a mi madre lo que había ocurrido, yo me fui enseguida al bosque con Dinero. Tenía un montón de preguntas que hacerle.

Llegamos a nuestro escondite. Aparté las ramas de la entrada y nos arrastramos por el túnel que se abría entre los setos hasta llegar a nuestro claro.

Nada más llegar, oí la voz de Dinero.

«Me alegro de que te lleves tan bien con el señor Goldstern. Es un gran hombre. He aprendido mucho de él.»

Me sorprendió oír que Dinero también había tenido que aprender algo en algún momento. Aunque, pensándolo bien, era lo más lógico. Al fin y al cabo, seguro que no había nacido enseñado.

«Oye, ¿por qué no me habías dicho nada del señor Goldstern?», le pregunté.

«Habíamos quedado en que solo íbamos a hablar de dinero», respondió Dinero.

«Ya, pero seguro que lo echabas de menos», insistí incrédula.

«Pensé que mi amo había muerto en el accidente», me explicó Dinero. «Había sangre por todas partes y estaba completamente inmóvil. Yo también quedé aturdido. Me arrastré hasta debajo un seto y allí debí de perder el conocimiento. Creo que estuve inconsciente durante mucho tiempo, porque cuando me desperté ya no estaba ni mi amo ni el coche. Pensaba que no volvería a verlo nunca más.»

Ahora empezaba a entenderlo.

«Pero será mejor que volvamos a hablar de dinero y nada más», continuó Dinero. «Si quieres saber algo más de mi pasado, pregúntaselo a mi amo la próxima vez que lo visitemos.»

No me apetecía mucho seguir hablando de dinero. Habían ocurrido muchas cosas emocionantes. Quería aprovechar la oportunidad para preguntarle por qué podía hablar. Pero lo había dicho con voz muy firme.

«Debemos encargarnos de que tus padres tengan menos problemas económicos. Pero, primero, vamos a repasar todo lo que hemos hablado hasta ahora. ¿Cómo va el álbum de los sueños?»

«Lo empecé, pero no tenía ninguna imagen de un ordenador portátil ni de San Francisco. También me faltan imágenes para poder terminar mis cajas de los sueños. Me propuse conseguirlas, pero lo olvidé», dije sonrojándome.

Dinero me miró con aire crítico y continuó implacable.

«¿Has practicado con la visualización? ¿Y qué hay del diario del éxito? ¿Ayer escribiste algo?»

«Ayer tenía otras preocupaciones», murmuré. «Tenía miedo de perderte. No podía

concentrarme en ninguna de estas cosas.»

«Lo entiendo», respondió Dinero. «Pero este es el error que cometen muchas de las personas a las que les falta dinero: siempre tienen tantas cosas urgentes que hacer que nunca tienen tiempo para ocuparse de las cosas importantes.»

«No lo entiendo», le dije. «¿Qué puede ser más importante que el hecho de que te quedes conmigo?»

«Ya te he dicho que lo entiendo», repitió Dinero. «Pero ¿y antes de que viniera tu tía de visita? ¿Qué excusa tenías entonces?»

«En aquel momento estaba flotando en una nube por estar ganando tanto dinero sacando a pasear a Napoleón.»

Dinero me lanzó una mirada seria.

«Quiero decirte tres cosas muy importantes: en primer lugar, debes cumplir tus propósitos incluso cuando tengas problemas, pues cualquiera puede hacer todas estas cosas cuando todo va bien. Pero cuando surgen problemas de verdad es cuando realmente se ve de qué pasta están hechas las personas. Solamente unas pocas son coherentes y siguen cumpliendo sus propósitos. De hecho, las personas que ganan mucho dinero son capaces de dar lo mejor de sí mismas cuando tienen más problemas.»

Reflexioné sobre sus palabras. Eso ya lo había oído antes. ¿Quién me había dicho algo parecido? Ah, sí, Marcel. Con su misterioso segundo consejo: «Cuando todo va bien, cualquiera puede ganar dinero. Pero cuando las cosas se ponen difíciles verás de qué pasta estás hecha». Me di cuenta de que todavía me quedaba mucho por aprender. Dinero asintió.

«Siempre tendrás algún problema. Aun así, cada día deberías hacer lo que consideres importante para tu futuro. No te llevará más de diez minutos, pero estos diez minutos son lo que marcará la diferencia. La mayoría de gente siempre se queda como está porque nunca se toma esos diez minutos. Siempre esperan a que cambien sus circunstancias y, mientras esperan, no se dan cuenta de que son ellos los que deberían cambiar primero.» El labrador prosiguió después de una breve pausa. «Esos diez minutos te cambiarán por completo. Lo mejor que puedes hacer es prometerte que, a partir de ahora, escribirás en el diario y practicarás los ejercicios de visualización cada día. Pase lo que pase. Todos los días.»

Levanté la mano derecha para prometerlo. A partir de ahora, cada día escribiría en mi diario y practicaría ejercicios de visualización. Me comprometí a hacerlo.

«En segundo lugar —continuó Dinero implacable—, también tienes que hacerlo cuando las cosas vayan bien.»

Lo miré asombrada. ¿Qué quería decir con eso?

«Cuando conseguiste el trabajo con Napoleón, estabas de tan buen humor que tampoco pensante en ello. Como ves, siempre habrá mil cosas que te distraigan. Por eso deberías elegir un momento concreto del día en que poder hacerlo con regularidad», sugirió Dinero.

Me puse a pensar. Era más difícil de lo que esperaba. Por las noches siempre acababa

demasiado cansada y, a lo largo del día, siempre tenía otras cosas que hacer. Así que solo me quedaba la mañana. Pero, para hacerlo, tendría que levantarme más temprano...

«No olvides que son solo diez minutos», me recordó Dinero al leer de nuevo mis pensamientos.

Estaba decidida. Pero sabía que no sería fácil. Resolví levantarme diez minutos antes y lavarme la cara enseguida para estar bien despierta y luego ponerme a escribir en mi diario.

«Y una cosa más...», continuó Dinero sin piedad. «¿Sabes por qué todavía no has conseguido las imágenes que necesitas?» El labrador se contestó a sí mismo: «¡Porque no has seguido la regla de las setenta y dos horas!».

«¿La regla de las setenta y dos horas?», pregunté, repitiendo sus palabras.

«Es muy sencillo. Si te propones hacer algo, tienes que hacerlo durante las próximas setenta y dos horas. De lo contrario, lo más probable es que nunca acabes haciéndolo.»

Pensé en sus palabras. Tal vez tuviera razón. A lo largo de mi vida me había propuesto hacer muchas cosas que nunca había llegado a lograr. En cambio, durante aquellos últimos días, había hecho muchas cosas. Puede que Dinero tuviera razón y, como en realidad siempre acababa teniendo razón, decidí seguir su consejo. Me comprometí a hacer en un plazo de setenta y dos horas todo lo que me propusiera.

DEUDAS: LO QUE MIS PADRES HACEN MAL

De repente, pensé en Napoleón. ¡Vaya, me había olvidado por completo de él!

Le propuse a Dinero que fuéramos corriendo hasta la casa del señor y la señora Hanenkamp para sacar a pasear a Napoleón. Decidimos esperar a hablar sobre las deudas de mis padres hasta después de cenar. Eso sí que sería emocionante. Al fin y al cabo, uno de mis tres deseos principales era ayudarlos con sus deudas y Dinero me había dicho que sería fácil. «Vaya, sería estupendo poder ayudar a mi padre y a mi madre», pensé. Sonreí alegremente para mis adentros. Dinero corrió a mi lado.

El señor Hanenkamp ya estaba mirando por la ventana, esperándome. En cuanto Napoleón me vio, empezó a aullar de alegría. Saludé a los dueños y me fui con los dos perros al bosque. Pero, en cuanto estuvimos entre los árboles, el mestizo huyó como si le hubiera picado una avispa. Había visto un conejo y se puso a perseguirlo.

Le silbé para que diera media vuelta, pero Napoleón no me hizo ni caso. Solo tenía ojos para el conejo. No tuve más remedio que esperar a que se cansara. Me prometí que lo primero que haría en cuanto Napoleón terminara de corretear sería enseñarle a obedecer ciertas órdenes.

Al cabo de unos cinco o diez minutos, Napoleón por fin regresó. Luego, nos pasamos la mitad de la tarde practicando. Lo elogiaba al más mínimo progreso y lo recompensaba a menudo. Además, Dinero obedecía todas las órdenes que le daba. Eso fue de gran ayuda. En cualquier caso, al cabo de unas horas, Napoleón aprendió a obedecer la orden «siéntate».

Lo llevé de vuelta a casa y mostré orgullosa al señor y la señora Hanenkamp lo que su perro había aprendido. La señora Hanenkamp no se lo podía creer. Aplaudió entusiasmada.

—Pensaba que ya no había esperanza para Napoleón. ¡Pero has conseguido que se siente cuando se le ordena! Es maravilloso.

El señor Hanenkamp también sonrió satisfecho. Se alegró al ver que había acertado con su intuición. Al fin y al cabo, había sido él quien me había propuesto que entrenara a Napoleón. Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó la cartera con aire solemne. Cogió un billete de 10 euros y me lo dio.

Cuando tuve el billete en la mano, sentí un poco de vergüenza. «Tanto dinero por tan poco esfuerzo. Encima, por hacer algo que tanto me gusta», pensé.

El señor Hanenkamp me miró un poco decepcionado.

—Pensaba que te alegrarías al recibir el dinero, pero no pareces muy contenta.

—En cierto modo, me ha parecido muy fácil conseguirlo —respondí avergonzada.

El señor Hanenkamp se echó a reír a carcajadas. Ahora sí que parecía aterrador. Su rostro se contorsionó en una mueca. Enseguida se calmó y me miró con una sonrisa.

—Casi todo el mundo piensa que el trabajo debe ser desagradable y duro —dijo—. Pero solo conseguirás tener éxito si haces lo que realmente te gusta.

Al ver mi expresión dudosa, el señor Hanenkamp se dio cuenta de que no lo había entendido. Se quedó mirándome y esperó mientras yo reflexionaba.

—Mi madre siempre dice que primero hay que trabajar y luego jugar. Lo que usted acaba de decir suena muy diferente.

—¿Conoces a alguien que gane dinero haciendo algo que le guste? —me preguntó el hombre mayor.

Inmediatamente, pensé en Marcel. Le gustaba montar en bicicleta, así que había montado un servicio de reparto de pan. Le hablé al señor Hanenkamp de mi primo. Asintió con una sonrisa aprobadora.

—Es un muy buen ejemplo. Creo que este chico llegará lejos. Voy a aprovechar para contarte una cosa de mi vida. Siempre he hecho lo que me ha gustado y por eso he ganado mucho dinero.

Miré al hombre mayor con curiosidad. Ahora su cara me parecía un libro de aventuras. Seguro que había vivido mucho y había tenido una vida apasionante.

Pero entonces llegó el momento de despedirme. Mi madre ya debía de estar esperándome para cenar. Había hecho uno de mis platos favoritos, pasta gratinada al horno, y, de postre, pudín de chocolate. Aun así, no me apetecía mucho. Cosa que no era de extrañar teniendo en cuenta todo lo que había vivido en tan poco tiempo. En cualquier caso, había algo que me había quedado muy claro: cuando te interesas por el dinero, tu vida se vuelve más emocionante y conoces a mucha gente interesante.

Hice los deberes a toda prisa. Luego Dinero y yo corrimos hacia el bosque, a nuestro escondite. Me moría de ganas de aprender a ayudar a mis padres.

Sin embargo, había un problema. No sabía casi nada de la situación económica que atravesaban, es decir, nada concreto, solo que tenían problemas, que a menudo decían que las cuotas de sus préstamos eran tan elevadas que apenas podían pagarlas. Así que le conté al perro todo lo que sabía.

«Mi antiguo amo, el señor Goldstern, tiene una empresa que asesora a la gente sobre cómo gestionar mejor sus finanzas», dijo Dinero con voz seria. «El señor Goldstern solo asesora personalmente a clientes muy ricos, pero los empleados de su empresa trabajan también con gente que tiene graves problemas económicos. Como siempre me dejaban deambular por donde quisiera, a veces los escuchaba. Las personas endeudadas solo tienen que poner en práctica cuatro consejos muy importantes. En realidad, es bastante sencillo de entender.» Dinero respiró hondo. «Estos son los cuatro principios. Primero, la gente endeudada debería romper todas sus tarjetas de crédito.»

«¿Por qué?», pregunté asombrada.

«Porque la mayoría de la gente gasta mucho más cuando usa tarjetas de crédito que cuando paga en efectivo», respondió Dinero.

Decidí poner aquellos consejos por escrito. No estaba segura de si conseguiría recordarlos todos.

«El segundo consejo puede parecer un poco extraño para los adultos», continuó Dinero. «Hay que aspirar a que los pagos de los préstamos sean del menor importe posible. Los adultos llaman a esos pagos “cuotas”. Cuanto más alta sea la cuota, menos dinero tendrán cada mes para vivir.»

«¿Y por qué mis padres tienen una cuota tan elevada?», pregunté asombrada. Me di cuenta de que Dinero había dado en el clavo. Y es que mis padres se quejaban continuamente de que tenían que pagar unas cuotas desorbitadas por sus préstamos.

«Porque creen que así se ahorrarán pagar intereses», contestó Dinero. «Imaginemos que tienes un préstamo de 5.000 euros. Y que debes pagar cada año unos 300 euros por los intereses. Además de tener que devolver una parte de esos 5.000 euros cada año. A eso se le llama “reembolso”. Si el reembolso es de un 1 %, significa que cada año tienes que devolver el 1 % de estos 5.000 euros. Eso serían 50 euros. Así que la cuota sería de 300 euros en concepto de intereses y 50 euros en concepto de reembolso. Eso sumaría un total de 350 euros. Pero, por supuesto, cuando terminas de pagar el préstamo, ya no hay que seguir pagando intereses.»

«Entonces, parece bastante lógico querer devolver pronto los 5.000 euros», pensé. «Al fin y al cabo, estás pagando más intereses que reembolso.»

«Puede que a primera vista parezca así», coincidió conmigo Dinero. «Si acuerdas un reembolso del 1 %, a lo largo de los años pagarás tres veces más intereses que el importe del préstamo que pediste. Pero, para poder devolver los 5.000 euros lo más deprisa posible, tienes que pagar una cuota más alta a lo largo de todo el año. Muchas personas acuerdan pagar al banco una cuota tan elevada que luego les resulta imposible de devolver. En consecuencia, siempre van cortos de dinero. La mayoría de las veces subestiman lo cara que puede llegar a ser la vida. Entonces, cuando necesitan comprarse un coche nuevo o se les estropea algo en casa, tienen que pedir otro préstamo para poder pagarlo.»

«¿Quieres decir que acaban pagando el préstamo antiguo pidiendo uno nuevo?», dije sorprendida.

«Exacto», respondió Dinero, y me di cuenta de que se alegraba de que lo hubiera entendido tan rápido.

«Entonces, ¿qué deberían hacer mis padres?», pregunté. «No creo que me escuchen.»

«Tal vez puedas conseguir que hablen con el señor Goldstern sobre todo esto. Él podría solucionarles todos sus problemas fácilmente.»

«Quizá también podría ayudarlos a ganar más dinero», dije envalentonada.

«Por supuesto que sí», confirmó Dinero. «Pero primero deben aprender a arreglárselas con el dinero del que disponen actualmente. De lo contrario, cuanto más dinero tengan, mayores serán

sus problemas. Los gastos tienden a aumentar a la par que los ingresos, a menos que aprendamos a gestionar nuestro dinero. Ya seguiremos hablando de este asunto más adelante.»

Lo que Dinero me había contado parecía tener sentido. Así que lo anoté en mi pequeño cuaderno de notas:

1. Romper las tarjetas de crédito.
2. Pactar la cuota más baja posible. Preguntar al señor Goldstern si podría ayudar a mis padres.

Dinero esperó pacientemente a que terminara de escribir. Luego, siguió con el siguiente consejo.

«El tercer consejo es específicamente para los préstamos personales y los préstamos al consumo, es decir, sobre las deudas que no tienen nada que ver con la compra de una vivienda. Son los préstamos que la gente pide para comprar un coche, muebles, una televisión o simplemente para afrontar algún gasto de su vida. Las personas con este tipo de deudas deberían seguir la regla del 50 %: deberían ahorrar la mitad del dinero que no necesitan para vivir y la otra mitad deberían destinarla a pagar sus deudas.»

«Pero mi abuela siempre dice que hay que pagar las deudas cuanto antes», recordé. «Y para conseguirlo habría que destinar todo el dinero que sobre a pagarlas.»

«¿Y qué consigues cuando acabas de pagar una deuda?», me preguntó Dinero.

«Mis padres siempre dicen que se quitarían un buen peso de encima», contesté.

«Eso es lo que piensan», coincidió el perro. «Pero, en realidad, cuando por fin salden las deudas tendrán “CERO” y tener cero es no tener nada. Y no tener nada no es ningún objetivo.»

«Entonces, ¿qué es un objetivo?», pregunté sorprendida.

«Viajar a Estados Unidos, comprar un ordenador portátil... Esos son objetivos», explicó Dinero con paciencia. «O ahorrar todo el dinero que no te gastes.»

«¿Y por qué debería ahorrar todo el dinero que no me gaste?», pregunté desconcertada.

«Esto te lo explicaré dentro de unos días», contestó el labrador dándome largas. «Por ahora, volvamos a centrarnos en las deudas: tus padres deberían empezar a ahorrar. No necesitan esperar a saldar sus deudas para hacerlo. Pueden empezar enseguida. Solo así podrán hacer realidad sus deseos sin tener que pedir otro préstamo. De esta forma, podrán disfrutar de lo que deseen sin tener ningún remordimiento de conciencia.»

«¿Quieres decir que deberían crear una caja de los sueños?», sugerí.

Dinero asintió.

«No sería mala idea. Por cierto, todas las deudas personales y de consumo son unas deudas estúpidas. Es mucho más sensato gastar solamente el dinero que ya se tenga ahorrado de antemano.»

A mi parecer, todo lo que estaba diciendo tenía mucho sentido. Así que tomé nota:

3. Ahorrar la mitad de todo el dinero que sobre y con la otra mitad saldar las deudas personales y de consumo.

«Y aquí va el último consejo.» A Dinero le brillaban los ojos divertido. «Cualquiera que tenga deudas debería meterse una nota en la cartera que dijera: “¿Seguro que lo necesito?”»

«Es un recordatorio para acordarse de no gastar demasiado y que ves, como muy tarde, cuando ya estás en la caja, dispuesto a pagar.»

«Es un buen consejo para todos los que no tengan un perro como yo», dije riendo. Dinero meneó la cola alegremente. Me lamió la cara entera, le di una palmadita y, a continuación, escribí en mi cuaderno aquel cuarto consejo.

4. ¿Seguro que lo necesito?

Había aprendido mucho sobre las deudas, pero aquella era la parte fácil, comparada con tener que enseñárselo a mis padres. Me alegré de que Dinero me hubiera sugerido pedirle al señor Goldstern que hablara con ellos. Sin embargo, todavía no lo conocía lo suficiente como para hacerlo. Decidí esperar un poco.

Aun así tomé una firme decisión: nunca iba a contraer aquel tipo de deudas. Me prometí ahorrar siempre antes de comprar algo. No quería acabar teniendo los mismos problemas que mis padres.

PRIMERA VISITA AL SEÑOR GOLDSTERN

Los días siguientes pasaron volando. Conseguí volver a estar concentrada en la escuela y, además, cada día entrenaba a Napoleón. Al final de la primera semana, el señor Hanenkamp me dio 7 euros, es decir, 1 euro al día multiplicado por siete. También recibí 30 euros por los trucos que había logrado enseñar al mestizo. Napoleón ya había aprendido «siéntate», «túmbate» y «la patita».

Conté con orgullo el dinero que había ganado: 37 euros. Era mucho dinero. Sin embargo, ya no me sentía mal ni me daba vergüenza haberlo ganado, porque para los Hanenkamp ahora la vida con Napoleón se había vuelto mucho más sencilla.

Estaban tan contentos conmigo que me preguntaron si también podría sacarlo a pasear por la mañana y se ofrecieron a pagarme 1 euro más al día por ello. Les pregunté a mis padres si podía aceptar y me dieron permiso.

Dinero me había dicho que tenía una idea genial de lo que podía hacer con mis ganancias. Así que al principio escondí cuidadosamente todo el dinero que había ganado entre unos antiguos cuadernos escolares.

Pero había una cosa que me hacía casi más ilusión que estar ganando tanto dinero: por fin había llegado el día en que el chófer del señor Goldstern vendría a recogernos a Dinero y a mí. Estaba muy emocionada por tener la oportunidad de poder conocer mejor a aquel hombre tan rico.

Tal y como estaba previsto, el timbre sonó puntualmente a las 15:15. Me llevé una sorpresa: la chófer era una mujer mayor que enseguida me sonrió amablemente. Subimos al Rolls-Royce que estaba estacionado delante de nuestra casa. Le dije a la señora que siempre había pensado que todos los chóferes tenían que ser hombres. Soltó una carcajada.

—El señor Goldstern es un hombre extraordinario y suele hacer cosas extraordinarias. Le trae sin cuidado lo que hagan los demás. Siempre hace lo que a él le parece correcto.

Aquel comentario me picó la curiosidad. La chófer siguió hablando como si me hubiera leído el pensamiento.

—Me oyó mientras le contaba a una amiga que me acababa de quedar en el paro y, aunque no me conocía de nada, me preguntó si sabía conducir. Le dije que por supuesto que sabía. «Bien, si le interesa, podría trabajar como chófer para mí. Justamente, ahora estoy buscando a alguien para ocupar este puesto», contestó. No dijo nada más. Ni siquiera me hizo ningún tipo de prueba. Se

le da muy bien juzgar a la gente. Solo se fía de su intuición, es decir, de su voz interior, también conocida como «instinto».

Aquella historia me impresionó mucho.

—¿Y no te dio miedo conducir un coche tan grande? —pregunté.

—No, porque el señor Goldstern me enseñó a tener más confianza en mí misma. Todas las personas que trabajan para él escribimos cada día en nuestro diario del éxito.

—¡Yo también! —alardeé contenta.

Ahora le tocó a la chófer estar sorprendida. Acaricié orgullosa a Dinero. Me lamió toda la cara. Me prometí a mí misma que le quitaría ese hábito.

Finalmente llegamos a la clínica de rehabilitación. No me gustaban mucho los hospitales, pero aquello parecía más bien un hotel de vacaciones exclusivo. Supuse que era una de las ventajas de tener tanto dinero. La chófer nos guio hasta la habitación del señor Goldstern. Estaba sentado en una butaca y parecía estar de muy buen humor. Dinero enseguida se acercó a él de un salto menando la cola. Lo primero que hizo fue lamerle toda la cara.

—A mí también me lo hace —le dije—. Pero ya he decidido que le quitaré este hábito.

—Me alegro de que hayas venido —me saludó el señor Goldstern.

—Yo también estaba deseando que llegara este día —admití con sinceridad. Ni siquiera sabía por qué me hacía tanta ilusión, aunque, por supuesto, esperaba poder averiguar más sobre por qué Dinero hablaba.

El señor Goldstern jugó con cuidado con el Labrador durante un rato. Era obvio que todavía le dolía todo si se movía demasiado. Sin embargo, aquello pareció sentarle bien.

Al cabo de un rato centró su atención en mí. Le interesaba todo lo relacionado con Dinero. Le conté qué pienso le dábamos y con qué frecuencia salíamos a pasear juntos. También le conté que ambos sacábamos a pasear a Napoleón y que Dinero me estaba ayudando mucho a entrenarlo. El hombre pareció muy satisfecho.

—Desde el día en que te conocí, tuve la intuición de que se te daban muy bien los animales. Deberías estar orgullosa de ello.

—Puede que incluso lo escriba en mi diario del éxito mañana por la mañana —solté.

—¿Tienes un diario del éxito? —preguntó el señor Goldstern mirándome sorprendido—. ¿Cómo se te ocurrió la idea?

Me sonrojé. ¿Qué iba contestarle? No podía decirle que Dinero podía hablar y que me había enseñado un montón de cosas.

El señor Goldstern percibió mi incomodidad. Así que enseguida borró su mirada interrogante.

—No tenemos que hablar de ello si no quieres —me aseguré.

—Sí que me gustaría —me apresuré a contestar y decidí ser sincera—, pero no puedo decirle quién me dio la idea.

Para mi asombro, el señor Goldstern lo aceptó sin hacerme más preguntas.

—Yo también tengo mis secretos y comprendo que mis interlocutores también puedan tener

los suyos.

Aquella respuesta me dio una buena sensación. Era obvio que aquel hombre rico me tomaba en serio.

—Me pregunto qué te hace diferente de los demás niños —me dijo pensativo—. ¿Sabrías decírmelo?

Me tomé un momento para reflexionar. Antes de que Dinero llegara a nuestra vida no habría sabido qué contestar. Por aquel entonces, yo era bastante normal, pero ahora habían cambiado muchas cosas.

—Pienso en otras cosas —respondí—. Quiero ganar mucho dinero para poder viajar a Estados Unidos y comprarme un ordenador portátil. —Le expliqué que tenía una lista de diez objetivos, un álbum de los sueños y dinero que había ganado sacando a pasear y entrenando a Napoleón durante una semana. También le hablé de los problemas de dinero de mis padres y de Marcel.

El señor Goldstern me escuchó atentamente. Se le daba muy bien escuchar. Cuando terminé de hablar, me felicitó.

—Kira, todo esto que me has contado me alegra mucho. Estoy seguro de que conseguirás alcanzar tus diez objetivos. No permitas que nadie te convenza de lo contrario.

—Mi madre ya se ha reído de mí —lo interrumpí y le conté el incidente que se había producido cuando mi madre vio mis cajas de los sueños.

—A lo largo de tu vida, encontrarás a muchas personas que se reirán de ti. Pero también a muchas otras que te respetarán —me tranquilizó el señor Goldstern—. Además, no creo que tu madre actuara con mala intención. Puede que, tal vez, aquello le pareciera una locura y una idea muy poco realista. A veces resulta más fácil alcanzar los objetivos que son una auténtica locura que los que son pequeños y normales, aunque cuando te propones grandes objetivos tienes que esforzarte más, por supuesto.

Dinero salió disparado hacia el parque y empezó a retozar entre los arbustos.

—Todavía no hemos hablado sobre un asunto muy importante —continuó el señor Goldstern al cabo de un rato—. Llevas mucho tiempo cuidando de Dinero. Me gustaría reembolsarte por todos los costes que seguro que eso te ha supuesto.

—Yo no me he encargado de pagar el pienso, eso lo hicieron mis padres, y me ha encantado cuidar a Dinero —contesté.

—Mira, te propongo que les lleves este cheque a tus padres —continuó imperturbable el señor Goldstern—. Además, tal vez sería buena idea que alguna vez los trajeras contigo cuando vinieras a verme. Quizá podría hablar con ellos sobre su situación financiera.

Me sentí inmensamente aliviada de que él mismo lo hubiera sugerido. Llevaba un tiempo pensando en cómo podría pedirle que aconsejara a mis padres.

—Pero tú también deberías recibir algo de dinero, por supuesto —continuó el señor Goldstern—. A ver, deja que eche cuentas. Has estado cuidando a Dinero durante mucho tiempo. Casi un

año entero. ¿Qué te parecería si compensara tus esfuerzos con 5 euros por cada día que hayas cuidado de mi perro?

Aquella propuesta no me hizo ninguna gracia.

—Lo he cuidado porque Dinero enseguida se hizo un hueco en mi corazón, no porque quisiera ganar dinero —respondí enfadada.

El señor Goldstern se echó a reír, pero seguía sin tener la sensación de que se estuviera riendo de mí. Era una diferencia sutil.

—Kira, eso es lo que piensan la mayoría de las personas y, de hecho, hace tiempo yo pensaba igual que tú —me explicó—. Pero dame una buena razón por la que no deberías ganar dinero haciendo algo que te gusta.

Aquello me sonaba. ¡Pues claro, tanto Marcel como el señor Hanenkamp me habían dicho algo parecido! Sin embargo, me sentía un poco culpable.

—Déjame decirte algo —continuó el señor Goldstern—: Es precisamente porque amas tanto a nuestro Dinero que quiero darte estos 5 euros por cada día que lo has estado cuidando. Por eso sé que ha estado muy a gusto contigo y que seguirá estándolo. Este sentimiento genuino es lo que hace que tu «trabajo» sea tan valioso.

Sus palabras no me convencieron del todo, pero no pude resistir la tentación de calcular cuánto dinero me daría por haber estado cuidando a Dinero durante un año...

Tengo la estúpida costumbre de mover ligeramente la cabeza y entrecerrar los ojos cuando hago cálculo mental. El señor Goldstern se echó a reír y me sentí como si me hubiera pillado. Luego dijo con voz seria:

—Sí, es mucho dinero. Pero me gustaría pedirte una cosa: que ahorres la mitad de lo que te voy a dar.

—¡Ahorraré todo lo que me dé! —exclamé exultante—. Al fin y al cabo, el verano que viene me gustaría ir a San Francisco.

—Eso no es lo que yo entiendo por ahorrar —me contradijo el señor Goldstern—. Porque vas a acabar gastándote ese dinero. Tampoco es que tenga nada de malo, es precisamente para lo que sirve. Pero para hacerte rica tienes que ahorrar. Tienes que ahorrar dinero y no gastártelo nunca.

—Pero ¿de qué me sirve tener dinero si no me lo puedo gastar? —pregunté atónita.

—Para poder vivir de él —me explicó el señor Goldstern—. Me gustaría contarte un cuento relacionado con este tema.

Me senté cómodamente. Me gustaba que me contaran historias. Entretanto, Dinero se había acostado entre nosotros. Parecía divertido por nuestra conversación.

—Érase una vez un campesino que, como cada día, fue al establo para coger uno de los huevos que había puesto su oca. Aquel día, sin embargo, encontró un huevo de oro. Al principio no se lo podía creer. Tal vez alguien le estuviera gastando una broma. Para asegurarse, llevó el huevo al orfebre. Este le confirmó que el huevo era de oro puro y duro. El campesino lo vendió y organizó una gran fiesta.

»A la mañana siguiente se dirigió al establo antes de lo habitual y, efectivamente, encontró otro huevo de oro y siguió ocurriendo lo mismo durante unos cuantos días. Sin embargo, el campesino era un hombre codicioso. Discutió con la oca porque el «estúpido animal», como él la llamaba, no le explicaba cómo se las arreglaba para poner huevos de oro. Si lo supiera, entonces, tal vez, él también podría poner huevos de oro. O quizá, pensó enfadado, aquel estúpido animal podría poner dos huevos al día. A su parecer, la oca tardaba mucho en poner huevos. Llegó a enfadarse tanto con la oca que un día entró hecho una furia al establo y la partió por la mitad. A partir de aquel día, se quedó sin huevos de oro. ¿Cuál es la moraleja del cuento? No mates nunca a tusocas. —El señor Goldstern se inclinó hacia atrás y esperó.

Aquel cuento me dejó atónita.

—¡Pero qué estúpido! —exclamé—. Se quedó sin huevos de oro.

Evidentemente, al señor Goldstern le gustó mi reacción. Dinero meneó ligeramente la cola.

—¿Así que tú no te comportarías así? —preguntó.

—Por supuesto que no —contesté con seguridad—. ¡No soy tan estúpida!

—Pues deja que te explique lo que significa realmente esta fábula —dijo pausadamente el señor Goldstern—: La oca representa tu dinero. Si inviertes el dinero, obtendrás intereses. Los intereses son los huevos de oro.

No estaba segura de haberlo entendido bien. El hombre rico prosiguió con su explicación.

—La mayoría de la gente no tiene ninguna oca cuando nace. Eso significa que no tiene dinero suficiente como para poder vivir de los intereses que puedan generar...

—Pero para poder vivir de los intereses se necesita una gran cantidad de dinero —interrumpí al hombre pensativa.

—En realidad se necesita mucho menos dinero de lo que crees —respondió el señor Goldstern—. Si tuvieras tan solo 15.000 euros y obtuvieras un 10 % de interés, estarías ganando 1.500 euros al año.

—¡Vaya! —exclamé entusiasmada—. Eso serían 125 euros al mes. Ni siquiera necesitaría tocar los otros 15.000 euros.

—Exactamente —coincidió el señor Goldstern—. En este caso, los 15.000 euros serían tu oca de los huevos de oro, así que no deberías acabar con ella.

Aquella idea me gustó bastante. Aunque se me ocurrió una objeción.

—Pero si empiezo ahora a ahorrar para conseguir una oca, tardaré mucho más en poder viajar a California.

—¡Esta es precisamente la decisión que debes tomar! —exclamó el hombre rico—. Siempre puedes coger tu dinero en un arranque de impaciencia y gastártelo en cualquier cosa. Incluso podrías viajar a Estados Unidos en cuanto reunieras 1.500 euros. Pero entonces estarías matando a tu oca. En cambio, podrías decidir ahorrar parte de este dinero y, al cabo de un tiempo, ganarías tanto con los intereses como para poder viajar allí cada año.

Me pareció un argumento muy convincente, pero, aun así, seguía queriendo ir a San Francisco

el próximo verano. Aunque también me gustaría tener mi propia oca. ¡Ojalá pudiera hacer ambas cosas! Suspiré.

—¡Es muy difícil elegir entre la oca y lo que quiero!

—No tienes que decidirte solamente por una de las dos cosas. Puedes hacer ambas a la vez —dijo el señor Goldstern con una sonrisa—. Supongamos que ganas 5 euros. Pues bien, podrías dividir este dinero. Lo mejor sería poner gran parte en el banco. Luego, podrías destinar otra parte a las cajas de los sueños. Y la última parte sería para gastar.

Sí, esa era la solución. Enseguida empecé a pensar en la mejor manera de dividir los 5 euros. No era tan fácil como parecía.

—¿Y cómo debería dividir el dinero exactamente? —pregunté.

—Eso depende de tus objetivos —respondió inmediatamente—. Si decidieras guardar siempre solo 10 % para tu oca, seguro que con el tiempo acabarías creando un buen colchón. Pero, si quisieras tener muchísimo dinero, podrías elevar el porcentaje. Yo tengo la costumbre de ahorrar siempre el 50 % de todo lo que gano para mi oca.

Decidí tomar al señor Goldstern como modelo. Me gustaba su manera de vivir. Siempre parecía estar de buen humor, a pesar de que seguro que en algunos momentos todavía le dolía el cuerpo. Así que tomé una decisión.

—Ya he decidido cómo quiero dividir mi dinero. Yo también guardaré el 50 % de lo que gane para mi oca. Luego pondré el 40 % restante en mis cajas de los sueños para alcanzar mis objetivos. Y el 10 % restante será para gastar.

El señor Goldstern me miró orgulloso. Me sentía muy a gusto con mi decisión. Pero había algo que no acababa de entender.

—Si tan solo bastara con ahorrar el 10 % de las ganancias para crear un buen colchón, ¿por qué tanta gente tiene problemas económicos?

—Porque nunca se lo han planteado —me explicó—. El mejor momento para empezar es cuando todavía se es muy joven. Entonces lo más probable es que eso se convierta en una costumbre. Lo mejor es empezar cuanto antes. Ve al banco la semana que viene y abre una cuenta. La próxima vez que nos veamos, te enseñaré lo que puedes hacer con ella. También podré darte un cheque, si es que quieres cobrarlo. Pero ha llegado el momento de que os vayáis yendo. Es casi la hora de cenar y ya estoy muy cansado.

Me dio la impresión de que el señor Goldstern estaba cada vez más dolorido. Admiraba su buen humor y su paciencia. Sin embargo, le pregunté por qué no hablaba también de su dolor.

—Cuanto más me centro en mi dolor, más fuerte se vuelve —respondió el señor Goldstern—. Hablar del dolor es como echar abono a las plantas. Es por eso por lo que dejé de quejarme hace años.

Le agradecí sus consejos de todo corazón. También le dije lo orgullosa que estaba. Luego me despedí rápidamente. Dinero dejó que el señor Goldstern lo abrazara antes de marcharnos. Luego aquella chófer tan amable nos llevó de vuelta a casa.

LA SEÑORA TRUMPF

Cuando llegué a casa, lo primero que hice fue ir corriendo a mi cuarto. No podía esperar hasta mañana para para escribir en mi diario del éxito. Anoté:

1. He entendido enseguida todo lo que el señor Goldstern me ha explicado.
2. He tomado una buena decisión: a partir de ahora ahorraré el 50 % de todo el dinero que gane.
3. Conseguiré tener una oca. Ahora entiendo lo que significa ser rico.
4. He montado por primera vez en mi vida en un Rolls-Royce.
5. La semana pasada gané 37 euros. (De los cuales 18,50 euros han ido a la oca; 14,80 euros, a las cajas de los sueños, es decir, 7,40 euros por cada caja, y 3,70 euros, para gastar.)
6. El señor Goldstern me ha elogiado.
7. La semana que viene recibiré dinero por haber cuidado de Dinero durante todo este tiempo. 5 euros por día multiplicado por 423 días son 2.065 euros. ¡Menuda locura!

Todavía no estaba segura de si todo lo que estaba anotando podían considerarse éxitos, pero me sentía bien y estaba orgullosa de mí misma. Además, cada vez confiaba más en mí. Antes de salir de mi cuarto, decidí que a la hora de cenar hablaría con cautela con mis padres sobre el tema de las deudas. Me apresuré a guardarme el papel en el que había anotado los cuatro consejos para hacer frente a las deudas en el bolsillo de los tejanos.

En cuanto estuvimos todos sentados en la mesa, saqué con solemnidad el cheque que el señor Goldstern me había dado para mis padres. Mi padre lo cogió y leyó el importe.

—¡Son 1.000 euros! ¿A qué viene tanto dinero? —exclamó sorprendido.

—Es para cubrir el coste del pienso que le hemos dado a Dinero durante todo el tiempo que ha estado con nosotros.

—No sé si deberíamos aceptarlo —dijo mi madre—. Al fin y al cabo, a estas alturas es como si Dinero fuera nuestro perro.

—Por otro lado, este dinero nos vendría de perlas —refunfuñó mi padre—. Todavía debemos la cuota de uno de los préstamos. Esos 1.000 euros podrían ayudarnos a ponernos al día con los pagos.

—Yo solo destinaría 500 euros a pagar el préstamo. Y ahorraría los otros quinientos —solté.

Mi padre y mi madre dejaron de comer y se quedaron mirándome. Por la cara que pusieron,

cualquiera pensaría que acababa de tirar mi plato lleno de sopa al suelo.

—Mira por dónde... —dijo mi padre con ironía—. Nuestra hija ha montado una vez en un Rolls-Royce y ahora se ha convertido en un genio de las finanzas. Susanne, no estoy seguro de que ese hombre sea una buena compañía para nuestra Kira.

Aquellas palabras me enfurecieron.

—Es mucho más inteligente pagar siempre una cuota lo más baja posible —siseé desafiante.

—¡Claro que sí, así podré estar pagando intereses hasta que me muera! —exclamó mi padre.

Me mordí la lengua. No me acordaba exactamente de todo lo que me había explicado Dinero, solo que la gente siempre acaba contrayendo nuevas deudas para poder pagar las cuotas de los préstamos anteriores. Pensé para mis adentros: «Será mejor que no vuelva a hablar de dinero con ellos hasta que no haya estado en Estados Unidos y haya ganado una pasta gansa».

—Qué sabrán los niños sobre el dinero —murmuró mi padre.

—Daryl, un niño estadounidense, consiguió amasar varios millones a los diecisiete años —dije con aires de superioridad sin poder contenerme—. Y no se puede decir precisamente lo mismo de ti. Algún día, yo también conseguiré ser muy rica.

—Seguro que ese tal Daryl heredó todo ese dinero —supuso mi padre.

—No, lo ganó él mismo, y yo también me lo voy a ganar —respondí acaloradamente.

—Kira, todas esas ideas no son propias de ti —dijo mi madre preocupada—. No estamos hechos para tener mucho dinero. El dinero solo trae infelicidad. Es mucho más importante estar satisfecho con poco. No lo olvides: los que nacen siendo 1 céntimo nunca podrán ser 1 euro.

Al oír sus palabras, me entraron muchas dudas. El señor Goldstern me parecía la mar de feliz. En cambio, mamá y papá no estaban tan contentos. Enseguida eso me hizo pensar que no tener dinero producía infelicidad. Sin embargo, decidí mantener la boca cerrada por el momento. Me terminé la comida en silencio.

Después de cenar no me apetecía quedarme en casa. Así que llamé a Monika para quedar con ella, pero mi amiga todavía no había cenado. Así que acordamos reunirnos al cabo de una hora. Para matar el tiempo, me fui a dar un paseo. Decidí pasar cerca de la casa de los Hanenkamp y saludar a Napoleón.

Cuando el señor Hanenkamp me vio, me pidió que entrara un momento en su casa.

—¿Crees que tendrías tiempo de sacar a pasear otro perro? —me preguntó.

—¡Por supuesto que tendría tiempo! —le aseguré rápidamente.

—Hoy he estado hablando con la señora Trumpf —continuó el señor Hanenkamp—. Es la dueña de Bianca, esa hembra de pastor alemán tan grande. Le gustaría irse de viaje un par de semanas, pero no sabe con quién dejar a Bianca. Cuando le he contado lo bien que te las arreglas con Napoleón, me ha pedido que te pregunte si podrías cuidar de ella. Sería mejor que fueras a hablar con ella lo antes posible.

Conocía bien a la señora Trumpf. Siempre tenía muchas ganas de hablar. Cada vez que pasaba junto a su casa, intentaba entablar una conversación conmigo. Dinero y yo llegamos rápidamente

a su casa, parecía la de una auténtica bruja.

Justo en aquel momento la anciana abrió la puerta. El señor Hanenkamp la había llamado y la había avisado de íbamos para allá. Entramos todos juntos. ¡Menudo caos más espléndido! Enseguida me sentí a gusto. Había recortes de periódicos y libros por todas partes. En las paredes colgaban unos gráficos con líneas extrañas. Tenía dos televisores encendidos a la vez.

Cuando la señora Trumpf se percató de que estaba ojiplática dijo:

—Es mi pasatiempo. Me gusta leer libros sobre finanzas y revistas de bolsa. Cuando mi marido murió, me dejó una buena suma de dinero. En aquel momento no tenía ni idea de qué hacer con él. Así que me puse a aprender sobre inversiones financieras. Es tremendamente emocionante. Puedes llegar a multiplicar tu dinero.

Por primera vez, deseé que la señora Trumpf siguiera hablando; pero, probablemente, creyó que aquel tema no me interesaba.

Así que hablamos de Bianca. Hacía muchos años que la mujer mayor quería irse de vacaciones, pero nunca había encontrado a nadie que estuviera dispuesto a cuidar de su perra. Bianca era muy cariñosa, pero era muy grande para ser un pastor alemán. La verdad es que con su pelaje abundante podía llegar a asustar un poco. Seguro que la mayoría de gente le tenía miedo. La señora Trumpf estaba muy agradecida de que me mostrara interesada en ocuparme de Bianca. Se ofreció a comprar todo el pienso necesario y a darme 5 euros al día. Acepté encantada; aunque, por supuesto, tenía que hablarlo primero con mis padres. Al fin y al cabo, la perra tendría que vivir con nosotros durante dos semanas.

Me despedí de ella, pues ya era la hora que había quedado con Monika. Tenía tantas cosas que contarle...: el dinero que había ganado, la visita al señor Goldstern y la manera en que dividía ahora mi dinero.

Monika me miró con admiración.

—¡Qué pasada que hayas hecho todo esto! Te has ganado mi respeto. —Se quedó pensando durante un momento y luego dijo—: Si alguna vez tienes demasiado trabajo por hacer, podría ayudarte. Trabaja para ti.

Me reí. Los padres de Monika tenían mucho dinero y ella siempre iba muy bien vestida. Aun así, quería trabajar para mí. Me pareció gracioso.

Ya casi se había hecho de noche, así que regresé a casa. Además, quería hablar con mis padres sobre Bianca cuanto antes. Al principio mi padre se quejó un poco. Tenía miedo de que dejara de prestar atención a la escuela, pero mi madre me apoyó.

Entonces sonó el teléfono. Mi madre descolgó el auricular.

—Es Marcel, pregunta por ti —gritó sorprendida. Marcel no me había llamado nunca.

Resulta que ambos teníamos mucho que contarnos. Le hablé de mis ingresos y de mi nuevo trabajo. También le conté que estaba dividiendo mi dinero tal y como me había enseñado el señor Goldstern.

—Bueno, pues ya es oficial —dijo con solemnidad—. Tus días de ser una cabeza de muñeca

han terminado. Esto que me acabas de contar sobre dividir el dinero es una muy buena idea. No lo había pensado. Tengo todo mi dinero guardado en una cuenta.

—Yo también tengo que abrir una cuenta —murmuré—, pero no tengo ni idea de cómo se hace. Además, seguramente, el señor Goldstern me dé un cheque.

—Si quieres, puedo ir mañana a tu casa y ayudarte —se ofreció Marcel.

No podía creer lo que estaba oyendo. Marcel siempre se había mostrado muy antipático conmigo. Sin embargo, ahora se estaba ofreciendo por voluntad propia a ayudarme. Nunca me había visitado, a pesar de vivir solo a siete kilómetros. Incluso cuando sus padres venían de visita, él siempre prefería quedarse en casa.

—¿Quieres venir a mi casa? —pregunté sorprendida—. Hasta hace poco me evitabas siempre que podías.

—Solo quiero tratar con gente a la que respeto —respondió brevemente—. Y ahora, por primera vez, te tengo respeto.

Me sentí enormemente orgullosa.

—Por cierto, ahora tengo más empleados —oí que decía Marcel con voz de adulto—. Unos cuantos chicos del vecindario reparten panes para mí, pues ya tengo más de cincuenta clientes. No podía seguir ocupándome de todo yo solo.

Volví a pensar en Monika, que se había ofrecido a ayudarme. Ahora tenía que pasear a Dinero, Napoleón y Bianca. Puede que en algún momento me fuera bien su ayuda.

Me despedí de Marcel y me alegré al pensar que lo vería mañana. Cepillé a Dinero, que lo disfrutó muchísimo. Luego me fui a la cama y me dormí enseguida.

En mitad de la noche, desperté empapada en sudor por una horrible pesadilla. Unos malvados criminales me perseguían y querían matar a Dinero. Monika y Marcel también salían en el sueño e intentaban ayudarme. Estuve un buen rato temblando. Dinero se percató de que me pasaba algo, subió de un salto a mi cama y me lamió la mano. Lo rodeé con mis brazos. Aquel sueño, ciertamente, no auguraba nada bueno. Antes de volver a dormirme, me prometí firmemente que al día siguiente tendría mucho cuidado.

LA AVENTURA

El día empezó de manera un poco extraña. Hacía mal tiempo y yo todavía estaba agotada por la pesadilla. Mi padre se había levantado tarde y aún estaba ocupando el baño. Quise aprovechar el tiempo, así que me dirigí hacia el sitio donde debería estar mi diario del éxito guardado. Pero no estaba allí. Miré bruscamente a Dinero. Él fingió no darse cuenta.

«¡Ajá!», pensé. «¡Menudo granuja! Estoy segura de que lo tienes tú. ¡Devuélvemelo!»

Dinero se había despertado de humor juguetón y no estaba dispuesto a dármelo tan fácilmente. Salió disparado hacia el vestíbulo, donde había escondido mi diario, y lo cogió entre sus fauces. Intenté atraparlo y quitarle el cuaderno. Pero Dinero fue más rápido que yo. Di un gran salto para intentar atraparlo, pero me esquivó y se alejó de mi alcance. Con un fuerte estruendo, aterricé sobre la maqueta de un barco a medio terminar que mi padre estaba construyendo con cerillas. Alertados por el ruido, mis padres vinieron corriendo. Cuando mi padre procesó la situación, se puso a gritar como un poseso.

—¡Acabáis de destruir cuatro meses de trabajo!

Efectivamente, no quedaba ninguna cerilla en pie. Me sentí fatal. No pretendía destruirle el barco. Recordé mi pesadilla. ¡Vaya manera de empezar el día con buen pie!

Luego perdí el autobús y llegué tarde a la escuela.

Cuando terminaron las clases, regresé a casa a comer y luego pasé a buscar a Napoleón. Les dije al señor y a la señora Hanenkamp que les traería de vuelta a su perro más tarde de lo normal. No tuvieron ningún inconveniente. Marcel me había dicho que vendría a las tres de la tarde. Así que le pedí a Monika que a esa hora paseara a ambos perros mientras yo hablaba con mi primo.

Marcel me acompañó a casa de la señora Trumpf para recoger a Bianca. Nos invitó a pasar al salón para explicarme con todo detalle cómo debía cuidar de su pequeño angelito. Entretanto, Marcel echó un vistazo a la habitación. Se percató de los gráficos que colgaban de la pared y silbó con admiración.

—Veo que invierte en acciones —señaló con pericia.

—¿Entiendes de gráficos bursátiles? —preguntó la señora Trumpf mirando sorprendida a mi primo.

—No, pero mi padre tiene acciones, por eso las he reconocido. Él siempre dice que no hay nada que dé tanto dinero como las acciones. Pero me parece algo muy complicado y que requiere mucho trabajo —contestó Marcel.

—Tienes razón, no es nada fácil y requiere por lo menos un par de horas al día. Así que es

algo que tiene que gustarte —se rio la anciana—. O también puedes dejar que otros se encarguen de todo el trabajo por ti. Entonces invertir se convierte en un juego de niños y aun así sigues ganando dinero.

—Eso suena bien. ¿Cómo funciona? —preguntó enseguida Marcel con interés.

—Estaré encantada de explicártelo si quieres —afirmó la señora Trumpf—, pero para eso necesitamos tiempo. Mi vuelo sale dentro de unas pocas horas. Así que sugiero que hablemos de ello cuando regrese de mis vacaciones.

—¡A mí también me interesa el tema! —me apresuré a decir.

Pero la señora Trumpf tenía otras cosas en la cabeza.

—Kira, ¿podrías regarme las plantas un par de veces mientras esté fuera?

Le aseguré que lo haría con mucho gusto. Nos despedimos y llevamos a Bianca a mi casa.

Luego fui con Marcel a nuestra oficina del banco. Estaba muy emocionada. Me disponía a abrir mi primera cuenta. Ya tenía una libreta de ahorros en la que mis abuelos ingresaban dinero de vez en cuando. Pero tener una cuenta de verdad era algo completamente diferente. Cuando entramos en la oficina del banco, me sentí como una persona adulta. Había mucha gente haciendo cola. Me dirigí directamente hacia la más corta. Marcel me detuvo.

—Espera, es importante que elijas a la persona adecuada.

—¿Y cómo voy a saber quién es? —pregunté atónita.

Marcel se rio.

—Bueno, pues será la persona con quien te lleves mejor. Echa un vistazo a tu alrededor, a ver si ves a alguien que te parezca especialmente simpático.

Me dirigí hacia el principio de las colas y observé con atención a cada uno de los trabajadores. La mayoría no tenían cara de estar muy contentos. Uno de ellos se movía sin parar, cosa que me pareció intimidante. Finalmente, vi a una mujer que parecía tener más o menos la misma edad que mi madre y ser muy simpática. Enseguida me cayó bien.

—Tendremos que esperar un buen rato —advertí a Marcel.

—Esperar es lo más estúpido del mundo —declaró mi primo—. Deberíamos pensar en cómo aprovechar el tiempo.

Se nos ocurrió que podía explicarle cómo dividía ahora mi dinero. También le conté la historia de la oca que ponía huevos de oro.

—Es mucho más guay de lo que pensaba —exclamó Marcel encantado—. Ahora me ha quedado bien claro que, si siempre me lo gasto todo, nunca conseguiré tener ninguna oca y, si nunca consigo tener ninguna oca, siempre tendré que trabajar para conseguir dinero. En cambio, si tuviera una oca, el dinero trabajaría por mí.

—Esto que acabas de decir me parece muy interesante —contesté—. Seguro que es lo que hacer el señor Goldstern: que su dinero trabaje para él. Piensa en todo el tiempo que ha estado sin trabajar después de sufrir el accidente. Aun así, ha sido capaz de pagar todas sus facturas. En

cambio, mi padre siempre dice que si no tuviera ningún ingreso durante dos meses, lo perderíamos todo, es decir, que tendríamos que vender la casa.

—Claro, al señor Goldstern le va tan bien porque tiene una oca bien rolliza y, en cambio, tu padre no tiene ni un triste gorriuncillo —se rio Marcel.

Estábamos tan absorbidos por nuestra conversación que ni siquiera nos habíamos dado cuenta de que por fin había llegado nuestro turno. La mujer amable nos preguntó qué queríamos.

—Me gustaría abrir una cuenta para mi oca —dije.

—¿Una cuenta para qué? —preguntó atónita la mujer del banco.

Marcel se echó a reír a carcajadas. Me habría gustado darme una colleja a mí misma, pero entonces se me contagió su risa. Cuando conseguimos calmarnos, nos presentamos. La mujer del banco se llamaba señora Heinen. A continuación, le expliqué por qué quería abrir una cuenta para «mi oca». Volví a contar la historia de la oca y los huevos de oro. A esas alturas ya me la sabía bastante bien.

La señora Heinen quedó fascinada.

—Es la mejor historia sobre gestión del dinero para niños que he oído nunca —exclamó entusiasmada. Entonces reflexionó un momento—. Aunque en realidad es una historia igual de buena para los adultos. En cualquier caso, estaré encantada de apoyarte en todo lo que pueda.

Se ofreció a abrirme una cuenta sin gastos de gestión, es decir, que el banco se encargaría de todo el trabajo de la cuenta por mí y yo no tendría que pagar nada por ello. No podría haberme salido mejor.

Me sorprendí al ver lo sencillo que era el proceso. Solo tuve que enseñar el pasaporte. La señora Heinen rellenó un formulario que tendría que firmar luego uno de mis padres y yo. Eso fue todo. No necesité la ayuda de Marcel en ningún momento. Aun así, fue agradable pasar el rato con él. Nos lo pasamos en grande.

Entonces, saqué los 18,50 euros del bolsillo y los ingresé en mi nueva cuenta. Pronuncié para mis adentros las palabras mágicas que me había inventado: «Crece, oquita, crece».

Me lo había pasado muy bien. Nos despedimos y emprendimos el camino de regreso a casa. Pensé: «Suerte que he elegido una buena asesora. Así siempre me alegraré de verla».

Nos apresuramos en regresar a casa. No sabía cómo se las estaría apañado Monika con los tres perros. Después de todo, no tenía mucha experiencia con esos animales. Es verdad que tenía un pequeño caniche descarado llamado Willi, pero tratar con perros más grandes era algo totalmente distinto. Pero mis temores eran infundados: Monika nos saludó con alegría. Todo marchaba perfectamente. Nos fuimos todos juntos al bosque y nos pusimos a jugar. Nos lo estábamos pasando tan bien que nos olvidamos de la hora que era.

Ya se estaba poniendo el sol cuando emprendimos el camino de vuelta a casa. Les pedí a ambos si podían acompañarme a casa de la señora Trumpf. Tenía que recoger el pienso para

Bianca que la anciana me había dejado en la parte trasera de su casa. Entre los tres podríamos cargarlo fácilmente.

Llegamos a la casa de la señora Trumpf. Se encontraba a tan solo unos cientos de metros de la mía, más cerca del bosque. El jardín estaba bastante cubierto de maleza, ya que hacía mucho tiempo que la anciana no podaba ni los árboles ni los arbustos. Teníamos que dar la vuelta a la casa para llegar hasta el pienso que esta había dejado en la terraza de detrás. Para ello tuvimos que arrastrarnos con cuidado entre unos arbustos.

Ya casi había oscurecido. Teníamos un poco de miedo, a pesar de ir acompañados de Dinero, Napoleón y Bianca. La presencia de Willi no nos tranquilizaba mucho. De hecho, el caniche era quien más miedo tenía y se pegó todo lo que pudo a Bianca. Dejamos de hablar. Incluso Monika no decía ni una palabra. Aquello sí que era significativo. De repente, me di cuenta de por qué estaba tan inquieta: había un silencio sepulcral. Contuvimos involuntariamente la respiración.

Seguimos avanzando poco a poco. De vez en cuando se oía el crujido de una ramita bajo nuestros pies. Por fin llegamos a la parte de detrás de la casa. El pienso estaba, efectivamente, en la terraza trasera, pero algo no iba bien. Miramos temerosos a nuestro alrededor. De repente los perros empezaron a gruñir. Bianca salió disparada hacia la puerta de la terraza y la seguimos con la mirada. Entonces nos dimos cuenta de que la puerta trasera no estaba cerrada del todo. Bianca la empujó con el morro y se puso a ladrar. Acto seguido entró de un salto. Sus ladridos se fueron atenuando. La oímos alejarse cada vez más. Entonces se hizo el silencio. Esperamos un poco, pero Bianca no salió. La llamamos con cautela. No hubo respuesta. Nos quedamos petrificados. Miré a mi alrededor con atención. Monika estaba blanca como un fantasma. Su pequeño caniche se había subido de un salto a sus brazos y ella lo apretujaba temerosa contra su pecho.

Marcel fue el primero en armarse de valor. Me hizo una seña para que retuviera a Dinero y a Napoleón. Los sujeté a ambos por el collar. Suerte que había estado entrenando a Napoleón, pensé durante una fracción de segundo. Marcel se pegó a la pared de la casa y se deslizó poco a poco hacia la puerta. Puso un pie en la casa con cuidado. Una vez dentro, encendió la luz. Al cabo de un rato, que a nosotros nos pareció una eternidad, reapareció por la puerta y nos hizo señas para que nos acercáramos.

—Todo despejado —susurró.

Lo seguí prudentemente con ambos perros.

—¡No pienso entrar ahí! —exclamó Monika.

—De acuerdo, espéranos aquí fuera —accedió Marcel.

Pero aquello le pareció una idea todavía peor. Quedarse sola en el jardín trasero le daba incluso más miedo, así que nos siguió hasta el interior de la casa. Nos encontrábamos en el salón, pero aquella vez el desorden no nos pareció acogedor, sino amenazador.

—Aquí ha entrado alguien —observó Marcel.

—No, siempre ha tenido este aspecto —lo corregí en voz baja.

—Pero mira, han forzado la puerta —contestó Marcel.

Tenía razón. El marco de la puerta estaba claramente destrozado. Entonces caí en la cuenta de por qué aquel desorden ya no me resultaba nada agradable. No había ningún gráfico y los muebles no estaban en su sitio. Era como si estuviéramos en una antigua película de espías y un agente hubiera puesto la casa patas arriba en busca de un microfilme. Recordé mi pesadilla de anoche. Me había prometido a mí misma que tendría mucho cuidado, pero ahí estaba, en una casa solitaria en la que habían entrado a robar. Me pregunté si los ladrones seguirían ahí dentro. La sangre me latía con fuerza en las sienes.

De repente oímos unas pisadas silenciosas que hacían crujir el viejo suelo de madera. Me quedé paralizada. Aquellos pasos amortiguados se iban acercando cada vez más. Marcel miró rápidamente a su alrededor y agarró un viejo telescopio que había junto al sillón a modo de arma. Entonces la puerta del salón se abrió unos pocos centímetros con un crujido. Nos giramos. Monika soltó un chillido agudo. En aquel momento, Bianca asomó su enorme cabeza por la puerta. Nos habíamos olvidado por completo de ella. Respiramos aliviados. Dinero y Napoleón la saludaron con alegría.

Marcel fue de nuevo el primero en evaluar la situación.

—Quienquiera que estuviera aquí parece haber huido en cuanto hemos llegado, si no los perros no estarían tan tranquilos.

Miré a Dinero. No parecía estar preocupado. Lo abracé y enseguida me tranquilicé. Incluso Willi había bajado de un salto de los brazos de Monika y estaba olfateando tranquilamente un rincón.

EN EL VIEJO SÓTANO

Poco a poco recuperamos el valor. Decidimos inspeccionar la casa. Monika sugirió que llamásemos primero a la policía, pero eso siempre podíamos hacerlo más tarde. Por el momento, se impuso el espíritu de la aventura. Empezamos nuestra exploración con mucho cuidado. Recorrimos todas las habitaciones. Encontramos la misma devastación por todas partes, pero no hallamos ninguna otra cosa fuera de lo normal.

—¿Recordáis lo lejos que sonaban los ladridos de Bianca cuando se ha adentrado en la casa? —preguntó Marcel—. Seguro que debe de haber un sótano profundo en alguna parte.

—Puede que también haya una mazmorra... —añadió Monika estremeciéndose.

Tuve que reírme. Aunque yo tampoco las tenía todas conmigo. Recorrimos de nuevo toda la casa para buscar la entrada al sótano. Finalmente, encontramos la puerta que conducía a este. Estaba debajo de las escaleras y parecía la puerta de un armario. Estaba ligeramente entreabierta. Terminamos de abrirla de par en par, pero con cautela, y echamos un vistazo dentro. Una empinada escalera conducía más abajo. Buscamos el interruptor de la luz, pero no lo vimos por ninguna parte.

—En el salón he visto unas velas —recordé de pronto. Marcel asintió.

Nos apresuramos a ir a por las velas. Monika las prendió mientras intentaba disuadirnos de nuestro plan.

—No estaréis pensando en bajar al sótano, ¿verdad? ¡Me niego!

—De acuerdo —contestó Marcel—. Pues quédate aquí arriba con Willi y Napoleón. Kira y yo exploraremos el sótano con Bianca y Dinero.

Yo también habría preferido quedarme ahí arriba con Monika, pero, por otro lado, tenía curiosidad por saber qué descubriríamos allí abajo. Además, no quería mostrarme débil ante mi primo. Al fin y al cabo, justo había empezado a respetarme. Así que Marcel y yo bajamos cuidadosamente con los perros por la escalera. Debía de ser un sótano muy antiguo. La piedra desnuda parecía espeluznante a la luz de las velas.

Por fin llegamos abajo. Estábamos en un gran sótano repleto de trastos y muchas estanterías con distintas latas y tarros de conservas. El techo era bastante bajo. Marcel tuvo que agachar un poco la cabeza. Observamos con atención todo lo que había a nuestro alrededor, pero no vimos que hubiera nada fuera de lo común.

—Aquí no hay nada que descubrir —susurré.

Pero Marcel señaló una pequeña puerta que estaba escondida en la pared de detrás de las

estanterías. Me quedé asombrada. Yo nunca habría descubierto aquella puerta. Apartamos las estanterías con cuidado. Tuvimos que vigilar que no se nos cayera ningún tarro de conservas al suelo. Despejamos el acceso a la puerta e intentamos abrirla, pero estaba firmemente cerrada. Marcel puso cara de decepción.

—No podemos hacer nada. ¡Qué pena, me habría encantado saber qué secretos se esconden detrás de esa puerta!

—Seguro que hay un tesoro escondido ahí detrás —dije siguiéndole el juego.

—Claro, seguro que hay tanto oro como en Fort Knox —rio Marcel.

Justo en aquel momento, Bianca me golpeó con su hocico. Llevaba algo oscuro bien sujeto entre sus dientes. Me fijé bien. Era una llave. Meneó la cola y la dejó caer en el suelo.

—¡Chica lista! —la elogué—. Seguro que está acostumbrada a ir a buscar la llave para su ama. Sin embargo, no teníamos ni idea de dónde podría haber estado escondida la llave.

Marcel la cogió y abrió lentamente la puerta. Prendimos las velas al entrar. Aquella habitación no era tan grande como la primera y estaba completamente vacía, excepto por un viejo cofre. Marcel se acercó. Era de madera robusta, con remaches de hierro, y estaba cerrado con un candado. Marcel estudió la cerradura.

—Esta sí que puedo forzarla fácilmente, será coser y cantar —se rio Marcel.

No estaba muy segura de si teníamos derecho a echar un vistazo dentro del cofre, pero Marcel ya había sacado su ganzúa y estaba manipulando la cerradura. Me ganó la curiosidad. La cerradura se abrió con un chasquido.

—¡Olvídate de tu negocio de repartir pan! —me reí—. Eres un ladrón de primera.

—Seguro que se me daría bien —se jactó Marcel.

Abrió la tapa, contempló lo que había en su interior y soltó un silbido.

—¡Vaya, vaya! Ahora ya sé lo que andaban buscando los ladrones.

Yo también miré lo que había dentro del cofre. Había una montaña de papeles, un fajo grueso de billetes de 500 euros y un montón de lingotes de oro, que me dejaron especialmente fascinada. Me costaba creer que fueran de oro puro. Marcel tenía razón. Eso debía de ser lo que andaban buscando los ladrones.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté preocupada—. ¿Y si lo dejamos todo aquí y vuelven los ladrones?

Marcel reflexionó unos instantes.

—¡Tienes razón! Ahora sí que deberíamos llamar a la policía. Ellos se encargarán de custodiar el tesoro. Pero primero deberíamos anotar con exactitud todo lo que hay dentro del cofre. Nunca se sabe...

Nos pusimos manos a la obra. Lo contamos y lo anotamos todo con detenimiento. Al terminar la lista, la repasamos orgullosos: 50.000 euros en cien billetes de quinientos, 25 lingotes de oro, 68 monedas de oro, 163 documentos, una carpeta con cartas y extractos bancarios, una bolsita con 16 piedras preciosas, un collar de oro y 7 anillos de oro.

Satisfecho, Marcel se guardó la lista en el bolsillo. Me aseguró que me haría una copia lo antes posible. A ambos nos encantaría tener tanto dinero y tantos objetos de valor. En eso estábamos de acuerdo.

—La señora Trumpf es bastante rica —dije maravillada. Era verdad que nos lo había insinuado, pero ver todas aquellas riquezas con nuestros propios ojos era otra cosa.

—¿Por qué crees que guarda semejante fortuna aquí abajo? —pregunté asombrada.

—Todas las personas ricas lo hacen —me dijo Marcel—. Apuesto a que la señora Trumpf tiene muchísimo más dinero invertido en alguna parte. Probablemente, esos sean sus ahorros.

—Me parece mucho dinero para que sean sus ahorros —dije dubitativa.

—Pero es suficiente como para jugar —insistió mi primo—. Piensa en Gilito, el tío de Pato Donald: su pasatiempo favorito es nadar en dinero.

Me acordé de los muchos cómics que había leído y también de que mi madre siempre me decía que me lavara las manos después de tocar dinero.

—Dudo de que la gente rica piense que el dinero está sucio —pensé en voz alta.

Marcel estuvo de acuerdo conmigo.

—Seguro que la señora Trumpf se lo pasa en grande mirando de vez en cuando el interior del cofre. Yo también me divertiría haciéndolo.

Tuve que reírme. Me imaginé a la anciana bajando al sótano, abriendo el cofre y jugando con los lingotes de oro y el dinero. «Creo que yo disfrutaría incluso limpiando las monedas y los lingotes de oro», pensé.

De repente, Dinero empezó a ladrar. Bianca se le unió enseguida. Ambos perros nos dieron la espalda y se pusieron a olfatear en dirección a la puerta y a ladrar cada vez más fuerte. Marcel se acercó a la puerta y gritó hacia la gran sala del sótano:

—¡Monika! ¿Eres tú? Ven, ahora ya sabemos lo que buscaban los ladrones.

Dinero y Bianca dejaron de ladrar y empezaron a gruñir. De repente, Marcel adoptó una expresión bastante angustiada.

—Pero ¿qué ocurre? —preguntó—. Seguro que los perros no estarían gruñendo si se tratara de Monika.

En ese momento, sentimos un escalofrío. Oímos unas voces de hombres que resonaban en el sótano. A Dinero se le erizó el pelaje.

—Calla, Dinero— susurré.

Pero el perro no se calmaba. Seguía gruñendo. Las voces se acercaron rápidamente, cada vez las oíamos con mayor nitidez. No teníamos escapatoria. Pronto vimos el haz de luz de una gran linterna recorriendo la pequeña sala del sótano. Entonces, el haz de luz me apuntó directamente a los ojos. Grité.

—¡Vaya, vaya! ¿A quién tenemos aquí? —exclamó una voz grave.

—Eso no es asunto suyo —gritó Marcel desafiante. El destello de luz nos cegaba tanto que no veíamos absolutamente nada. Entonces, oímos una segunda voz todavía más grave y áspera.

—¿Habéis encontrado algo? Eso nos ahorraría mucho trabajo.

La linterna se desvió hacia el cofre. Entonces el hombre soltó un grito de sorpresa.

—¡Bernd, ven a ver eso! —gritó—. La niña tenía razón. Aquí abajo hay una verdadera fortuna.

—¡Mantenga sus sucias manos alejadas del cofre! —chillé enfadada—. Pertenece a una anciana.

—Jovencita, creo que ha habido una confusión. Nosotros somos los buenos —dijo la primera voz riendo.

El haz de luz se alejó del cofre y se posó sobre el otro hombre. Vimos que se trataba de un agente de policía.

Marcel fue el primero en darse cuenta de lo que ocurría. Me puse a reír nerviosamente. En aquel momento me di cuenta de lo tensa que había estado hasta entonces. Me senté en el suelo. Me sentí aliviada.

—Vuestra amiga ha llamado a su padre y él nos ha alertado —nos contó el primer policía.

Aquello lo explicaba todo.

—¿Dónde está Monika? —preguntó mi primo.

—Arriba, con su padre y los otros oficiales. —El policía entró en la sala grande del sótano y le gritó a un compañero que estaba en lo alto de las escaleras—: ¡Todo en orden! Los niños están aquí. No hay ningún herido.

Subimos todos juntos por las escaleras. Había por lo menos diez policías repartidos por el pasillo y la sala de estar. El padre de Monika también estaba ahí. Mi amiga lo estaba abrazando asustada.

Nos contó que nos había estado esperando durante un buen rato hasta que, finalmente, decidió bajar con cautela por las escaleras. Nos llamó, pero no obtuvo respuesta, así que creyó que nos había ocurrido algo, por lo que llamó a su padre.

—¡Os habéis comportado como unos auténticos insensatos! —exclamó el padre de Monika con severidad—. Deberíais haber llamado enseguida a la policía.

Nos quedamos sin palabras. Miré a Monika. Me sentí mal por ella. Seguro que había pasado mucho miedo. Habíamos perdido la noción del tiempo por completo mientras contábamos el tesoro.

Un cerrajero se encargó de reparar la puerta. Los agentes se llevaron el cofre con cuidado. Todavía les quedaba mucho trabajo por hacer. También tuvimos que responder un sinnúmero de preguntas. Pero los policías fueron muy amables y nos elogiaron por nuestra valentía. Dijeron que era evidente que habíamos asustado a los ladrones y los habíamos obligado a huir.

Marcel y yo nos miramos orgullosos. Luego regresamos a casa montados en un coche patrulla. Mi madre ya estaba empezando a preocuparse porque todavía no había vuelto y se

asomó por la ventana en cuanto nos detuvimos delante de casa. Seguro que se imaginó lo peor al vernos bajar del coche policial.

Pero los agentes no tardaron en aclararle la situación. Luego llevaron a Marcel y a Napoleón a sus respectivas casas. Mi madre llamó enseguida a su hermana, la madre de Marcel, y a los Hanenkamp. Quería evitar que se llevaran el mismo susto que ella al ver que un coche patrulla se detenía delante de su casa.

Les conté a mis padres todo lo ocurrido con todo lujo de detalles; estaba muy excitada, así que de todas formas no habría podido dormir. Eso sí, tuve que escuchar de nuevo que deberíamos haber llamado a la policía de inmediato.

MIS PADRES NO LO ENTIENDEN...

Al día siguiente se armó una buena en la escuela. Monika enseguida contó a todo el mundo la aventura que habíamos vivido. No se hablaba de otra cosa. También me felicitaron. Algunos de mis compañeros me dijeron: «Vaya suerte que tienes de haber vivido una aventura así. Ojalá a mí me ocurriera algo parecido algún día».

No estaba tan segura de que hubiera sido una suerte. Más bien tenía la impresión de que nada de todo eso habría ocurrido si no hubiera creado las cajas de los sueños. De no ser por eso, no me habría puesto a buscado trabajo, no habría conocido a los Hanenkamp y entonces no habría trabajado para la señora Trumpf cuidando de Bianca por recomendación de los Hanenkamp. Se me ocurrió que, tal vez, nuestro sabio profesor de Historia tenía razón cada vez que decía: «La suerte, bien mirado, no es más que el resultado de la preparación y el trabajo».

En cualquier caso, Monika y yo fuimos las heroínas de la escuela durante unos días. Incluso vino un fotógrafo del periódico local a nuestra escuela para sacarnos unas fotos. Al día siguiente, salimos en la prensa. El artículo describía con detalle lo valientes que éramos. Lo único que me supo mal fue que Marcel no salía en la fotografía. Cuando mis padres lo leyeron, estuvieron muy orgullosos de mí. Se lo contaron a todo el mundo.

Una mañana me puse a pensar en lo que habíamos vivido mientras escribía en mi diario del éxito. Realmente, había sido una gran aventura, yo también estaba orgullosa de lo ocurrido. Entonces me di cuenta de algo muy interesante: de repente, tuve la sensación de que toda mi vida se había convertido en una hazaña. Me lo estaba pasando en grande.

Advertí que habían cambiado muchas cosas desde que había empezado a preocuparme por el dinero. Mi vida se había vuelto más emocionante. Había conocido otras facetas de la gente e incluso había mantenido conversaciones interesantes con adultos. Había aprendido mucho, pero sobre cosas diferentes de las que enseñan en la escuela. Me interesaban mucho ese tipo de cuestiones, pues sabía que podía ponerlas en práctica. Me parecía mucho más emocionante aprender a ganar dinero para poder viajar a Estados Unidos que la vida de Carlomagno en clase de Historia. También había empezado a prestar más atención a ciertas asignaturas que antes no me interesaban: por ejemplo, ahora el inglés me parecía mucho más divertido. Porque pronto lo necesitaría.

Últimamente, reflexionaba sobre muchos temas que antes no me importaban. Sin embargo, lo más importante era que me sentía especialmente bien. De repente, me di cuenta de que no se trataba del dinero, sino de pasármelo bien cada día, de sentir que todo era posible. Reflexioné

sobre todo eso. Me había dado cuenta de muchas cosas gracias al diario del éxito. Pronto empecé a escribir no solamente sobre mis logros, también anotaba casi siempre lo que me había llevado a conseguirlos. Por ejemplo, me di cuenta de que era bastante valiente. No me preocupaba haber sentido miedo, pues el señor Hanenkamp me dijo una vez que ser valiente no era no tener miedo, sino que ser valiente significaba tener miedo y aun así seguir adelante.

Estaba dispuesta a trabajar mucho, pero también era importante disfrutar de ello. Mis padres siempre me habían dicho que era bastante vaga, pero solo tenían razón en parte, pues ahora me estaba aplicando. Cada día estaba a cargo de tres perros: los alimentaba, los cepillaba, los sacaba a pasear y los adiestraba. No todo siempre era coser y cantar, pero me lo estaba pasando en grande.

Lo más importante era que por primera vez tenía la certeza de que realmente estaba dando lo mejor de mí. Lo más probable es que aquello fuera lo que estuviera marcando la mayor diferencia. Antes siempre decía: «Con que me esfuerce y estudie un día, voy a sacar buena nota en la escuela». Sentía que aquello no era más que una excusa con la que escudarme. Ahora que realmente estaba esforzándome al máximo, ya no tenía esa justificación. Así que había mostrado todo lo que en realidad era capaz de hacer.

Incluso había ido un paso más adelante, pues estaba haciendo cosas que técnicamente todavía no debería estar haciendo, como, por ejemplo, ganar dinero. Solo haciéndolo me había dado cuenta de que podía hacerlo.

Los días siguientes pasaron volando. Me lo pasé en grande con «mis» perros, y también mantuve grandes conversaciones con Marcel, los Hanenkamp y el señor Goldstern. Gracias a mis interminables preguntas, cada vez aprendía más cosas nuevas y sorprendentes.

Recibí un cheque del señor Goldstern por valor de 2.075 euros y todavía seguía sintiéndome un poco extraña por haber recibido tanto dinero por haber cuidado de Dinero. Lo había hecho por gusto. Pero el señor Goldstern me había dicho: «Si tú hubieras perdido a tu perro, también te alegrarías de que alguien como tú se hubiera hecho cargo de él. El hecho de que lo hubieras hecho incluso sin cobrar nada es precisamente lo que hace que tu trabajo sea tan valioso». Tuve que darle la razón: Dinero no estaría mejor en ninguna otra parte que conmigo.

En cualquier caso, llevé el cheque al banco y luego dividí el dinero tal y como tenía pensado hacerlo de antemano. La mitad, es decir, 1.032,50 euros, se quedaron en la cuenta bancaria para que mi oca pudiera crecer y saqué en efectivo los 1.032,50 euros restantes. De esa cantidad, metí 413 euros en cada una de mis cajas de los sueños y aún me quedaron 206,50 euros para gastar. Fue una sensación increíble poner 413 euros en mi caja para San Francisco y otros 413 euros en mi caja para el ordenador portátil. Me habría gustado avisar a mi madre para que viera mi progreso, pero decidí que sería mejor darle una sorpresa.

También repartía de la misma manera el dinero que me daban los Hanenkamp, es decir, 2

euros al día más 10 euros por cada truco que enseñara a Napoleón. De vez en cuando me permitía el lujo de contratar a Monika y le daba la mitad de lo que ganaba.

Al principio aquello me pareció un poco injusto. Al fin y al cabo, yo no estaba haciendo nada. Era Monika quien se encargaba de todo el trabajo, pero aun así yo ganaba lo mismo que ella. Sin embargo, Marcel me dijo unas sabias palabras sobre esa cuestión: «La mitad de lo que se gana equivale al trabajo realizado. La otra mitad equivale a la idea y a tener el valor de convertirla en una realidad». Se lo expliqué a Monika. Le aconsejé que se buscara un perro al que pudiera pasear todos los días, de la misma manera que yo tenía a Napoleón, pero me contestó que ella nunca tendría el valor para abordar a nadie y proponérselo. Además, sus padres le daban una paga de 75 euros, así que estaba satisfecha con lo que ganaba.

Decidí que, si en un futuro tenía hijos, no les daría mucha paga. En vez de eso, les enseñaría a escribir un diario del éxito y a ganar dinero por sí mismos. Cuanto antes aprendieran, mejor.

Sin embargo, había algo que me desconcertaba. Cada vez hablaba menos con Dinero. Había mucho por hacer y a menudo charlaba con mi primo, con el señor y la señora Hanenkamp y también con el señor Goldstern durante las visitas cada vez más largas. Era por eso por lo que Dinero y yo ya casi no íbamos a nuestro escondite. Seguíamos yendo juntos de paseo, y jugábamos mucho, pero apenas hablábamos. Muchas de las preguntas que habría querido hacer al labrador ya me las habían respondido el señor Goldstern y los demás.

A Dinero parecía no importarle en absoluto. Todo lo contrario. A él le parecía bien y claramente se lo estaba pasando en grande. También le gustaba estar con Napoleón y con Bianca. Se divertía mucho con ellos. Además, cuando jugaban los tres juntos, Dinero parecía casi igual que los demás. Me consolé pensando que seguramente estaba destinado a ser así.

Un día estaba sentada en la mesa del comedor con mis padres. Ambos estaban callados y miraban malhumorados sus respectivos platos. Siempre que se peleaban hacían lo mismo. Había decidido que iba a hablar con ellos sobre sus deudas. Un rato antes había estado mirando la lista de los cuatro consejos para las deudas que Dinero me había dado, pero me pareció que tal vez no fuera el momento más adecuado para hacerlo. Finalmente, mi padre rompió el silencio.

—Kira, he echado un vistazo al extracto de tu cuenta del banco y he visto que tienes dinero. —Me miró inquisitivamente—. Mucho dinero —puntualizó.

—Me lo dio el señor Goldstern por haber cuidado tan bien de Dinero durante todo este tiempo —expliqué a mi padre.

—¿Ves cómo había una explicación razonable? —Mi madre parecía aliviada.

—También he visto que has retirado 1.032,50 euros —continuó mi padre—. ¿Podrías explicarme qué has hecho con todo este dinero?

Me sentí incomoda. No es que tuviera mala consciencia de nada de lo que había hecho, pero sentí que me invadía la desconfianza sin motivo alguno.

Me obligué a mantener la calma. Les expliqué todo lo que estaba haciendo para ganar dinero y también les conté como dividía todas mis ganancias. El 50 % iba para mi oca, el 40 % iba destinado a mis sueños a corto y medio plazo y el 10 % restante era para gastar. Por supuesto, tuve que volver a contar la historia de la oca y los huevos de oro. De lo contrario, mis padres no habrían entendido nada de nada.

Mi padre me miró sorprendido, aunque parecía más tranquilo después de aquella explicación. Mi madre incluso dibujó una sonrisa de orgullo en su rostro.

—Mira, la niña ha salido tan inteligente como yo.

—Ojalá yo también pudiera dividir mis ingresos de la misma manera —suspiró mi padre.

—¿Y por qué no lo haces? —pregunté.

—Porque nuestros gastos fijos absorben casi todo el dinero que ganamos —explicó—. ¿Cómo crees que pagamos las cuotas de la casa, la comida, la electricidad y todo lo demás?

—Pero podrías dividir, por lo menos, el dinero que te sobra después de pagar todas esas cosas tal y como hago yo. Aunque sea solo el 10 % de tus ganancias. Podrías dividir al menos este 10 %. —Estaba convencida de que lo que le estaba proponiendo era factible.

—No me sobra nada. No puedo ahorrar ni un céntimo —refunfuñó mi padre—. Más del 50 % de los ingresos se van solamente a las cuotas de los préstamos.

—Las cuotas deberían ser lo más bajas posible —me atreví a intentar de nuevo.

—¿Y qué sabrás tú de cuotas de préstamos? —refunfuñó mi padre.

—Bueno, por lo menos la niña sabe cómo ganar dinero —se apresuró a defenderme mi madre.

—Está teniendo suerte —se burló mi padre.

—Mi profesor de Historia siempre dice —me apresuré a intervenir— que la suerte, bien mirado, no es más que el resultado de la preparación y el trabajo.

Mi padre me miró pensativo. Parecía que aquellas palabras le habían calado hondo. En realidad, mi padre era un buen hombre, pero tenía la mala costumbre de culpar siempre a cualquier cosa y a cualquier persona de su situación. Por eso siempre se sentía como una víctima y pensaba que los demás solo habían tenido suerte. Sin embargo, parecía que estaba empezando a abrir su mente.

—Uno de los empresarios a quien proporciono suministros me dijo hace tiempo algo sobre la suerte. ¿Cómo era...? Ah, sí, me dijo: «Los tontos solo tienen suerte una vez. Los listos tienen suerte muy a menudo». En aquel momento no entendí qué tenía que ver tener suerte con ser inteligente, pero ahora veo que tiene cierto sentido. Si la suerte es el resultado de la preparación y el trabajo, cuanto más me prepare y trabaje, más suerte tendré.

Mi madre no acababa de entenderlo.

—Pero ¿cómo puedes prepararte para ganar dinero? —me preguntó.

Les hablé de mi diario del éxito en el que escribía todas las mañanas. También añadí por

precaución que la chófer y todos los demás empleados del señor Goldstern hacían lo mismo.

—¿Y eso de qué sirve? —Mi padre dudaba de que todo aquello tuviera algún sentido.

—La cantidad de dinero que ganamos está relacionada con nuestra autoestima y, a su vez, nuestra autoestima está relacionada con si nos centramos en aquello que podemos hacer o en aquello que no podemos hacer. Si no fuera por mi diario del éxito, nunca me habría dado cuenta de todas las maneras que podía ganar dinero.

Mi padre asintió en silencio para sí mismo. No me sorprendería que hubiera empezado su propio diario del éxito en secreto, aunque estaba segura de que no lo admitiría tan fácilmente. Sin embargo, tuve la sensación de que en aquel momento estaba más abierto a mis ideas.

—Papá, ¿por qué no hablas un día con el señor Goldstern sobre tus finanzas? —sugerí.

—No creo que tenga ningún interés en escucharme —dudó.

—Ya he hablado con él —me apresuré a decir—. Y me dijo que lo haría encantado. —Para facilitarle las cosas a mi padre, añadí—: Así le darías al señor Goldstern la oportunidad de hacer algo por ti después de haber dado cobijo a su perro durante tanto tiempo.

—¡De dinero no se habla! —exclamó mi madre citando uno de esos tópicos que le habían enseñado de pequeña.

—¿Te has parado a pensar alguna vez con qué frecuencia habláis de vuestros problemas económicos en la mesa? —contesté envalentonada—. Siempre estáis pensando en cómo llegar a fin de mes a corto plazo. Seguramente, sería más inteligente que hablarais para encontrar una buena solución a largo plazo.

Mi madre y mi padre cruzaron sus miradas. Hace unos días se habría armado un buen revuelo si hubiera dicho algo así, pero mis padres estaban empezando a aceptarme. Me estaban escuchando de verdad y estaban reflexionando sobre mis palabras. Entonces me di cuenta de lo importante que es ganar dinero y saber administrarlo para que te tomen en serio.

Mi madre fue la primera en acceder a hablar con el señor Goldstern. Creo que en gran parte fue por el hecho de que todavía no lo había conocido y tenía curiosidad por hacerlo. Así que llamé al hombre rico y concerté una reunión entre él y mis padres.

Me alegré mucho. Estaba completamente segura de que el señor Goldstern podía ayudar a mis padres —mejor dicho, me corregí en mi mente—, que podía mostrarles cómo ayudarse a sí mismos.

EL REGRESO DE LA SEÑORA TRUMPF

Finalmente, llegó el día en que la señora Trumpf regresó. Lo dispuse todo para poder estar en su casa cuando volviera. Quería contarle todo lo que había ocurrido. Cuando llegué a su casa, me encontré con dos agentes de policía. Se habían enterado de su regreso y también estaban esperando a que la anciana volviera para arreglar unos trámites.

Se lo tomó sorprendentemente bien. Lo primero que dijo después de enterarse de que unos ladrones habían entrado en su casa fue esto:

—Menudos idiotas. Les iría mejor si invirtieran en bolsa. Ganarían mucho más dinero que robándome.

Menuda mujer.

Los policías le contaron con entusiasmo lo valientes que habíamos sido Marcel, Monika y yo. También le enseñaron el artículo que había salido publicado en el periódico sobre lo ocurrido. Luego le proporcionaron una lista de los tesoros incautados del cofre del sótano. Lo habían guardado todo cuidadosamente en una caja fuerte de la comisaría de policía.

La señora Trumpf se emocionó y me dio las gracias cariñosamente. Cuando los agentes de policía se fueron, por fin pude hablar con ella sin que nos molestaran.

—¿Por qué se arriesga a guardar tanto dinero y oro en su casa? —quise saber.

—Por varias razones —me explicó la anciana—. En primer lugar, porque a veces me gusta jugar con él. Me gustan los lingotes de oro y el dinero en metálico.

Lancé una mirada interrogante a la anciana. No estaba segura de si estaba bien que me gustara el dinero. En cambio, ella acababa de admitirlo tan abiertamente... Pero entonces recordé lo bien que nos lo habíamos pasado Marcel y yo admirando el contenido del cofre, contando y tocando cada uno de los lingotes de oro. ¿Cómo no iba a tener la anciana esa misma sensación de felicidad al abrir el cofre? Sobre todo, porque lo que había en su interior le pertenecía.

—En segundo lugar, porque es como una especie de reserva de ahorros —prosiguió la señora Trumpf—. Pase lo que pase, siempre tengo guardado en mi cofre suficiente dinero como para poder vivir unos cuantos años.

—¡Pues menuda reserva de ahorros! ¡Je, je! —me reí.

—Eso depende del dinero que tenga cada uno —explicó la señora Trumpf—. No tendría ningún sentido guardar en casa más del 5 o el 10 % del dinero que tienes.

Solté un débil silbido. Seguro que la anciana debía de tener bastante dinero.

—En tercer lugar, invierto gran parte de mi dinero en acciones y fondos de inversión. Eso

entraña cierto riesgo. Por eso conviene tener, por lo menos, algo de líquido. Pero eso ya te lo contaré mejor en otro momento.

La señora Trumpf no parecía tener ninguna prisa por ordenar la casa. Le encantaba charlar.

—Eso está muy bien, pero casi se lo roban —le recordé.

—Habría sido una verdadera lástima. Sin embargo, los ladrones no hubieran disfrutado de mis riquezas durante mucho tiempo —dijo la anciana con firmeza.

—Se habrían hecho con un verdadero tesoro, ¿cómo no iban a disfrutarlo? —pregunté sorprendida en voz alta.

—Es un poco difícil de explicar. Pero voy a intentarlo: el dinero solo se queda con aquellos que están preparados para tenerlo. Aquellos que consiguen dinero de manera ilegítima acaban sintiéndose incluso peor que si no tuvieran nada de dinero.

—No lo entiendo —respondí confusa—. Entonces, ¿por qué se esfuerzan tanto los ladrones?

La señora Trumpf hizo una pausa antes de contestar.

—Porque creen que, si tuvieran más dinero, su situación cambiaría. Creen que el dinero les traerá felicidad.

—Mis padres también lo creen —concluí después de reflexionar un momento—. Están convencidos de que si no tuvieran problemas económicos tendrían una vida maravillosa.

—Entonces tus padres cometen los mismos errores de pensamiento que la mayoría de la gente. Si quieres una vida feliz y plena, tienes que cambiarte a ti mismo. El dinero no puede hacerlo por ti. El dinero en sí mismo no aporta ni felicidad ni infelicidad. El dinero es neutro, ni bueno ni malo. Solo adquiere un significado bueno o malo en cuanto pertenece a alguien y ahí es cuando se utiliza para fines buenos o no tan buenos. Una persona feliz lo será todavía más con dinero. Una persona negativa con muchos problemas tendrá incluso más problemas cuanto más dinero tenga.

—Mi madre siempre dice que el dinero corrompe el carácter —objeté.

—En realidad, el dinero expone el carácter —me corrigió la señora Trumpf—. El dinero es como una lupa. Amplía tu manera de ser. Si eres una buena persona, puedes hacer muchas cosas buenas con el dinero; pero, si eres un ladrón, probablemente acabarás gastándotelo en tonterías.

Tuve que reflexionar un momento sobre las palabras de la anciana. A mí el dinero me había ayudado. Me había hecho ganarme el respeto de mis padres, de mi primo Marcel, de la mujer del banco —la señora Heinen—, del adinerado señor Goldstern y de los Hanenkamp. Incluso yo misma tenía más respeto por mí misma. Ahora hablaba con gente más interesante. Mi vida se había vuelto más emocionante y muchas cosas más. En general, era más feliz y tenía más confianza en mí misma.

Como si me estuviera leyendo el pensamiento, la anciana me dijo:

—El dinero puede ser de gran ayuda en nuestras vidas. En cierto modo, las eleva a un nivel superior. Todos los demás ámbitos de la vida se sustentan sobre el dinero. Con dinero podemos

alcanzar nuestros objetivos y sueños con más facilidad, pero, por supuesto, esto se aplica tanto a los objetivos buenos como a los malos.

Llegué a la conclusión de que en mi caso ahora estaba mejor porque tenía buenos objetivos. En aquel momento por fin entendí por qué Dinero había insistido al principio en que me fijara unos objetivos. Estaba convencida de que el dinero no me corrompería el carácter.

Miré agradecida a Dinero, que se había tumbado cómodamente a dormir junto a mis pies.

La anciana retomó el hilo de la conversación.

—Solo tengo una parte de mi dinero en efectivo en el cofre. El resto lo tengo guardado en una caja fuerte en el banco. Así que, si los ladrones se hubieran salido con la suya, tampoco me habrían puesto en ningún aprieto.

De repente, la señora Trumpf tuvo una idea.

—Me gustaría agradeceros todo lo que habéis hecho por mí. Pero me gustaría hacerlo de alguna manera que os resulte provechosa para el resto de vuestras vidas. Me gustaría proponerte que tus amigos y tú fundarais un club de inversión conmigo.

—¿Un qué? —pregunté.

—Me refiero a que invirtamos en bolsa todos juntos. Podríamos poner cada uno, por ejemplo, 25 euros al mes en un bote común e invertir el dinero juntos.

Me invadió la emoción.

—Ah, así que nos enseñará a conseguir que nuestras ocas nos den huevos de oro —exclamé entusiasmada.

Entonces le tocó el turno a la señora Trumpf de sentirse confusa. No me quedó más remedio que contarle la historia de la oca de los huevos de oro. La señora Trumpf quedó impresionada.

—Esta historia describe a la perfección lo que hago —comentó alegremente la anciana—, pero tuve que aprenderlo por las malas. No sabes lo afortunada que eres por estar aprendiendo a gestionar adecuadamente el dinero a una edad tan temprana.

Sus palabras me enorgullecieron, por supuesto. Miré contenta a Dinero, que meneaba la cola medio dormido. Decidí que al día siguiente escribiría esos halagos en mi diario del éxito. En general, cada vez me resultaba más sencillo identificar mis éxitos a lo largo del día. Mientras que antes lo primero que pensaba siempre era que no iba a funcionar, ahora me centraba mucho más en aquello que podía hacer. Por lo tanto, ahora, en vez de excusas, buscaba caminos para seguir adelante.

Me habría gustado saber un poco más sobre cómo funcionaría el grupo de inversión, pero la señora Trumpf dijo que prefería explicárnoslos a los tres a la vez. Le prometí que hablaría con Monika y Marcel para fijar una fecha y fundar el club de inversión con ella.

Antes de que me fuera, me dio 70 euros. Cinco euros por cada día que había estado cuidando de Bianca. Me apresuré a ir al banco con Dinero para ingresar la mitad del dinero en mi cuenta

de la oca.

En cuanto entré en el banco, la señora Heinen se me acercó a toda prisa. Había leído sobre nuestra aventura en el periódico, quería felicitar-me y decir-me lo orgullosa que estaba de mí. Estaba a punto de empezar su descanso, así que me invitó a tomar una limonada. Acepté encantada.

—El saldo de tu cuenta bancaria ha evolucionado de manera excelente —me elogió la señora Heinen—. Estoy impresionada por la capacidad de ahorro que tienes. No ganas tanto dinero como los adultos, pero consigues ahorrar mucho más que la mayoría.

Me sonrojé un poco, orgullosa. La amable banquera reflexionó unos instantes.

—Pero ¿qué haces con todo el dinero que no necesitas para la oca?

—Lo divido en cinco partes. Una es para gastar y las cuatro restantes las divido entre mis dos cajas de los sueños. De lo contrario, no podría ir a San Francisco ni comprarme un ordenador portátil.

La señora Heinen me miró con entusiasmo.

—Tu sistema es más inteligente de lo que sospechaba en un principio. Espera un momento, tengo que hacer una llamada.

Al cabo de unos pocos minutos regresó radiante. Con un halo de misterio, me dijo:

—Kira, creo que todos los niños y las niñas deberían conocer tu sistema. Eso les haría la vida mucho más fácil y hermosa. Así que he estado pensando en cómo podríamos llegar al mayor número de niños y niñas posible. Pues bien, resulta que formo parte de la asociación de familias del colegio de mis hijos. Dentro de unos días se organizará un gran evento para todos los alumnos y sus padres. Se me ha ocurrido que podría ser un buen momento para que hablaras de tu sistema. Acabo de llamar al director para proponérselo ¡y le ha encantado la idea!

Miré a la señora Heinen sin comprender lo que estaba diciendo.

—Me gustaría que dieras una charla delante de todo el mundo —dijo.

Una oleada de calor me recorrió todo el cuerpo. Las orejas me empezaron a brillar y se me hizo un nudo en el estómago. Me imaginé a mí misma delante de una sala llena de gente dando una charla.

—¡No pienso hacerlo! —exclamé con firmeza—. Me da muchísimo miedo.

La señora Heinen se rio.

—Además, no tengo ni idea de qué podría contar.

Pero la mujer del banco no parecía dispuesta a abandonar su propuesta tan rápido. Pensativa, miró por la ventana.

—Verás —empezó después de un buen rato—, debido a mi trabajo, veo a diario cómo casi todas las personas gestionan el dinero. Muchas me abren su corazón. No te haces una idea de la cantidad de pena y sufrimiento que puede llegar a producir el hecho de no saber gestionar bien el dinero. Es cierto que el dinero no es lo más importante en la vida, pero en el momento en que falta por todas partes es cuando se vuelve importante. Tan importante que todos los demás

ámbitos de la vida se resienten. La gente se pone enferma literalmente, discute con sus allegados y se siente desgraciada e inútil. Nadie les enseña lo fácil que es convertir el dinero en una fuerza positiva en sus vidas. Debería impartirse una asignatura en la escuela sobre cómo gestionar el dinero —suspiró la señora Heinen—, pero no es el caso. Por eso es tan importante que no te guardes tu sistema solo para ti.

Sus palabras me parecieron esclarecedoras. Yo misma me había dado cuenta de lo interesante que se había vuelto mi vida desde que había aprendido a gestionar el dinero, aunque me veía incapaz de dar ninguna charla.

—No me saldrían las palabras —dije desesperada.

—A ver qué te parece esta idea: podríamos hacerlo las dos juntas. Yo podría hacerte preguntas y tú solo tendrías que responderlas. Solo tendrías que contar lo que has vivido. Si te atascaras, podría intervenir y ayudarte.

Pero su propuesta no me acabó de convencer.

—¿Y por qué no se encarga usted de la charla? Conoce bien el tema, trabaja en un banco.

—Porque causará mucho más impacto viniendo de ti —respondió la señora Heinen—. Si hablara yo, la gente se lo tomaría como el discurso aburrido de la señora del banco. En cambio, si hablaras tú, los niños se sentirían identificados. Todos los niños y las niñas pensarían que, si tú lo estás haciendo, ellos también pueden lograrlo.

—Aun así, seguro que no me saldrían las palabras —objeté—. Me da demasiado miedo.

—En cualquier caso, me gustaría que te lo pensaras un poco. Nadie te obligará a hacer nada que no quieras hacer. Solo puedes obligarte tú misma.

Me despedí y me marché del banco reflexionando sobre este asunto. Me puse a dar vueltas a la última frase que había dicho la señora Heinen: «Eres la única que puede obligarte». Pero ¿por qué iba a querer obligarme?

Todavía estaba sumida en mis pensamientos cuando llegué a casa de los Hanenkamp. Tenía intención de llevarme a Napoleón a dar un paseo, pero se le había infectado la pata y tenía que guardar reposo. El señor Hanenkamp me ofreció un trozo de tarta. La había preparado su mujer y olía la mar de bien. Me comí tres trozos, pero no dije casi nada.

—Hoy estás muy callada —observó el anciano—. ¿Te ocurre algo?

Le conté lo que me había sugerido la señora Heinen y el miedo que me daba.

—Si yo fuera tú, lo haría, ¡sin duda! —exclamó el hombre con firmeza.

—Pero usted me dijo que siempre ha hecho lo que le gusta.

—Y así es —respondió—. Tenía una pasión, la fotografía. Así que abandoné mis estudios y me pasé trece años dando la vuelta al mundo. Fue una época maravillosa, pero no gané mucho dinero. Luego quise probar suerte siendo empresario y abrí un negocio de fotografía. Al cabo de unos años, lo vendí a buen precio y compré un pequeño hotel en el Caribe. Cuando regresé a Europa, me dediqué al sector inmobiliario. Volví a ganar una buena suma de dinero. Pero invertir nunca ha sido mi fuerte. Por suerte, a mi mujer se le da bien y le gusta.

Me sorprendió todo lo que había vivido el anciano. Seguro que había tenido una vida muy emocionante.

—Pero eso que acaba de contarme solo confirma que siempre ha hecho lo que le ha gustado —insistí.

—Lo que me ha gustado, sí —estuvo de acuerdo el señor Hanenkamp—, pero también lo que me ha dado miedo. ¿O acaso crees que me resultó fácil dejar mis estudios e ir a dar la vuelta al mundo? Tuve tanto miedo que me dolía el estómago. También me dio miedo probar suerte en el mundo de los negocios, repleto de tipos estirados. —Me miró con intensidad—. Las mejores cosas de mi vida me han ocurrido porque me decidí a hacer algo que me daba miedo.

Lo miré con incredulidad. Me había imaginado que hacer lo que te gusta era mucho más bonito y, sobre todo, fácil.

—Mira, por ejemplo, a mi mujer —continuó el anciano—. Ya de joven era muy hermosa. Sin embargo, yo nunca he sido muy apuesto. La vi por primera vez en un tren. Me enamoré de ella inmediatamente y supe que, si no me acercaba a ella en aquel momento, probablemente, no volvería a verla nunca más. El vagón estaba lleno, pero me senté frente a ella. Creo que nunca he tenido tanto miedo en mi vida como cuando me acerqué a ella delante de toda esa gente. Tenía que bajarme en la siguiente estación, por lo que no tenía mucho tiempo. Estaba muerto de miedo. ¿Y si me rechazaba? ¡Delante de todos los demás pasajeros! ¡Qué vergüenza! Pero me atreví a hacerlo y mira la recompensa que obtuve por ello. Es lo máspreciado de mi vida. —Acarició la mano de su esposa con cariño.

—Los regalos más valiosos son los que nos hacemos a nosotros mismos —añadió la señora Hanenkamp—. Si consigues superar el miedo a la vergüenza, se abrirá un mundo entero ante ti.

Puede que todo aquello fuera verdad, pero no me estaba ayudando a deshacer el nudo que se me había hecho en el estómago. ¡Solo con pensar en el público, me entraban todos los males!

El señor Hanenkamp tuvo una idea.

—Kira, imagínate que no tuvieras miedo y que, por lo tanto, no te pusieras nerviosa. ¿Crees que entonces te gustaría contar tu historia?

Pensé en todas las veces que había contado la historia de la oca de los huevos de oro y lo mucho que lo había disfrutado siempre.

—Cuando solo me escuchan un par de personas, sí que me gusta contarla —respondí.

—Así que solo tendrías que hacer algo que ya sabes hacer. Porque, si puedes hablar delante de dos personas, entonces puedes hablar delante de doscientas. En realidad, el miedo te está impidiendo hacer algo que te gusta —concluyó triunfante el anciano—. Solo conseguirás crecer si superas tus miedos.

No pude evitar acordarme del terror que había pasado en el sótano de la señora Trumpf y de lo orgullosa que estuve luego de mí misma, aunque eso no hizo que mi miedo desapareciera.

—A veces la vida es muy complicada —me quejé.

—¡Y maravillosa! —La señora Hanenkamp acarició ensimismada la mano de su marido.

Volví a tener la firme impresión de que ambos eran muy felices. Resultaba fácil aprender de ellos.

LA GRAN CRISIS

Cuando llegué a casa, enseguida me di cuenta de que algo no iba bien. Mi padre caminaba enfadado de un lado para otro. Mi madre estaba sentada en la cocina con la cabeza inclinada encima de la mesa llorando amargamente. Dinero había tomado la precaución de esconderse entre los arbustos del jardín. Cuando me vio, se acercó corriendo hacia mí.

Pregunté con prudencia qué ocurría. Mi madre, en lugar de responder, empezó a sollozar más fuerte. Mi padre se recompuso y me puso al corriente de la catástrofe.

—Nos hemos retrasado con el pago de las cuotas del préstamo de la casa. Acabamos de recibir una carta muy desagradable del banco. Si no pagamos en un plazo determinado, nos amenazan con cancelarnos el préstamo.

—¿Y eso qué significa? —pregunté—. ¿Qué ocurriría si lo hicieran?

—Que nos quitarían la casa, porque es imposible que consigamos reunir todo el dinero. —A mi padre se le humedecieron los ojos. Tuve la impresión de que también se echaría a llorar en cualquier momento.

—Entonces tendremos que volver a vivir en un piso pequeño. ¡Qué vergüenza! —sollozó mi madre.

—No nos libraremos nunca de las deudas. —Mi padre veía el futuro muy oscuro.

—Ya no podemos permitirnos nada de nada —añadió mi madre chillando.

—Eso no va a ocurrir —intenté tranquilizarla sin mucho entusiasmo.

Tuve la sensación de que no podía hacer mucho más allí. Así que me apresuré a adentrarme en el bosque con Dinero. Ahora sí que necesitaba su consejo.

Llegamos a nuestro escondite. Parecía como si hubiera pasado mucho tiempo desde que Dinero me hubiera dado las primeras lecciones sobre cómo gestionar el dinero. Habían cambiado muchas cosas.

«Es cierto, has recorrido un largo camino», oí que decía Dinero dentro de mi cabeza.

«Qué alegría volver a hablar contigo», pensé, y lo abracé cariñosamente.

«Solo puedo hablar contigo si me necesitas», me dijo el labrador.

«Bien, porque ahora mismo te necesito desesperadamente», respondí firmemente.

«En realidad, ya no me necesitas para nada. La mayoría de las lecciones sobre el dinero las has ido aprendiendo al hablar con personas ricas, son los mejores profesores de la materia. Solo te falta aprender una lección muy importante: cómo invertir el dinero. Hay un montón de

personas dispuestas a enseñártelo. Yo solo te puse sobre la pista, por así decirlo. El resto lo has hecho tú sola.»

«Sí, sí, pero ahora no importa nada de todo esto», objeté. «Necesito tu ayuda ahora mismo o perderemos nuestra casa.»

«¡Tonterías!» Dinero arrugó la nariz y el labio superior como si estuviera comiendo algo asqueroso. «Ya has tomado los pasos cruciales. ¿O acaso no concertaste una reunión entre tus padres y el señor Goldstern para mañana? No te preocupes, él lo arreglará todo.»

Lo había olvidado por completo. Tenía plena confianza en el hombre rico. Seguro que conseguiría ayudar fácilmente a mis padres.

«Creo que acabas de encontrar otra buena razón para hacerte rica», sugirió Dinero.

Miré al perro sin comprender a qué se refería.

«Convertirte en alguien capaz de ayudar a los demás, alguien en quien la gente confíe y a quien pueda pedir ayuda.»

«¿Quieres decir que podría convertirme en alguien como el señor Goldstern?», pregunté atónita.

«Sí y no», respondió Dinero. «En parte sí, porque puedes conseguir todo lo que te propongas; pero en parte no, porque nunca lograrás ser exactamente como el señor Goldstern, sino que irás desarrollando tu propia personalidad, aunque puede que llegues a tener el mismo éxito que él si continúas como hasta ahora.»

Me quedé atónita. Eso no se me había ocurrido ni en sueños. Sin embargo, Dinero sabía de lo que hablaba. Resolví que mañana escribiría aquel elogio en mi diario del éxito. Era el mayor cumplido que había recibido en toda mi vida: llegar a tener el mismo éxito que el señor Goldstern. ¡Menuda idea!

«Todo depende de lo que decidas ser.»

«Tampoco es tan difícil decidir», respondí sin pensar.

«Eso es lo que dice la mayoría de la gente, pero no todos están dispuestos a hacer lo necesario para comprometerse con su decisión. No quieren pagar el precio.»

«¿Qué tengo que hacer para conseguirlo?», pregunté con curiosidad.

«Lo mismo que ya estás haciendo. Es muy importante que no dejes de escribir en tu diario del éxito cuando ya hayas cosechado unos cuantos éxitos.»

Estaba más que dispuesta a hacerlo.

«No es tan sencillo como estás pensando», escuché que decía Dinero con voz severa. «El éxito puede volverte arrogante. Si te vuelves arrogante y engreída, dejarás de aprender y, si dejas de aprender, dejarás de crecer como persona.»

Dejó que sus palabras calaran hondo en mí y luego continuó.

«Mientras sigas escribiendo en tu diario del éxito, seguirás reflexionando con profundidad sobre ti misma, el mundo y las leyes del éxito. Eso te ayudará a comprenderte mejor y lo que quieres, solo entonces estarás en posición de entender a los demás. Comprenderse a uno mismo y

los secretos del mundo es un ideal que nunca podremos llegar a alcanzar por completo. Lo único que podemos hacer es acercarnos a ese ideal.»

«Me lo paso en grande escribiendo en mi diario», pensé.

«¡Bien!» La voz de Dinero sonaba muy seria. «Además, no debes huir de las dificultades. El miedo a las dificultades, a los errores y a la vergüenza ha destruido la vida de innumerables personas.»

«Hay una cosa que me da mucho miedo», pensé mientras me sonrojaba. «Y eso que la señora Heinen y el matrimonio Hanenkamp me han persuadido muy enérgicamente para que la haga.» Le conté la propuesta que me había hecho la banquera. «Sé que debería dar una charla en ese evento, pero me da demasiado miedo. Soy incapaz de hacerlo.»

El labrador blanco me dijo algo que no me esperaba: «Venga, vamos a por tu diario del éxito».

En cuanto terminó de decirlo, desapareció. Desconcertada, me apresuré a alcanzarlo. Aunque corrí todo lo rápido que pude, no tenía nada que hacer contra un perro. Así que, por supuesto, Dinero llegó a casa antes que yo. Cogí el diario rápidamente y regresamos corriendo al bosque. Llegué de nuevo a nuestro escondite, sin aliento.

«Siempre que creas que no puedes hacer algo, prueba a hacer lo siguiente», me dijo el labrador blanco cuando me hube recuperado un poco. «Solo tienes que hojear tu diario del éxito y buscar pruebas en el pasado que demuestren que puedes hacer cualquier cosa en el futuro.»

Miré las notas de mi cuaderno. Todas las cosas que, de buenas a primeras, me daban miedo, al final, habían resultado ser bastante sencillas: proponerle al señor Hanenkamp sacar a pasear a Napoleón, conocer al señor Goldstern, el miedo a bajar al sótano y a que mi madre se riera de mí como cuando había descubierto mis cajas de los sueños, el miedo a perder a Dinero...

«¿No te parece que eres capaz de mucho más de lo que a veces crees en un primer momento?», inquirió el perro.

Era extraño. Por primera vez me empezó a dar menos miedo dar una charla en ese evento. Cuantos más logros recordaba, más seguridad adquiría. De repente, me di cuenta de que ya no sentía un terror paralizante cuando pensaba en la charla, sino nervios y emoción. De pronto, tuve la sensación de que podía hacerlo.

Dinero me había estado observando atentamente.

«Parece magia», me maravillé. «Hace un minuto estaba convencida de que nunca sería capaz de dar una charla. Sin embargo, ahora me apetece darla, a pesar de que me pondré muy nerviosa.»

Se me deshizo el nudo que sentía en el estómago. Estoy segura de que los Hanenkampf y la señora Heinen también estarían orgullosos de mi decisión.

Dinero me lamió la cara alegremente. Todavía no le había quitado aquella costumbre y no estaba segura de poder conseguirlo nunca.

Todavía no me lo podía creer, era algo extraordinario.

«¿Cómo es posible?», me asombré.

Dinero esbozó una sonrisa.

«El miedo siempre surge cuando nos imaginamos algo que no tiene por qué ocurrir. Cuanto más pensamos que podría salir mal, más miedo tenemos; pero cuando lees tu diario del éxito, solo te centras en tus logros. Al hacerlo, automáticamente, te imaginas que saldrá bien.»

No estaba muy segura de haberlo entendido del todo. Dinero resumió su explicación:

«Cuando piensas en objetivos positivos, no puede surgir ningún miedo.»

«La verdad es que no acabo de entenderlo», pensé mientras me encogía de hombros. «Pero estoy segura de que es como la electricidad: me basta con saber que funciona.»

Dinero parpadeó en señal de asentimiento.

Volvimos a salir de nuestro escondite, pero esta vez caminando despacio.

Tenía muchas cosas que hacer antes de ir a dormir. Primero tranquilicé a mis padres. Cuando les recordé que al día siguiente tenían la reunión con el señor Goldstern, mi madre dejó de llorar. Luego llamé a Marcel y a Monika y les conté la propuesta de la señora Trumpf de fundar un club de inversión con nosotros.

A la mañana siguiente, la chófer amable vino a recoger a mis padres. El señor Goldstern me había dicho que, probablemente, sería mejor que hablara con mis padres a solas. No sé exactamente de lo que hablaron ni lo que acordaron. Mis padres estuvieron un buen rato con él. Pero cuando volvieron parecían muy muy felices.

Lo único que me contaron fue que el señor Goldstern había conseguido que les suspendieran los pagos durante unos meses y que les redujeran un 30 % el importe de sus cuotas. Eso quería decir que, a partir de ahora, tendrían más dinero disponible cada mes. Así podrían empezar a ahorrar la mitad del dinero sobrante para emergencias y utilizar la otra mitad para crear su propia oca.

Abracé contenta a mis padres. Luego rodeé a Dinero con los brazos. Mis padres no podían saber que le estaba dando las gracias al labrador blanco. Lo estuve acariciando un buen rato. Lo disfruté en silencio y luego me lamió la cara de nuevo...

Me fui a mi cuarto de muy buen humor. Saqué el trozo de papel donde había anotado mis objetivos del interior de mi diario del éxito. Allí estaba: uno de mis tres objetivos principales era ayudar a mis padres con sus deudas. Lo había conseguido, con la ayuda del señor Goldstern, por supuesto, pero había sido yo quien había concertado la reunión. Cogí un boli rojo con solemnidad y taché el objetivo cumplido. A continuación, escribí un título bien grande en la última página de mi diario del éxito: «MIS MAYORES ÉXITOS». Y debajo escribí:

Ayudar a mis padres a dejar de sufrir por sus deudas y también a empezar a ahorrar.

Luego miré orgullosa mis cajas de los sueños. Pronto llegaría el momento de abrirlas.

¡Menuda locura!

EL CLUB DE INVERSIÓN

Aquella tarde por fin llegó el momento: Marcel, Monika, yo y Dinero también, por supuesto, nos reunimos en casa de la señora Trumpf. La anciana había preparado una mesa redonda con un mantel verde oscuro encima del cual había puesto un viejo candelabro de seis brazos. El resplandor de las velas otorgaba un aire solemne al conjunto. Nos había asignado un sitio para cada uno y tenía preparado tres pequeños cuadernos y tres sobres.

Lo primero que nos dijo es que, por el momento, no abriésemos nada. Estábamos muy emocionados por lo que nos esperaba.

—Vamos a dar comienzo a nuestra primera sesión de inversión —anunció la señora Trumpf con solemnidad—. Lo primero que necesitamos es un nombre para el grupo.

Nos pareció un buen primer paso. Enseguida se nos ocurrieron varias ideas. Desde «Los Amasafortunas» y «Las Ocas de Oro» a «Los Aprendices de Magia» y «Los Diablillos del Ducado». Luego también se nos ocurrió «El Dreamteam de las Inversiones», «Los Cuatro de Oro», «Los Cohetes de Oro» y «Kimano Trumpf». Para crear la palabra «Kimano», simplemente, tomamos las primeras dos letras de nuestros nombres y las convertimos en una palabra; pero acabamos llegando a la conclusión de que la mejor propuesta era la de Monika: «Los Magos del Dinero». Todos nos habíamos dado cuenta de que era como si el dinero se creara de la nada, como si tuviéramos nuestra propia fórmula mágica:

- Si decides que te gusta el dinero, lo tendrás.
- Se trata de confiar en uno mismo, de tener ideas y de hacer algo que te guste.
- Divide el dinero entre gastos diarios, objetivos soñados y la cuenta de la oca de los huevos de oro.
- Invierte sabiamente.
- Disfruta de todo.

Cogimos los bolígrafos que estaban encima de la mesa y cada uno escribió «Los Magos del Dinero» y su nombre en su cuaderno correspondiente. Marcel se echó a reír. La tinta de los bolígrafos era de color dorado y, en cuanto nos dimos cuenta, todos nos unimos a su risa. La señora Trumpf había pensado en todo.

Entonces nos dejó abrir el cuaderno. En la primera página escribimos nuestra fórmula mágica. Entonces, la anciana habló con voz seria:

—Necesitamos establecer algunas normas para asegurarnos de que nuestro grupo de inversión

tenga éxito. Las he escrito en la segunda página.

Enseguida pasamos página en el cuaderno y leímos:

1. Reunirse una vez al mes.
2. La asistencia es obligatoria.
3. Cada uno tiene que traer una determinada cantidad de dinero en efectivo.
4. No sacaremos el dinero, ya que lo que queremos hacer es crecer nuestra oca.
5. Todas las decisiones se tomarán en común.

Así que fijamos un día al mes para reunirnos todos juntos. Luego decidimos que cada uno pondría 50 euros al mes. Era una cantidad que todos podíamos asumir fácilmente: Marcel y yo ganábamos mucho dinero y a Monika le daban mucha paga. Acordamos abrir una cuenta bancaria común con la que solo pudiéramos operar entre los cuatro.

Anotamos todas las decisiones que habíamos tomado en nuestros cuadernos.

—Estuve muchos días pensando en cómo podía daros las gracias por vuestro valor —dijo la señora Trumpf con emoción—. Entonces se me ocurrió que podía regalaros a cada uno un depósito inicial para nuestro club de inversiones. Ahora ya podéis abrir los sobres.

No hizo falta que nos lo dijera dos veces. Cuando vimos lo que contenían, no podíamos dar crédito: en cada sobre había cinco billetes de 500 euros. Ninguno de los tres nos habíamos imaginado que nos daría 2.500 euros a cada uno. Me sentí un poco mareada. Nunca había visto tanto dinero junto.

—No podemos aceptarlo —dijo Marcel tímidamente.

—¡Pero si en realidad no hicimos nada! —añadió Monika dándole la razón.

Pero la señora Trumpf lo veía de otra manera.

—Me prestasteis un gran servicio. No me habría importado mucho que me robaran el dinero. Pero a las joyas que me regaló mi difunto marido sí que les tengo mucho cariño. Cada vez que me las pongo, me acuerdo de los momentos maravillosos que pasamos los dos juntos.

A mí también me incomodaba aceptar tanto dinero, pero percibí lo importante que era para la señora Trumpf dárnoslo. Por eso me levanté y la abracé espontáneamente. Tal vez hacía mucho tiempo que nadie la abrazaba, pues se emocionó mucho. Monika enseguida me imitó. Le hice una seña con la mano a Marcel y me obedeció vacilante.

Después de darle las gracias, volvimos a sentarnos. La anciana estaba encantada. Jugamos un buen rato con los billetes de 500 euros. ¡Cuánto dinero!

—Así que ahora podemos invertir 10.000 euros entre todos —concluyó la anciana, pues, por supuesto, ella también aportaría una contribución de 2.500 euros—. Luego cada mes iremos añadiendo 50 euros cada uno, es decir, 200 euros entre todos. Eso son 2.400 euros al año. Si seguimos así, en seis años conseguiremos ahorrar un total de 24.400 euros, sumando estos 10.000 euros iniciales; pero, como vamos a invertirlo, acabaremos teniendo más dinero. Mucho más.

—¿Cuánto dinero exactamente? —quiso saber Monika.

—Eso os lo contaré más adelante —respondió la anciana—. De momento deberíamos ir enseguida a un banco para abrir una cuenta conjunta donde poder guardar todo este dinero. ¿Alguno de vosotros conoce un buen banquero?

—¡Yo! —me apresuré a responder. ¿Quién podía ser mejor que la señora Heinen?

Nos metimos el dinero en el bolsillo y nos fuimos al banco. La señora Heinen se sorprendió cuando cada uno de nosotros pusimos nuestros cinco billetes grandes sobre la mesa. Nuestra idea le pareció excelente, por supuesto. Hizo todo lo posible para que nuestra cuenta se llamara «Los Magos del Dinero». En los extractos de la cuenta también pondría «Los Magos del Dinero». Cuando los demás empezaron a marcharse, me quedé un momento atrás porque quería hablar con la señora Heinen. Le conté que había tomado la decisión de dar la charla en el evento escolar.

La banquera me miró orgullosa. Elegimos una fecha para que viniera una tarde a mi casa para ensayar el discurso.

Corrí detrás de los demás y enseguida los alcancé. ¡Menuda sensación cuando caminamos todos juntos por la calle! ¡Éramos Los Magos del Dinero! Monika sugirió que nos llamásemos Los Magos del Dinero entre nosotros. A Marcel le pareció excesivo, pero Monika no se dio por vencida tan fácilmente.

Cuando regresamos a la casa que parecía de una bruja, nos esperaba la primera sesión formativa. Ahora teníamos que decidir cómo íbamos a invertir nuestro dinero.

La señora Trumpf empezó a hablar en cuanto estuvimos todos sentados alrededor de la mesa redonda.

—Invertir dinero es mucho más fácil de lo que cree la mayoría de la gente. Básicamente, solo hay que tener en cuenta tres cosas. Os las he escrito en la tercera página de vuestro cuaderno.

Enseguida pasamos la página y vimos lo que había escrito. Lo leí en voz alta.

1. Debo invertir mi dinero de manera segura.

—Claro —dijo Marcel—, sino nos quedaríamos sin pasta.

—Así es —asintió la señora Trumpf.

Leí el siguiente punto.

2. Mi dinero debe poner muchos huevos de oro.

—Nuestro objetivo es multiplicar el dinero —explicó la señora Trumpf—. Así que debemos buscar la inversión que nos ofrezca mejores intereses. Debéis saber que con las acciones siempre se obtienen los mayores beneficios.

Solo nos faltaba el último punto.

3. Nuestras inversiones deben ser fáciles de entender.

—¡Y fáciles de gestionar! —completé.

—Como una cuenta bancaria —añadió la señora Trumpf—. Todo tiene que ser bien fácil.

Para Monika, aquel punto en particular resultó muy interesante. En el fondo, tenía miedo de no ser capaz de entenderlo todo.

—Así que lo invertiremos todo en acciones, ¿no? —concluyó Marcel.

—¿Qué son exactamente las acciones? —preguntó Monika.

—¡Todos los niños saben lo que son las acciones! —respondió Marcel mirándola con arrogancia.

—Entonces, ¿serías tan amable de explicárselo brevemente a Monika? —lo retó la señora Trumpf.

—Pues claro —dijo Marcel—. Las acciones son cuando tu... Mmm, sí, cuando juegas en bolsa y..., bueno, pues, especulas, y... —Marcel se sonrojó y optó por callar.

—Este es precisamente el problema que tienen muchos adultos —dijo la anciana amablemente—. Todo el mundo ha oído a hablar de las acciones, pero pocos saben realmente lo que son.

Tuve que admitir que yo no sabía absolutamente nada sobre acciones, excepto que se llamaban así.

—Imaginaos que Marcel quisiera comprar un ordenador para su servicio de reparto de pan por 1.250 euros —continuó la anciana—. Eso le facilitaría mucho el trabajo y le ahorraría tiempo. Sin embargo, pongamos que no quiere utilizar su propio dinero para comprarlo. En ese caso, podría pedir a alguien que le dejara dinero o ir a un banco y pedir un préstamo. Entonces, tendría que devolver el préstamo regularmente y, además, pagar intereses. Sin embargo, si no quisiera pagar absolutamente nada, todavía le quedaría otra posibilidad: pedir el dinero a vosotros. Podría proponeros que le dierais dinero para su empresa sin tener que devolvérselo ni pagaros intereses. Imaginaos que le prestarais 400 euros cada una.

—Pero ¿por qué iba a darle dinero? —preguntó Monika desconcertada.

—Esa es precisamente la cuestión —se apresuró a explicar la señora Trumpf—. Solo deberíais darle dinero si fuerais a sacar algún provecho. Si a cambio de vuestro dinero Marcel, os diera una participación de su empresa a cada una, entonces, tal vez, tendría sentido que le dierais dinero.

—¿Y cómo podría darnos una participación? —indagué.

—Podríais acordar por ejemplo que cada una de vosotras se quedara con el 10 % de la empresa. Pongamos que su empresa vale 5.000 euros.

—¿Y cómo podemos saber lo que vale? —pregunté.

—El valor se determina únicamente por lo que alguien está dispuesto a pagar por algo —explicó la anciana.

A Marcel enseguida se le ocurrió una idea.

—Puede que otro panadero estuviera interesado en comprar mi empresa para conseguir nuevos clientes. Tal vez le saldría a cuenta, pues mis clientes también podrían estar interesados en comprar sus productos.

La señora Trumpf asintió con la cabeza.

—Tienes mente de emprendedor —lo elogió. Marcel quedó visiblemente complacido. Entonces, la señora Trumpf continuó—: Así que, si alguien le comprara la empresa por 5.000 euros, él se quedaría el 80 %, es decir, 4.000 euros, y cada una de vosotras os quedaríais con el importe equivalente a un 10 %, en otras palabras, con 500 euros.

—¡Eso serían 100 euros más de los que le habría dado inicialmente! —exclamó Monika.

—¡Chica lista! —se rio Marcel. Monika le lanzó una mirada fulminante.

—Pero, entonces —musité—, ¿significa eso que solo podría ganar dinero si Marcel vendiera su empresa?

—No exactamente —respondió la anciana—. También podría darse el caso de que otra persona quisiera comprar tu 10 % de la empresa. Entonces tendrías que decidir a qué precio venderle tu parte. Podrías pedir por ejemplo 550 euros por ella, por lo que acabarías obteniendo muchos beneficios en muy poco tiempo.

—En este caso, yo vendería mi parte por 1.000 euros —exclamó Monika.

—Eso sería lo más lógico —dijo la señora Trumpf—. Pero podría darse el caso de que no encontraras a nadie dispuesto a comprar tu 10 % por ese importe. Porque la gente solo compra acciones cuando cree que podrá venderlas por un valor más alto en un futuro. Eso es, justamente, lo que ocurre cada día en la bolsa. Las bolsas son el lugar donde la gente se reúne para vender y comprar acciones de empresas, siempre con la esperanza de que alguien se las comprará por más dinero en un futuro.

—Pero nadie puede estar seguro de que así sea —reflexioné.

—Es verdad —convino la anciana—. Pero ya se puede intuir si la empresa de Marcel tiene lo necesario para hacer crecer su valor.

—Si el valor de mi empresa aumentara, entonces, vuestras participaciones, vuestro 10 %, también valdría más —comprendió Marcel—. De esta forma, puede que alguien estuviera dispuesto a pagar incluso más dinero por esas acciones con la esperanza de que el valor de la empresa siguiera subiendo todavía más.

—¡Qué deprisa entiendes este tipo de cosas! —exclamé con admiración hacia Marcel.

—Sí, es cierto —lo elogió de nuevo la señora Trumpf—. No todo el mundo tiene facilidad para comprenderlo.

—¡A mí, por ejemplo, me cuesta mucho! —refunfuñó Monika.

—Y eso es, precisamente, lo bueno de las acciones —explicó exultante la anciana—. No hace

falta crear ninguna empresa, basta con adquirir participaciones. Cuando adquieres participaciones, en realidad, estás comprando acciones.

—Así que, prácticamente, es como hacer que otros trabajen para mí con mi dinero —se alegró Monika.

Pero yo todavía no estaba del todo convencida.

—Pero ¿qué ocurriría si nadie quisiera comprar mis participaciones?

—Entonces tendrías que ir bajándolas de precio hasta que alguien pensara que vale la pena comprártelas. Siempre hay personas dispuestas a comprar, la cuestión es a qué precio —explicó la anciana.

—Pero entonces esto significa que también podría perder dinero en el proceso —dije con voz crítica. Aquello no me gustaba nada.

—Así es —coincidió la señora Trumpf—. Sin embargo, solo tendrás pérdidas si vendes las participaciones. Si te las quedas, puede que alguien esté dispuesto a pagar más por ellas en un futuro.

—¿Y mientras tanto no ganaría nada? —pregunté.

—Mientras tanto, recibirías una parte de los beneficios de la empresa —me contradijo la anciana—. Siempre que la empresa obtiene beneficios, se reparten entre todos los que tienen participaciones. A eso se le llama «dividendos».

—Eso significa que Marcel tendría que darnos regularmente una parte de sus ganancias —le dije alegremente a Monika.

—Las empresas suelen contar una vez al año lo que han ganado y luego deciden qué hacer con las ganancias. Por ejemplo, pueden decidir utilizar una parte para comprar cosas nuevas para que la empresa funcione todavía mejor y repartir la otra parte entre todas las personas que tengan participaciones.

—¿Y eso quién lo decide? —quiso saber Monika.

—Todos los que tienen participaciones. Lo decide la mayoría. A eso se le llama «junta de accionistas» —nos indicó la señora Trumpf.

—Me gusta la idea de no tener que saber todas las mismas cosas que Marcel sobre su empresa —resumió Monika para sí misma— y, aun así, poder ganar tanto como él con mis participaciones. ¡Menuda pasada!

—En realidad sí que tienes que saber bastante sobre la empresa —la corregí. Volví a mirar la página con los tres criterios para hacer una buena inversión—. Incluso después de todo lo que nos ha explicado la señora Trumpf, las acciones no me parecen especialmente seguras ni sencillas de entender y gestionar. Tengo la impresión de que solo se cumple el segundo punto: podríamos conseguir muchos beneficios.

—Eso sería verdad si compraras tú misma las acciones —coincidió conmigo la señora Trumpf—, pero también puedes dejar que otras personas elijan por ti en qué empresas comprar participaciones.

—Creo que eso me convendría más —opiné—, pero ¿quién podría hacerlo?

—Eso os lo explicaré con calma la próxima vez que nos veamos —dijo la señora Trumpf con firmeza—. Por hoy ya hemos aprendido muchas cosas y, además, también hemos ido al banco a ingresar el dinero. En la siguiente reunión os enseñaré cómo todos los niños y todas las niñas pueden obtener beneficios de las acciones, aunque en realidad no sepan nada en concreto sobre ese tema.

Marcel no estuvo de acuerdo con su sugerencia.

—Como hombre de negocios inteligente que soy, no quiero dejar mi dinero en el banco sin más. ¡Así no ganaré intereses!

—¡Qué gracioso eres! —se rio la anciana—. Veo que estás más que centrado en obtener beneficios, por eso te va tan bien. Aquello en lo que centremos nuestra atención es lo que acabará creciendo en nuestras vidas.

—O sea, que deberíamos ir corriendo a invertir nuestro dinero, ¿verdad? —preguntó mi primo.

—¡No! —lo contradijo la señora Trumpf—. No siempre tienes que invertir tu dinero de inmediato. Antes de invertirlo, tienes que saber exactamente lo que estás haciendo. Antes de que hagamos nuestra primera inversión, os voy a enseñar a invertir de manera inteligente. También quiero prepararos unos documentos sobre este tema. Quiero explicaros cómo podéis adquirir participaciones de todas las empresas que os gustan.

—¡A mí me gustan McDonald's y Coca-Cola! —me apresuré a decir.

—Y a mí Toys "R" Us —exclamó Monika.

—Pues os enseñaré cómo obtener participaciones de estas y otras empresas —nos prometió la misteriosa anciana.

Los tres estuvimos de acuerdo en que queríamos volver a reunirnos mañana. Pero la señora Trumpf nos pidió que le dejáramos unos días para juntar toda la información. Así que Los Magos del Dinero decidimos que volveríamos a reunirnos al cabo de cinco días.

LA CHARLA

Antes de la siguiente reunión del club, la señora Heinen vino a mi casa para ayudarme a preparar la charla. Yo propuse que la escribiéramos toda, palabra por palabra, pero la señora Heinen, que tenía experiencia dando conferencias, me aconsejó que no lo hiciera porque sonaría muy poco natural.

Decidimos seguir adelante con el plan original. La señora Heinen me haría preguntas y yo las respondería. Pactamos las preguntas y yo ensayé las respuestas. Eso fue todo.

El sábado, el día del acto, estaba cada vez más cerca y yo estaba cada vez más nerviosa. Deseé ponerme enferma o que se cancelara todo el evento.

Finalmente, llegó el sábado por la mañana. Había dormido muy mal y, además, me desperté antes de tiempo. El reloj parecía haberse detenido. Poco a poco, empezó a invadirme el pánico. Se me nubló la cabeza. No pude desayunar. Me sentí incapaz de probar bocado.

Lo que estaba a punto de hacer era una locura. ¿Por qué me había dejado convencer? Seguro que cuando acepté tenía la cabeza ida. Para ser tan valiente, mi estómago estaba haciendo unos ruidos que no sonaban nada bien. Me sentía sobrepasada.

Entonces Dinero se me acercó meneando la cola.

—Ya no puedes ayudarme —suspiré—. Me he metido en un buen lío. Nunca he dado una charla en ningún sitio y ahora tendré que hablar delante de un par de cientos de personas.

Entonces me di cuenta de que Dinero llevaba algo en el hocico. Era mi diario del éxito.

—Muchas gracias por habérmelo traído, Dinero —dije negando enérgicamente con la cabeza—, pero no puedo leerlo. Ahora mismo soy incapaz de concentrarme en nada.

Dinero siguió insistiendo. Me miró con el diario entre sus dientes. Nerviosa, hice un gesto para que se apartara.

El perro me esquivó y dejó caer el diario encima de mi regazo. Cuando intenté dejarlo en el suelo, Dinero enseguida se puso a ladrar.

Aquello me hizo reír. Ya empezaba a sentirme un poco mejor. Abrí el cuaderno. Al hacerlo, pensé instintivamente en lo que habíamos hablado durante nuestra última conversación mental. Precisamente, hojear el diario era lo que me había hecho encontrar el coraje necesario para tomar la decisión de dar la charla.

Abrí el diario pensativa y empecé a leerlo sin ningún orden en concreto. Había logrado muchas cosas: había ganado dinero, había conseguido trabajo, había vivido una aventura en la casa de la bruja, había abierto dos cuentas nuevas en el banco, había aprendido a gestionar el

dinero, había ayudado a mis padres con sus problemas económicos... Contra todo pronóstico, me enfrasqué en la lectura del cuaderno y aquello me distrajo de mi charla inminente. Me sentí como si pudiera hacer casi cualquier cosa que me propusiera.

Seguí leyéndolo durante una media hora y me sentí mucho mejor. Entonces, llegó el momento. Me vestí y fui al garaje a buscar mi bicicleta.

Justo entonces mis padres salieron de la cocina. Querían acompañarme. Pensé que me iba a dar algo. Ni siquiera en sueños me habría imaginado que mis padres me harían caso. Subí al coche con Dinero sin rechistar. El trayecto fue corto. Me acurruqué junto al labrador blanco, cosa que me tranquilizó.

La señora Heinen me estaba esperando en la entrada de la escuela. Me saludó contenta y me agarró de la mano. Entramos en el auditorio del colegio. Estaba abarrotado. ¡Había un montón de gente! Nos sentamos en primera fila. Aunque todavía no me tocaba hablar, tuve la sensación de que todo el mundo me estaba mirando.

De repente, oí una voz familiar. Me giré para ver de dónde venía. En el pasillo de detrás de mí distinguí una cara muy familiar. ¡Allí estaba el señor Goldstern con su silla de ruedas! Su amable chófer lo empujó en dirección a nosotros. Lo saludé encantada.

—¡Kira, este es un día muy importante para ti! —dijo devolviéndome el saludo—. No quería perdérmelo por nada del mundo. Fueron tus padres quienes me avisaron.

La emoción que me embargaba me impidió poder decir nada más. Solo entonces me di cuenta de que el señor Goldstern venía acompañado de todo un grupo de buenos conocidos: Marcel, Monika, la señora Trumpf, el señor y la señora Hanenkamp... ¡Habían venido todos! Los saludé. Aunque seguía estando increíblemente nerviosa, el hecho de ver a todos mis amigos ahí me infundió seguridad. A pesar de sentir miles de mariposas en el estómago, de repente, supe que no me ocurriría nada malo.

La señora Heinen me hizo una señal. Nos tocaba salir. Me levanté y espontáneamente le indiqué a Dinero que me siguiera. Tal vez al público le parecería un poco extraño que subiera al escenario con un perro, pero a mí me pareció apropiado.

Nos colocamos ante un micrófono y la señora Heinen empezó a hablar.

—Queridos estudiantes, queridos padres y queridas madres, queridos profesores y queridas profesoras. Ustedes saben lo importante que es para mí que los niños aprendan a gestionar el dinero de manera adecuada. Llevo mucho tiempo pensando en cuál sería la mejor manera de hablarles sobre este tema. El otro día conocí a una clienta muy joven que gestiona su dinero mejor que la mayoría de los adultos. Cada mes gana mucho dinero y tiene un sistema excelente para dividirlo. Estoy hablando de una chica normal que hasta hace poco tenía problemas para gestionar la paga que le daban sus padres. Pero recibió unos cuantos buenos consejos y hoy ha conseguido reunir tanto dinero que por fin ya puede financiar dos de sus mayores deseos con su propio dinero: viajar a Estados Unidos y comprar un ordenador portátil.

»Esta jovencita se llama Kira y ha aceptado estar hoy aquí para hablarles de su sistema.

Entonces, la señora Heinen se volvió hacia mí.

—Bienvenida a nuestra escuela, Kira, y enhorabuena por tu éxito. Me alegro mucho de que hayas accedido a responder unas cuantas preguntas. Lo primero que me gustaría preguntarte es cómo divides tu dinero.

Explicué al público mi sistema y la historia de la oca que ponía huevos de oro. La señora Heinen me hizo más preguntas sobre posibles maneras de ganar dinero para niños y niñas, sobre mi diario del éxito y muchas cosas más.

Mientras respondía, miraba sobre todo al señor Goldstern, que asentía con diligencia, y también a Marcel, que no dejaba de levantar el pulgar. Aquello indicaba lo buenas que le parecían mis respuestas. Todos mis nervios se habían esfumado.

Cuando por fin pronuncié la última frase y la señora Heinen me dio las gracias con solemnidad, estalló un gran aplauso y Dinero se puso a ladrar. Me dispuse a bajar corriendo del escenario, pero la señora Heinen me retuvo. Así que tuve que quedarme allí arriba a regañadientes mientras me aclamaban. Fue una sensación extraña.

Me reuní de nuevo con mis amigos y recibí un aluvión de elogios. Mi madre me abrazó con orgullo mientras mi padre me acariciaba el pelo. Cuando se hubo calmado el alboroto inicial, el señor Goldstern me dijo con insistencia:

—Estoy orgulloso de ti.

—Estaba muy nerviosa y me he olvidado de muchas de las cosas que quería decir —respondí restándole importancia.

—Se te da muy bien hablar en público y a la gente le gusta escucharte —replicó el señor Goldstern sin cesar en su empeño—. Nadie sabe lo que tenías pensado decir. Y deberías intentar aceptar mis elogios. Lo que acabo de decirte no lo digo a menudo: estoy muy orgulloso de ti.

Hizo una pequeña pausa para que sus palabras me calaran. Luego continuó:

—Pero nunca habrías sabido de lo que eres capaz si te hubieras dejado dominar por el miedo. Las cosas de las que nos sentimos más orgullosos son las que más nos cuestan de hacer. No lo olvides nunca.

Sonreí feliz. ¡Estaba muy contenta de haberlo hecho!

Cuando terminó el evento se me acercó una mujer. Se presentó y me dijo que era la directora de una editorial. Quería proponerme que publicara mi historia en forma de libro.

Marcel la oyó y enseguida le entusiasmó la idea.

—¡Ya sé cómo podrías titularlo! *De cabeza de muñeca a maga del dinero*.

Le dirigí una mirada fulminante. No me entusiasmaba mucho la idea, pero le di mi número de teléfono. No podía contarle a nadie que se lo debía todo a Dinero.

Me despedí rápidamente de la mujer y les dije a mis padres que quería volver a casa andando. Sentía la imperiosa necesidad de estar a solas con Dinero.

Caminé en silencio y feliz por las calles con mi labrador. Por el camino le compré un paquete de galletitas extragrande. Luego nos desviamos hacia nuestro escondite.

En cuanto me senté en el suelo, me di cuenta de lo tensa que estaba. Entonces empecé a llorar suavemente y fui liberándome de toda la tensión acumulada, pero no fue algo desagradable. Al contrario, estaba feliz y orgullosa de mí misma. Tenía los sentimientos a flor de piel. Por primera vez en mi vida tuve la sensación de que podía marcar la diferencia.

Me invadió un gran sentimiento de gratitud. ¡Cómo había cambiado mi vida!

Todavía conmovida, miré a Dinero. De repente me invadió la vaga sensación de que muy pronto algo cambiaría en mi relación con el labrador blanco. Aun así, fuese lo que fuese, no me preocupaba.

EL CLUB INVIERTE

Por fin volvimos a reunirnos en la casa, que parecía de una bruja, de la señora Trumpf. Nos moríamos de ganas de invertir nuestro dinero.

La anciana ya lo había dispuesto todo: nuestros asientos y las velas. Después de sentarnos alrededor de la mesa, la señora Trumpf inició la reunión con aire solemne.

—Queridos Magos del Dinero, hoy es un gran día. Hoy vamos a invertir nuestro dinero por primera vez.

Todos nos quedamos inmóviles en nuestros asientos. Nadie dijo nada.

—10.000 euros es mucho dinero —dijo la señora Trumpf con voz ronca—. Por eso es importante que actuemos de manera inteligente. Me gustaría haceros una propuesta, pero solo invertiremos ahí nuestro dinero si os parece bien a todos.

—A mí me parecerá bien cualquier propuesta que haga —dijo rápidamente Monika.

—Eso ya lo veremos —dijo la señora Trumpf—. Primero me gustaría presentaros la inversión que os dará la oportunidad de adquirir participaciones en las empresas que más os gustan.

—Podríamos comprar acciones de todas las empresas que nos gustan —sugirió Marcel—. Entre todos, tenemos suficiente dinero para hacerlo.

—¿Recuerdas que os prometí que invertiríamos de la manera más sencilla posible? —prosiguió la señora Trumpf—. Pues la solución se llama «fondo».

—¿Hondo? —preguntó Monika.

—Casi, se parece mucho, pero con «f» inicial, «fondo» —aclaró la anciana—. Os he preparado una hoja con la información más importante.

Me tocó leerla en voz alta.

—Un fondo es como una olla enorme en la que muchos inversores ponen su dinero porque no tienen ni el tiempo, ni el conocimiento ni las ganas de comprar acciones por su cuenta. El dinero de esta olla lo invierten en acciones unos profesionales del dinero llamados «gestores de fondos». El Estado lo controla todo muy de cerca y los gestores de fondos deben seguir unas directrices muy estrictas. Por ejemplo, están obligados a comprar, por lo menos, acciones de veinte empresas diferentes.

—¿Por qué? —la interrumpió Marcel.

—Porque las empresas siempre pueden ir mal —explicó la anciana—. Imagínate que tienes 500 euros y compras veinte acciones de una empresa a 25 euros cada una. Si las acciones

perdieran un 40 % de su valor, ya no podrías venderlas por 25 euros, sino que tendrías que hacerlo a 15 euros. Eso significa que solo obtendrías 300 euros.

—Pues menuda tontería —comentó Marcel.

—Ese es precisamente el motivo por el que los gestores de fondos tienen que comprar acciones de al menos veinte empresas diferentes. Sigamos con nuestro ejemplo de 500 euros. Supongamos que con ese importe ahora compramos veinte acciones de diferentes empresas. Si una acción perdiera el 40 % de su valor y las demás se mantuvieran al mismo precio, seguiríamos teniendo 490 euros.

—O sea que solo perderíamos el 2 % de los 500 euros —calculó Marcel rápidamente.

—Exacto, ¡veo que lo has entendido! —lo elogió la señora Trumpf—. La realidad es que algunas cotizaciones bajan, algunas suben y otras se quedan prácticamente estancadas, pero, en general, las cotizaciones al alza suelen superar las que son a la baja, pues los gestores de fondos saben lo que se hacen.

—¿Y qué ocurriría si todas las cotizaciones bajaran? —pregunté ansiosa.

—En este caso, no deberías vender bajo ningún concepto —me espetó la anciana—. ¿Te acuerdas de lo que dijimos la última vez que hablamos sobre acciones? Solo perderás dinero si vendes tus acciones por debajo del precio que las compraste.

—Así que solo deberíamos poner dinero en un fondo siempre y cuando no vayamos a necesitarlo pronto, ¿no? —pensó Marcel en voz alta.

—¡Eso es! —exclamó contenta la anciana—. Solo debemos invertir en un fondo cuando tengamos la intención de dejar ahí nuestro dinero durante más de diez años. Cuando se dispone de tanto tiempo, los fondos son una inversión de muy poco riesgo.

—Claro, porque la mayoría de las acciones del fondo acabarán generando unos buenos beneficios a lo largo de los años —concluyó Marcel.

Monika había estado extrañamente callada durante toda la conversación. Pero, entonces, tomó la palabra.

—¿Y si el gestor de fondos se fugara con nuestro dinero?

—Eso es completamente imposible que ocurra, ya que nunca se transfiere el dinero a los gestores —rio la señora Trumpf—. El dinero se transfiere directamente a un banco depositario y se gestiona desde allí. Es una operación cien por cien segura.

Todos nos quedamos satisfechos con su explicación. Así que seguí leyendo la página en voz alta.

—Los fondos cumplen todos los requisitos para invertir. Están estructurados de tal manera que son excelentes para niños y jóvenes. Son seguros siempre y cuando no se necesite ese dinero en los próximos diez años. Reportan buenos beneficios...

—¿Cómo de buenos? ¿Cuántos? —la interrumpió Marcel.

—Entre el 8 y el 12 % de media al año ¹ —respondió nuestra maestra—. Estos números los he sacado de muchos fondos que han funcionado muy bien y que llevan muchos años obteniendo

este tipo de ganancias.

—¿Cuánto es el 12 %? —preguntó Monika.

—El doble que el 6 % —se burló Marcel.

—Eso no es del todo cierto, de hecho, es bastante más —replicó la señora Trumpf—. Dejad que os ponga primero un ejemplo de cómo se multiplicaría nuestro dinero con solo un 8 % de intereses. Al cabo de veinticinco años, nuestros 10.000 euros se habrían multiplicado casi por siete. Por lo tanto, tendríamos alrededor de 68.000 euros.

—¡Vaya! —exclamó Marcel.

—Tendríamos una oca bien rolliza —me alegré. El cuento de la oca de los huevos de oro ya me resultaba muy familiar.

—Además, tendríamos que sumarle que cada uno de nosotros ahorraríamos 50 euros al mes, es decir, 200 euros en total. Si solo obtuviéramos un 8 % en intereses, al cabo de veinticinco años tendríamos alrededor de 260.000 euros.

Nos quedamos inmóviles, como si nos hubiera fulminado un rayo. Era una cantidad tan inconcebible de dinero que no podíamos ni imaginárnosla.

Por supuesto, Marcel fue el primero en volver en sí.

—¡Eso significa que tendríamos más de un cuarto de millón!

—¡Entonces sí que nos llamaríamos Los Magos del Dinero con razón! —se regocijó Monika.

—Cada uno de vosotros tendría suficiente dinero como para comprarse su propio piso y ni siquiera tendríais cuarenta años. —La anciana se alegró al ver lo contentos que estábamos—. Sin embargo, si luego decidierais invertir de nuevo ese dinero durante otros diez años, volvería a más que duplicarse hasta llegar a casi 600.000 euros.

La cabeza me daba vueltas... ¡Cuánto dinero! Aunque sería de los cuatro, por supuesto. Pero una cuarta parte de esa cantidad serían 65.000 euros, al cabo de veinticinco años, y alrededor de 150.000 euros, al cabo de treinta y cinco años. Qué locura. Estaba convencida de que habíamos elegido bien el nombre de nuestro club. Realmente éramos Los Magos del Dinero.

Todos tenían los ojos puestos en mí. Fue entonces cuando me di cuenta de que me había olvidado de seguir leyendo en voz alta de lo contenta que estaba. Me sonrojé. Continué apresuradamente:

—Los fondos también cumplen el tercer criterio: son muy fáciles de gestionar, casi tanto como una cuenta normal.

Yo ya tenía experiencia con las cuentas corrientes, y eran realmente pan comido.

—¿Qué os parece si invertimos nuestro dinero en esos fondos? —preguntó la señora Trumpf mirándonos a los tres.

Monika aceptó de inmediato. Para nuestra sorpresa, ella también había entendido enseguida las ventajas de invertir en un fondo.

—Ahí nuestro dinero estará seguro, obtendremos un cuarto de millón de beneficios en veinticinco años y será tan fácil de gestionar como una cuenta bancaria normal y corriente.

Yo, por supuesto, también estaba entusiasmada.

Sin embargo, Marcel todavía albergaba ciertas dudas.

—Esa manera de invertir es la más adecuada para nosotros, pero ¿cómo sabremos qué fondo elegir? Seguramente, hay muchos diferentes, igual que ocurre con las acciones.

—Tienes razón. Hay miles de fondos diferentes —confirmó la señora Trumpf—, pero, si nos fijamos bien, enseguida reduciremos las opciones. Os he preparado una hoja en la que he escrito qué criterios debería cumplir nuestro fondo óptimo.

Fijó los ojos en mí. Así que pasé a la página siguiente y volví a leer en voz alta:

—¿Qué debemos tener en cuenta a la hora de buscar un buen fondo?

»1. El fondo tiene que haber estado operativo por lo menos durante diez años. Si ha obtenido buenos beneficios durante un período de tiempo tan largo, podemos suponer que los seguirá teniendo en un futuro.

»2. Tiene que ser un gran fondo de renta variable internacional. Este tipo de fondos compran acciones de todo el mundo. De esta manera, consiguen distribuir muy bien el riesgo y son más seguros.

»3. Tenemos que comparar entre los distintos fondos. Deberíamos fijarnos en cuáles han obtenido los beneficios más altos en los últimos años.

Nos quedamos un momento en silencio, reflexionando sobre lo que debíamos tener en cuenta.

Marcel frunció el ceño. Lo hacía siempre que estaba muy concentrado.

—¿Dónde podemos encontrar una lista de fondos para poder compararlos? ¿Y cómo sabremos cuáles de todos ellos son grandes fondos de renta variable internacional?

—Lo sabremos pasando a la siguiente página —contestó Monika con voz misteriosa.

Ella ya lo había hecho y, efectivamente, la señora Trumpf había grapado una lista muy completa en nuestro cuaderno.

La estudiamos con avidez. Nos resultó bastante fácil encontrar los mejores fondos. Simplemente, nos fijamos en los que habían obtenido más beneficios que los demás.

—¿Qué significa eso que pone aquí en la última columna: «volatilidad»? —quiso saber Monika.

—Son las fluctuaciones. Cuando más fluctúan las cotizaciones, más alto es el número de esta columna. Eso permite saber al inversor lo nervioso que se pondrá. Cuanto mayores sean las fluctuaciones, mayor será la montaña rusa de emociones. Puede que un día las cotizaciones suban de repente y que al cabo de unos días bajen en picado.

—O sea, que cuanto menor sea la volatilidad, menor será el riesgo, ¿no? —preguntó Marcel.

—En cierta manera, sí —respondió la anciana—. La baja volatilidad, sin duda, proporciona una mayor sensación de seguridad. Los beneficios suelen crecer de manera más uniforme.

—¿Y por qué no lo llaman, simplemente, «fluctuación»? ¿Por qué tienen que utilizar una palabra tan complicada? —refunfuñó Monika.

Tuvimos que darle la razón.

La señora Trumpf se rio.

—A veces, la gente del mundo de las finanzas puede llegar a ser muy rara. Tal vez se sientan más importantes si van soltando términos que nadie entiende, salvo ellos. La pena es que entonces mucha gente piensa que no entiende de inversiones. Por lo tanto, no se fían de lo que no entienden, cuando en realidad es increíblemente sencillo.

Ahora ya podíamos comprobar los beneficios que habían obtenido los fondos y la constancia y la tranquilidad con la que habían ido subiendo.

Pero no nos bastaba con saber solo eso.

—Pero ¿cómo vamos a saber cuáles de estos fondos son realmente grandes y compran acciones en todo el mundo para asegurarnos de que sean seguros?

—Pues mirando la siguiente... —empezó a contestar Monika.

—¡Chica lista! —la interrumpí y pasé rápidamente a la página siguiente.

La señora Trumpf nos había preparado una lista de veinte fondos en la que se especificaba el tamaño de estos y los beneficios que habían obtenido en los últimos diez, cinco y tres años. También se detallaba en qué países compraban acciones, incluso decía a qué empresas compraban un número especialmente elevado de acciones.

—¡Ajá! —oímos exclamar a Marcel—. Aquí hay un fondo interesante que, según su descripción, además es adecuado para principiantes; pero no compra acciones individuales, sino otros fondos.

»Echad un vistazo a los fondos que compra. Son los mismos que los que tenemos en nuestro cuaderno. Además, incluyen las empresas que más nos interesan: Coca-Cola, Toys "R" Us, Disney y McDonald's, entre otras.

Todos nos pusimos a examinar la página.

—¡Vaya, es realmente grande y ha obtenido unos beneficios enormes durante estos últimos años! —observó Monika con alegría.

—Más de un 10 % al año y fluctúa muy poco —añadí—. ¿Cómo funcionan este tipo de fondos? —pregunté a la señora Trumpf.

—Bueno, se trata de un fondo de fondos —explicó la señora Trumpf con una sonrisa en los labios—. Se llama así porque el gestor de fondos agrupa varios fondos en uno. Así que no compra acciones individuales, sino los mejores fondos que consigue encontrar. Es una inversión muy segura.

»Pongamos que cada fondo compra alrededor de cien acciones. Pues el gestor de un fondo de fondos compra a su vez quince fondos individuales diferentes, cada uno de los cuales ha comprado unas cien acciones por todo el mundo. Así pues, tendríamos un fondo de fondos de alrededor de 1.500 acciones de empresas diferentes. Es decir, que con nuestros 10.000 euros tendríamos una participación en todas estas empresas, ¿verdad que sería genial?

Enseguida acordamos que aquel fondo de fondos era la inversión más adecuada para nosotros.

Estaremos encantados de enviarle información sobre buenos fondos de fondos:

Reintgen & Schäfer Invest SL,
Calle Gustav-Stresemann 19, 51469 Bergisch Gladbach,
info@rsi24.de, Fax: +49 (0) 2202 20 9 21, Teléfono: +49 (0) 2202 20 90

La señora Trumpf sonrió satisfecha.

—No quería decíroslo antes, pero a mí este fondo también me parece la mejor opción. Es genial que hayamos llegado a la misma conclusión. —Nos miró con ojos escrutadores—. ¿Sabéis lo que ocurriría si las ganancias de este fondo siguieran siendo superiores al 10 % en un futuro?

Nos encogimos de hombros.

—Hay una fórmula muy sencilla que, si la aplicáis, os ahorrará muchos cálculos complicados. Es la fórmula del 72 —nos explicó la anciana—. Solo tenéis que dividir entre 72 el porcentaje de beneficios que obtendréis anualmente. El número resultante es el número de años que tardará en duplicarse el dinero.

—¿Qué? —gruñó Monika.

—¿Cuánto es 72 dividido entre 10? —preguntó la señora Trumpf.

—7,2 —calculó Marcel a la velocidad del rayo.

—¡Correcto! Esto significa que en, más o menos, siete años habremos duplicado nuestro dinero, siempre que sigamos obteniendo un 10 % de beneficios anuales.

Marcel se quedó pensativo.

—Así que, si quiero saber cuántos años tardaría en doblar una inversión con un interés del 15 %, tendría que dividir 72 entre 15. Eso son... 4,8 años.

—Dicho de otra manera. En cinco años podríamos duplicar nuestro dinero si lo invirtiéramos con unos intereses del 15 % —simplificó el cálculo la anciana—. Eso significa que, si en un futuro seguimos recibiendo un 10 %, entonces nuestros 10.000 euros crecerían hasta llegar a los 20.000 euros en siete años. En catorce años crecería hasta llegar a 40.000 euros. En veintiún años, 80.000 euros, y en veintiocho años, 160.000 euros.

—Eso es mucho más de lo que habíamos calculado cuando pensábamos que tendríamos unos intereses del 8 % —me alegré.

—Y lo único que tenemos que hacer para conseguir todo ese dinero es invertir en el fondo de fondos. ¡Qué sistema tan ingenioso! —Monika estaba encantada.

Una vez tomada la decisión, el resto fue pan comido. Rellenamos un formulario y lo firmamos los cuatro. Lo enviamos a la dirección indicada. La sociedad de fondos contestó a los pocos días que nos habían abierto una cuenta y nos dieron el número. Entonces transferimos los 10.000 euros a esa cuenta.

Ahora ya podíamos ingresar los 200 euros que queríamos ahorrar cada mes en ese fondo. Pero la señora Trumpf nos convenció de que era mejor que contratásemos otro fondo de fondos con más riesgo. Así repartiríamos todavía más el riesgo y, al mismo tiempo, aumentaríamos nuestras posibilidades de obtener beneficios.

Últimamente, no había tenido mucho tiempo para escribir en mi diario del éxito. Me habían

propuesto dar una charla y lo había hecho. Los cumplidos, recibidos; mis ingresos habían aumentado todavía más; mis primeras inversiones junto con Los Magos del Dinero...

Tampoco hacía falta que pensara mucho más. Era como si, cuanto más escribía en mi diario, más éxito conseguía. Seguramente, esto estaba relacionado con que cada vez tenía más confianza en mí misma.

Hacía mucho tiempo que no hablaba con Dinero, pero tampoco lo echaba de menos. Me bastaba con jugar y salir a pasear con él. Me encantaba tenerlo cerca. Cuando hacía los deberes, se tumbaba a mis pies y se quedaba mirándome con atención durante un buen rato. Hasta que en algún momento se dormía y entonces emitía un sonido tranquilizador.

LOS ABUELOS DIVERSIFICAN EL RIESGO

Continuamos reuniéndonos con regularidad, por supuesto. Siempre había mucho que aprender y de lo que hablar. También anotábamos una vez al mes la cotización de los fondos. Así sabíamos exactamente el dinero que obtendríamos si decidiéramos vender.

La señora Trumpf decía que en un futuro no sería necesario que lo hiciéramos, pero que ahora que empezábamos nos serviría para aprender mucho. Siempre decía: «Lo mejor es que invirtamos en un gran fondo de fondos y no le prestemos atención hasta dentro de cinco o diez años. Así, cuando miremos la cotización, seguro que habremos obtenido un montón de beneficios».

Durante bastante tiempo, la cotización osciló. Casi no ocurrió nada. No tuvimos ni beneficios ni pérdidas. Sin embargo, en octubre, la cotización de nuestro fondo de repente cayó en picado. Nuestras acciones pasaron a valer solamente 8.000 euros. Habíamos perdido aproximadamente un 20 %.

Nos sentamos en la mesa con la cabeza gacha. Los Magos del Dinero parecíamos más bien cisnes moribundos. No nos lo esperábamos. Nos imaginábamos que nos dirigiríamos siempre hacia arriba hasta conseguir los primeros 50.000 euros.

—Deberíamos apagar las velas —sugerí. No estaba de humor para celebraciones.

Marcel también estaba extrañamente callado. Monika fue la única en darse cuenta enseguida.

—Hoy mi padre ha dicho algo interesante cuando estábamos comiendo. No recuerdo sus palabras exactas, pero desde luego no parecía preocupado. Ha comentado que ahora podría comprar a buen precio. «Por debajo del valor», ha dicho.

—¡Y tiene toda la razón! —exclamó la señora Trumpf. La miramos. Hasta ahora no nos habíamos dado cuenta de que estaba muy tranquila y serena.

—No parece estar preocupada en absoluto por las pérdidas —observó Marcel.

—Porque no hemos perdido nada.

—Sí que hemos perdido, casi 2.000 euros, de hecho, y a mí eso no me hace ninguna gracia —replicó Marcel desafiante.

—Solo tendríamos pérdidas si vendiéramos hoy, pero no vamos a hacerlo.

—Me siento como un perro apaleado.

—Pero ¿qué tienen que ver los perros con esto? —pregunté molesta.

El ambiente estaba muy caldeado, pero la señora Trumpf se rio alegremente.

—Yo reaccioné igual la primera vez que la cotización de mis acciones cayó en picado.

Maldije el día en que las había comprado. También estaba aterrada de que las cotizaciones siguieran cayendo todavía más. Siempre que las cotizaciones bajan, los periódicos se llenan de pronósticos negativos: se ponen a hablar del inicio de una crisis económica mundial, del eterno invierno bursátil...

Marcel y yo nos miramos consternados. ¡Ni siquiera se nos había ocurrido que las cotizaciones pudieran seguir bajando todavía más!

La anciana soltó una carcajada. Era difícil estar preocupada al oírla reír así.

—Ya he vivido unas cuantas de estas llamadas crisis, pero en un par de años las cotizaciones siempre acaban recuperándose. Siempre. Por eso, ahora, estoy tan tranquila cuando bajan las cotizaciones.

Sin embargo, sus palabras no acabaron de convencerme.

—Pero ¿y si realmente entramos en un invierno bursátil tal y como usted acaba de decir?

—Pues, precisamente, el invierno es solo una estación. Una de las cuatro estaciones que existen. Desde que tengo uso de razón, después de cada invierno ha venido la primavera y el verano y, después de cada verano, el otoño y el invierno. Al igual que en la naturaleza, en la bolsa también se alternan las estaciones del año. Siempre ha sido así y así seguirá siendo.

—Entonces habría sido mejor que esperáramos e invertir en invierno —reflexionó Marcel.

—Si hubiéramos sabido de antemano que vendría un invierno, sí... Pero no lo sabíamos. ¿Y si hubieran subido las cotizaciones? Entonces nos estaríamos tirando de los pelos por no haber invertido antes, pues habríamos perdido muchos beneficios.

»Ahora es el mejor momento para comprar, tal y como ha dicho el padre de Monika. Podemos prever que entre los próximos tres y cinco años los precios no solo volverán al nivel anterior, sino que aumentarán entre un 20 % y un 30 %.

»Es decir, nuestra inversión original de 10.000 euros acabará valiendo 12.000 o 13.000 euros. Si pudiéramos invertir otros 10.000 euros ahora, obtendríamos unas ganancias de entre el 50 y el 60 % durante ese mismo período. Estos segundos 10.000 euros pasarían a valer entre 15.000 y 16.000 euros.

—Porque estaríamos comprando por debajo del valor —puntualizó Monika, repitiendo las palabras de su padre.

—¿Qué significa comprar por debajo del valor? —pregunté.

—Significa que ahora podríamos comprar acciones y fondos por mucho menos dinero de lo que valen en realidad —explicó la anciana—. En poco tiempo alguien estará dispuesto a pagar el precio que realmente valen. Si se los vendiéramos, obtendríamos un montón de beneficios.

Marcel, como siempre, quiso tomar una decisión de inmediato y pasar a la acción.

—Deberíamos darnos prisa y comprar mientras las cotizaciones estén por debajo del valor. Veamos si todos tenemos otros 2.500 euros para poder volver a invertir 10.000 euros. Yo sí que tengo mi parte. ¿Y vosotras?

Todos íbamos bien de dinero. Y a Monika le habían vuelto a dar mucho dinero. Para la señora

Trumpf, aquella cantidad no suponía ningún problema. Yo tenía mucho dinero en la cuenta para invertir. Sin embargo, no tenía suficiente. Me faltaban 1.370 euros y no quería tocar el dinero que tenía en mis cajas de los sueños.

Pero no quería que todo fracasara por mi culpa. Pensé febrilmente. Entonces me acordé de que mis abuelos me habían abierto una libreta de ahorros en la que ingresaban dinero regularmente. Se suponía que aquel dinero era para cuando fuese mayor. Había por lo menos unos 3.000 o 3.500 euros.

Compartí mi idea con los demás. Decidimos volver a encontrarnos al día siguiente para una reunión extraordinaria. Entretanto, quería hablar con mis abuelos, porque la libreta de ahorros, desde luego, no era el lugar más adecuado para guardar dinero. El señor Goldstern siempre decía que las libretas de ahorros no eran más que máquinas destructoras de dinero.

Cuando salí de la casa que parecía de una bruja, me esperaban unos cuantos perros para pasear. Después de cenar, por fin pude ir a casa de mis abuelos. Me dieron unas galletas deliciosas y mi abuela me preparó su chocolate especial. Nadie hacía el chocolate tan rico como mi abuela.

Estaba segura de que mis abuelos enseguida se darían cuenta de que era un buen momento para comprar, pero estaba muy equivocada.

Mis padres ya los habían puesto al corriente de todos mis logros. Así que pude ir directamente al grano. Mientras me comía las galletas, les hablé de mi club de inversión. Llevaba conmigo el cuaderno que nos había preparado la señora Trumpf para poder explicarles bien nuestras inversiones. También pude mostrarles la evolución de nuestro fondo, pues cada mes habíamos ido anotando las cotizaciones.

Mi abuelo quedó horrorizado.

—¡Kira, niña, esto es muy peligroso! Vas a perder todo tu dinero.

Intenté explicarle lo que había aprendido: que uno solo pierde si vende cuando el valor es bajo. Que las cotizaciones siempre acaban recuperándose, que siempre hay un verano y un invierno bursátil, que la tendencia de la bolsa a largo plazo siempre es al alza, que ha habido muchas crisis en el pasado, algunas muy graves, y que, sin embargo, las cotizaciones siempre han vuelto a subir.

Pero nada de lo que dije consiguió convencer a mi abuelo, sobre todo porque la abuela lo respaldaba.

—Kira, lo más importante es la seguridad. A lo largo de nuestra vida, hemos visto a mucha gente perder todo su dinero por culpa de una estafa.

—Pero, abuela, no puedes comparar una inversión con una estafa —protesté—. En los fondos gestionan miles de millones. Nadie puede hacerse con ese dinero y huir. Lo controlan el Estado y los bancos.

—Las acciones son peligrosas —dijo mi abuelo sin escucharme de verdad—. ¡No inviertas en bolsa!

—No tenéis ni idea —les espeté—. ¿Cómo podéis estar tan ciegos? Tendríais que ver cómo funciona una inversión antes de juzgarla. Que os resulte extraño no significa que sea peligroso.

Mi abuela levantó la mano en señal de advertencia.

—Los jóvenes deben aprender a escuchar a los mayores. Hemos adquirido mucha experiencia a lo largo de nuestras vidas.

Mi abuelo fue incluso más lejos.

—La soberbia procede al fracaso. Más vale pájaro en mano que ciento volando.

Me habría gustado ponerme a gritar. Así que enseguida me despedí de ellos y me fui para casa completamente frustrada. ¡Ni siquiera había conseguido plantearles mi idea!, aunque, visto lo visto, era impensable que fueran a darme el dinero para nuestro club de inversión. Al contrario, mis abuelos habían intentado convencerme de que no invirtiera. No sabía qué hacer. Además, me sentía un poco insegura.

Cuando llegué a casa, llamé inmediatamente al señor Goldstern. Por suerte estaba disponible para atenderme. Le expliqué que habían bajado las cotizaciones de nuestros fondos y las objeciones de mis abuelos. Le pareció una historia muy graciosa.

—Tienes que entender que tus abuelos están cargados de buenas intenciones. Solo quieren evitar que pierdas dinero y lo están haciendo tan bien como saben.

—¡Pues menuda tontería! ¡Además, no me están escuchando!

—Es probable que hayan tenido un par de malas experiencias a lo largo de sus vidas y que ahora quieran protegerte a ti y a ellos mismos. Es comprensible. Pero ahora en serio, deberías darles las gracias, porque puede que hayas evitado cometer un error gracias a ellos.

—¿Qué error?

—No me parece buena idea que inviertas 10.000 euros ahora. Creo que con 5.000 euros sería más que suficiente.

—Pero ¿por qué? Si invirtiéramos más dinero ahora podríamos ganar muchísimo más.

—Es verdad. Pero ¿y si las cotizaciones siguen bajando? —inquirió el señor Goldstern con paciencia—. En este caso, estaría bien que no invirtieras mucho. Por otro lado, también te iría bien quedarte con un poco de dinero en el bolsillo para invertir en otras cosas.

—Pero no sabemos si las cotizaciones seguirán bajando.

—Exacto, no lo sabemos. Nadie lo sabe. Todos los expertos que intentan predecir el futuro siempre acaban metiendo la pata. Las cosas no suelen salir siempre como pensamos. Precisamente, por eso debes tener siempre una reserva de dinero. No inviertas nunca toda tu oca del dinero en acciones o en fondos de inversión.

—Pensaba que los fondos de acciones era una inversión perfectamente segura —murmuré dubitativa.

—Y es verdad que lo son, sobre todo si dispones de tiempo. Aunque las cotizaciones se hundan temporalmente, siempre acaban recuperándose, pero, para diversificar el riesgo, deberías meter siempre parte de tu dinero en una inversión absolutamente segura.

—No me diga que tendría que poner mi dinero en una libreta de ahorros —se me escapó sorprendida.

—No. Ya sabes lo que pienso sobre las libretas de ahorro. Los bancos tienen otras ofertas mucho mejores. Puedes invertir, por ejemplo, en una cuenta de mercado monetario. Los intereses varían según la situación del mercado. En este momento es del 3,5 %, pero a cambio puedes disponer de ese dinero en cualquier momento.

—Un 3,5 % no me parece gran cosa. Así nunca conseguiré hacerme rica.

El señor Goldstern se rio con ganas.

—No, desde luego, así no conseguirás hacerte rica. De hecho, así ni siquiera conseguirás aumentar tu riqueza. La inflación se comerá tus intereses.

—¿Qué es la inflación?

—Cuando tu dinero pierde valor con el tiempo. Hoy en día puedes comprar una barra de pan por 1 euro. Pero dentro de unos años ese mismo panecillo costará, imagínate, 2 euros. Es decir, que con tu euro solo podrás comprar media barra de pan. Por lo que, en la práctica, tu dinero solo valdrá la mitad. Este fenómeno se llama «inflación».

—¿Y cómo puedo saber lo alta que será la inflación para prever cuánta parte de mi dinero se va a comer?

—Ahora mismo está alrededor de un 3 %. Ahora bien, si quieres calcular exactamente cómo afectará eso a tu dinero, te enseñaré una manera muy fácil de hacerlo. La fórmula del 72 es muy práctica, puede que ya la conozcas porque nos permite calcular los años que nuestro dinero tardará en duplicarse. Pues bien, la fórmula del 72 también puede utilizarse para calcular los efectos que tendrá la inflación en nuestro dinero. Puede indicarnos cuánto tardará el valor de nuestro dinero en reducirse a la mitad teniendo en cuenta una inflación dada. Calcula, por ejemplo, cuánto es 72 dividido por la inflación actual del 3 %. Da 24. Eso significa que de aquí a veinticuatro años tu dinero valdrá la mitad de lo que vale ahora. ¹

Me asombré por lo rápido que iba a suceder.

—Eso significa que la inflación es casi igual que el interés que obtendría con una cuenta de mercado monetario.

—¡Exactamente! Por eso digo que las libretas de ahorro son máquinas destructoras de dinero, porque el interés que te dan ni siquiera llega a compensar las pérdidas por la inflación.

—Sí, pero las cuentas de mercado monetarias tampoco son mucho mejores.

—Tienes razón, pero no hay muchas alternativas. Al fin y al cabo, es mejor no invertir todo el dinero en acciones. Aunque seas muy joven, deberías tener siempre una reserva de dinero. Es la única manera de distribuir el riesgo de manera óptima.

Todavía no estaba del todo convencida.

—¿Y no hay manera de que los bancos me den un interés superior al 3,5 %?

—Sí, hay inversiones con las que podrías obtener mayores intereses, pero entonces tendrías que comprometer tu dinero durante más tiempo. La desventaja de esto es que no podrías actuar

de inmediato cuando llegara un buen momento para comprar más.

—Entonces, ¿qué porcentaje de mi dinero debería invertir en estas cuentas de mercado monetario?

—Eso depende por completo de la situación en la que te encuentres. Como eres muy joven, bastaría con un 20 %. —Tuve la impresión de que no me diría nada más por hoy. Así que le di las gracias y me despedí.

Me habría gustado preguntarle al señor Goldstern cuánto dinero debería poner en la cuenta de mercado monetario y cuánto debería volver a invertir, pero sabía por experiencia que él nunca daba consejos precisos. Siempre se limitaba a explicarme los principios. Siempre dejaba que fuera yo quien decidiera cómo ponerlos en práctica. Quería que no dependiera de él, sino que yo fuera responsable de mis propias finanzas.

Así que me puse a calcular: ahora mismo tenía 1.130 euros. Mañana me tocaba cobrar. Calculé cuánto dinero recibiría: ¡360 euros! Además, había llegado a un acuerdo con algunos de los dueños de los perros para adiestrarlos. Eso serían unos 180 euros adicionales.

Lo sumé todo. Mañana recibiría 540 euros, así que en total tendría 1.670 euros. Decidí proponer a Los Magos del Dinero poner solamente 1.250 euros cada uno para volver a invertir. Mañana pondría mis 420 euros restantes en una cuenta de mercado monetario. Estaba deseando volver a ver a la señora Heinen. Suerte que Marcel me aconsejó abrir mi cuenta con una persona que me cayera bien desde un primer momento.

Satisfecha, me tumbé en mi cama. Estaba segura de haber encontrado una buena solución. Me di cuenta de que había tenido un día muy emocionante. En realidad, todos mis días eran una gran aventura. Nunca me aburría. Todo esto había empezado con Dinero enseñándome a gestionar el dinero.

El labrador blanco yacía junto a mi cama, como de costumbre. Lo acaricié pensativa. Habían cambiado tantas cosas... Ya no era la misma Kira de hace un año. Ahora me interesaban otras cosas y tenía un montón de amigos nuevos: el señor Goldstern, Marcel, el matrimonio Hanenkamp y la señora Trumpf.

Le estaba tan agradecida a Dinero que bajé de la cama de un salto y le di un beso en la cabeza. Él me lamió toda la cara. «Menudo granuja», pensé, y me dormí con una sonrisa en la cara.

EL FINAL DE LA GRAN AVENTURA

Han transcurrido varios meses desde entonces. Empecé a escribir mis vivencias. No sabía muy bien por qué. Quizá solo quería estar segura de no olvidarme de nada. Por eso escribía dos páginas cada día. No me resultaba muy difícil, pues tenía los registros de mi diario del éxito y me lo pasaba bien escribiendo.

Los días pasaban volando y no paraba de vivir nuevas aventuras.

Entretanto, a mis padres les iba muy bien. El señor Goldstern había conseguido convencer a mi padre para que contratara a dos empleados. Al principio le resultó muy difícil hacerlo porque pensaba que no podía permitírselo. Pero, por suerte, confiaba tanto en el señor Goldstern que siguió su consejo. Aquello lo cambió todo. A partir de entonces tuvo tiempo para centrarse en las cosas que más le gustaban, ¡y resulta que esas cosas se le daban muy bien! Antes dudaba de si podía seguir llevando su propio negocio, pero ahora se había dado cuenta de que solo tenía que aprender a delegar algunas de las cosas que no le gustaban y que, por lo tanto, no se le daban bien. Sin embargo, el mayor cambio era que ahora mi padre estaba casi siempre de buen humor. Me parecía simplemente increíble lo mucho que cambia una persona cuando no tiene problemas económicos. Ahora tenía ganas de ir a trabajar cada mañana, incluso silbaba alguna cancioncilla. Aunque sería mejor que no lo hiciera, porque en eso no era muy habilidoso. Además, desde que se había comprado un coche nuevo, se levantaba incluso una hora antes.

Mi negocio también había crecido. Ahora me ocupaba de los perros de unos cuantos vecinos del barrio a los que tenía que pasear, cepillar y adiestrar. Ya no podía encargarme de todo yo sola, pero Marcel me había enseñado a emplear a otros niños. Monika ganaba bastante dinero gracias a eso. Sin embargo, pronto dejé de pensar de dónde sacar dinero y cuándo.

Fue entonces cuando aprendí lo bueno que puede llegar a ser tener problemas, porque significa que tienes que buscar nuevas oportunidades y que puedes aprender mucho. Descubrí lo que podía hacer con el ordenador. Hacía ya un tiempo que había conseguido comprarme un ordenador portátil con mi dinero. Ahora podía hacer los deberes mucho más deprisa y quedaban mejor presentados. Mis notas habían mejorado mucho.

Ahora estaba aprendiendo a hacer estadísticas. La señora Hanenkamp me había ayudado mucho con eso. Era una gran aficionada de los ordenadores y la contabilidad. Fue estupendo poder aprender de ella.

Y, por supuesto, cada vez ganaba más dinero. Lo dividía exactamente igual que antes: el 50 % iba para mi oca, el 40 % para mis objetivos que requirieran dinero y el 10 % para gastar. La

mayoría de los objetivos que había escrito en aquella primera lista que Dinero me había pedido que hiciera ya los había cumplido. Lo único que todavía no había hecho era viajar a Estados Unidos y tenía la sensación de que allí viviría una experiencia extraordinaria, que aquel viaje me cambiaría la vida por completo de nuevo.

Nuestro club de inversión estaba siendo todo un éxito. La cotización de nuestro primer fondo bajó durante el séptimo mes; pero no vendimos y, por lo tanto, no perdimos dinero. Desde entonces las cotizaciones han ido subiendo y, si vendiéramos, obtendríamos unos buenos beneficios, pero no teníamos ningún motivo para hacerlo. Queríamos que nuestra oca siguiera creciendo y creciendo.

Una vez, Marcel insistió en vender. Dijo que quería cosechar los beneficios, pero la señora Trumpf le preguntó qué haría luego con el dinero para que siguiera creciendo. Llegamos a la conclusión de que volveríamos a invertirlo exactamente igual. Entonces, Marcel enseguida se dio cuenta de que vender no tenía ningún sentido.

Ahora teníamos un total de cuatro fondos diferentes. Cada vez que Los Magos del Dinero nos reuníamos, nos lo pasábamos en grande. En cada reunión aprendíamos muchísimo de la señora Trumpf, incluso Monika ya lo comprendía todo. No era de extrañar que pudiéramos dar buenos consejos a nuestros padres. Empezaron a seguir nuestro plan de inversión. Al principio, lo hicieron en secreto, pero pronto ni siquiera intentaron ocultarlo.

Durante ese tiempo, el señor Goldstern recuperó su salud y volvió a dedicarse de lleno a sus negocios. Dinero se quedó conmigo; aunque, por supuesto, seguía yendo a visitar al señor Goldstern con el labrador blanco todos los sábados. Salíamos a pasear juntos y luego siempre comíamos un pastel de chocolate buenísimo. De paso, charlábamos largo y tendido. Era un verdadero genio de las finanzas. Cada vez que lo veía, aprendía algo nuevo. Para él, el dinero era algo normal y natural. Al ver su actitud hacia el dinero, poco a poco fui cambiando la mía.

Cada mes, el señor Goldstern daba charlas a sus clientes sobre inversiones financieras. Mis padres acudían regularmente. Un sábado se le ocurrió una idea. Me preguntó si mientras él daba su charla a sus clientes yo podría dar otra a sus hijos. Acepté. El primer día solo vinieron siete niños. Pero luego se corrió la voz y acabé hablando regularmente ante unos veinte o treinta niños. Gano 40 euros por charla.

Hace unos pocos días, el señor Goldstern tuvo otra idea. Me propuso que creara una empresa para ayudar a los niños a invertir. Se le ocurrió cuando le enseñé el cuaderno que nos había preparado la señora Trumpf. Me pareció una idea genial. Imagínatelo: yo, Kira, fundando una empresa con el señor Goldstern, el genio de las finanzas.

Le pregunté por qué quería fundar una empresa conmigo. Su respuesta se fue directamente a mi diario del éxito: «Porque estás cualificada para ello, tanto por tus conocimientos como por los resultados que has obtenido. Si no creyera que esta empresa podría funcionar mucho mejor contigo que si la fundara solo, no te lo habría propuesto. Atraerás a muchos más niños y niñas para que se conviertan en clientes de los que podría atraer yo por mi cuenta».

Tuve que darle la razón, pero solo pude hacerlo porque la confianza en mí misma había aumentado considerablemente.

Sin embargo, aquel proyecto me tenía increíblemente emocionada. Estaba segura de que pronto viviría aventuras completamente nuevas.

Lo puse todo por escrito. Luego me senté un momento y leí por encima lo que había escrito en el ordenador portátil. Tuve la sensación de que se me daba bien escribir.

Entonces mis ojos se posaron encima de Dinero. Miré pensativa al hermoso perro. Hacía mucho tiempo que no hablábamos y hacía tiempo que quería preguntarle por qué, pero tenía miedo, aunque no sabía exactamente de qué. Tenía la sensación de que estaba a punto de ocurrir algo definitivo.

Entonces, tomé consciencia de la situación: había aprendido a no evitar las cosas que me daban miedo. Así que decidí ponerle la correa a Dinero y sacarlo a pasear por el bosque. Pero aquella vaga sensación persistía y no me dejaba disfrutar del momento. Tenía un nudo en la garganta. Además, estábamos caminando un poco más despacio de lo habitual.

Por fin llegamos a nuestro escondite. Hacía mucho tiempo que no íbamos allí, así que el túnel por el que siempre nos arrastrábamos lo había cubierto casi por completo la maleza. Es por eso por lo que tardamos un buen rato en llegar hasta el claro. No parecía tan acogedor como antes. Todo parecía haber cambiado.

Estaba triste y me quedé mirando a Dinero durante un buen rato. Quería que hablara. Llevaba tanto tiempo sin decir nada que a veces pensaba que tal vez me lo había imaginado todo, pero no podía ser.

Desesperada, le pedí a Dinero que confirmara que realmente podía hablar.

La expresión de la cara del labrador cambió. Tuve la sensación de volver atrás en el tiempo, al momento en que Dinero me había hablado por primera vez.

«Kira, en realidad da igual si puedo hablar o no.»

Me alegré para mis adentros. Lo que estaba oyendo en mi cabeza era indudablemente la voz de Dinero.

«Lo más importante es que me escuches y me entiendas», continuó Dinero imperturbable. «Es como el libro que estás escribiendo ahora. Algunas de las personas que lo lean no escucharán tu mensaje y no cambiarán. Otras, en cambio, empezarán a gestionar su dinero sabiamente. Tendrán una vida más rica y feliz.»

En cuanto Dinero calló, volví a dudar de si lo había soñado o si Dinero hablaba de verdad. Me estaba volviendo loca.

De repente todo cambió. En aquel momento supe que no había estado soñando. No sabría explicarlo, pero tampoco me hacía falta. Sin embargo, también me quedé helada, porque de repente tuve la certeza de que Dinero me había hablado por última vez. Apenas podía respirar debido a la tristeza. Me acerqué al perro y lo abracé durante un buen rato. Lo abracé tan fuerte como pude, como si así pudiera seguir hablándome.

Entonces, pensé en una frase que me había dicho el señor Goldstern: «No estés triste por lo que ya no tienes; da gracias por el tiempo que lo has tenido».

Para mí, eso significaba que a partir de ahora tendría que arreglármelas sin los consejos de Dinero; pero, por otro lado, eso también tenía una parte buena: si ya no podía hablar, entonces, ya no corría ningún tipo de peligro. Nadie querría hacer experimentos con él. Todo el mundo pensaría que mi historia no era más que el fruto de la imaginación de una niña. Empecé a llorar con tranquilidad. Dinero giró la cabeza y me lamió la cara. Esta vez dejé que lo hiciera. Lloré durante un buen rato y luego me sentí mejor.

Tras unos minutos, volví a pensar con claridad. Agradecí todo lo que había aprendido de Dinero. Todas sus enseñanzas vivían ahora en mi interior. Ya no tenía ninguna duda de que algún día llegaría a ser muy rica, probablemente, mucho antes de lo que nadie hubiera imaginado. Sabía que a pesar de tener todo ese dinero seguiría siendo feliz. Además, ahora ya podía contar mi historia y podía hacerlo de tal manera que nadie supiera realmente si me había imaginado la voz de Dinero o si el labrador blanco podía hablar. Me invadió un profundo sentimiento de gratitud. Me quedé en silencio de lo feliz que estaba y estuvimos una eternidad en nuestro escondite, pues era la última vez que lo visitábamos. De repente, me vino la inspiración y supe cómo quería terminar mi libro. Volvimos a casa y escribí:

«Ojalá muchos niños y muchas niñas oigan hablar de este libro. A cierto perro llamado Dinero y a mí nos haría muy felices».

KIRA

CAER SIEMPRE DE PIE

Un epílogo para adultos del doctor Jürgen Zimmer, uno de los psicólogos infantiles más destacados

Cuando derribamos los muros, nuestros horizontes se ensanchan

Un perro llamado Dinero es un libro pionero que debería haberse escrito antes. No instruye como un profesor aburrido con el dedo índice levantado, sino que proporciona a los niños y las niñas la oportunidad de participar, por lo menos, un poco en uno de los privilegios de los que gozan los adultos: ganar dinero. Durante doscientos años, desde que Friedrich Fröbel creó el concepto de «jardín de infancia», sus sucesores han condenado a los niños a un juego domesticado debido a lo mucho que les preocupaba el trabajo y la explotación infantil, según un comentario de la revista *Klein & Groß*. Ahora ha llegado el momento de intentar reconstruir un concepto de trabajo que sea apropiado para niños y niñas y de darles la oportunidad de participar más que antes en las actividades de los adultos.

Un perro llamado Dinero derriba los muros erigidos por los prejuicios, permitiéndonos así ensanchar nuestros horizontes.

Emprender no es explotación infantil, sino un juego que puede despertar pasiones. Además, no es monótono, por lo que puede llevar a vivir momentos sorprendentes y liberar la inventiva.

Aprender del mercado significa aprender de la incertidumbre. Cada pequeña decisión empresarial entraña un pequeño riesgo. Si resultan erróneas, tarde o temprano, tendrán una repercusión económica. Las decisiones correctas, en cambio, nos conducen a obtener mayores beneficios. Jugar a «los negocios» y a «ganar dinero» es algo muy serio. El mercado es como una educación no regulada que a veces parece una carrera de obstáculos, un laberinto de ramificaciones, un lugar en el que hay que tomar decisiones a la velocidad del rayo, un taller para manitas, un áshram para fortalecer los sentidos, una oficina con medidas inusuales o un lugar para intercambiar ideas. Poder aprender del mercado es un sueño que se hace realidad en el mundo de la vigilia.

El mercado es un principio, igual que la democracia. Se puede abusar de él. El mercado no significa golpear y acuchillar sin ningún tipo de regulación, sino transparencia, competencia, responsabilidad por las personas y la naturaleza, jugar limpio y protegerse de las caídas.

El espíritu empresarial significa autodeterminación, dependencia e iniciativa. ¿Determinación? Por supuesto. Pero no sin sentido de la comunidad. El objetivo de educar en la solidaridad es reforzar la idea de que no estamos solos en este mundo, sino que convivimos con los demás, que protegemos a los más débiles, que no discriminamos a los que son diferentes, que no damos ningún paso atrás, que no buscamos tener poder sobre los demás. No se trata solo de las personas, sino también de la naturaleza, de sus criaturas y de sus recursos, que requieren grandes cuidados en este planeta expuesto al expolio. La ética paga: los empresarios que se comportan de manera social y ecológicamente responsables no están alejados del mercado, sino adelantados, y eso podemos enseñárselo a los niños.

Ganar dinero no es algo malo. Se puede usar para hacer cosas buenas, tanto para uno mismo como para los demás. Si se empieza pronto, se acaba desarrollando una resistencia a la mentalidad de vivir de pensiones y subvenciones, un rechazo a ser mantenido por los demás. Las personas que ganan dinero no deben convertirse en esclavos de la espiral de consumo que gira cada vez más deprisa. El espíritu emprendedor ofrece la posibilidad de gestionar con astucia y frugalidad los escasos recursos. Ser inteligentemente modesto (y la educación que eso requiere) significa optar por comprar un producto de primera en vez de uno de segunda tras otro, significa liberarse de las ansias de poseer algo nuevo en intervalos cada vez más cortos de tiempo solo por el hecho de que hayan cambiado el aspecto de un producto y parezca nuevo. La calidad de vida no se consigue acumulando cada vez más productos de alta tecnología, sino, por ejemplo, dedicando tiempo a descubrir el vecindario, expresando sentimientos o enfrascándose en actividades artísticas o empresariales.

Hay que empezar. Cuanto antes, mejor...

Se plantea entonces la cuestión de si esta construcción centroeuropea de la infancia no subestima claramente la cualificación y el potencial emprendedor de los niños.

La práctica hace al maestro: si analizamos la vida de los emprendedores, veremos que la mayoría de las personas que se han atrevido a dar el salto a la actividad empresarial ya estaban obsesionadas con ciertas ideas en su infancia, desarrollando así una fijación y un sentido de la finalidad. La mayoría adquirieron experiencia empresarial práctica en un microcosmos, es decir, practicando en una economía a pequeña escala. Anita Roddick, la fundadora de la empresa internacional The Body Shop, comerciaba con cómics cuando era niña. Gottlieb Duttweiler, que

creó cuarenta mil puestos de trabajo en Suiza con la cadena de supermercados Migros, criaba ratones blancos, cobayas y conejos para vender. Según el psicoterapeuta y empresario Peter Goebel, pensar puede producir un estado de embriaguez y trabajar puede producir placer. Debemos impedir que se extinga el impulso creativo y de independencia de los niños y jóvenes, pues necesitamos pensadores laterales.

Siguiendo con ese análisis, también observamos que muchos de estos empresarios tuvieron dificultades de pequeños y en la escuela porque quisieron encasillarles el pensamiento e impedirles desarrollar sus ideas. ¿Realmente los pedagogos deberían impedir el espíritu empresarial a una edad tan temprana? Nos beneficiaría enormemente conseguir reducir esta tendencia.

Espíritu empresarial

Una nueva variante de catástrofe educativa está empezando a tomar forma: el sistema educativo no está consiguiendo dar una respuesta adecuada y con suficiente repercusión al problema del desempleo masivo. En un futuro, la educación solo servirá para ascender o, siendo más concretos, para asegurar un sustento, si la gente aprende a desarrollar una visión empresarial.

Esto implicaría, entre otras cosas, que los pedagogos profesionales también tendrían que adaptarse. En este caso, no bastaría con limitarse a promover que los trabajadores se cualifiquen y se aferren a la ficción del pleno empleo. Lo que necesitamos es promover la educación del espíritu empresarial desde una edad bien temprana y que el emprendimiento deje de verse como una rareza biográfica y empiece a considerarse una cualificación básica para los ciudadanos.

«Emprendimiento» es un término que proviene de Estados Unidos. Hace referencia al desarrollo de una idea innovadora y empresarial y su puesta en práctica en el mercado.

Exigir en vez de contentar

En Occidente, los hijos y los nietos de las generaciones posteriores a las guerras están excesivamente mimados debido a sus circunstancias económicamente privilegiadas. Los deseos siempre cambiantes de los niños se satisfacen rápidamente, cosa que los tranquiliza durante un corto período de tiempo. Debido a eso, los niños desaprenden lo que la psicología del desarrollo denomina la capacidad de trabajar por un objetivo, para esforzarse ante una dificultad. Los niños y las niñas mimados no están preparados para los tiempos difíciles.

La escenificación centroeuropea de la infancia se sostiene sobre buenas intenciones, como la

abolición del trabajo infantil explotador y la salvaguardia de los derechos de la infancia. Sin embargo, la otra cara de la moneda es que la tendencia a sobreproteger e infantilizar la infancia se está prolongando cada vez más. Para que los niños y las niñas tengan las herramientas necesarias para vivir en esta época contradictoria, es importante que no los domesticemos ni los contentemos con pastillas para calmarlos en forma de educación ocupacional.

Los niños y las niñas disponen de sus propios medios para controlar su desarrollo. Los adultos no deberíamos gestionar su desarrollo, sino que deberíamos comprenderlo, acompañarlo y moderarlo. Deberíamos confiar en las ganas de hacer cosas y el espíritu emprendedor de los niños y las niñas.

Plantear retos a los niños y las niñas de manera gradual y persistente para fortalecerlos no significa proporcionarles, sin más, las soluciones a sus problemas, sino darles la oportunidad de encontrar sus propios caminos y fomentar este proceso de aprendizaje exploratorio, descubridor y experimental, ayudándolos a ampliar su perspectiva y a investigar en profundidad.

PROFESOR DOCTOR JÜRGEN ZIMMER

PRÓLOGO PARA ADULTOS

Hay pocas personas a las que no les gustaría ser más ricas. Algunas somos más conscientes de este deseo que la mayoría y otras pretenden querer ser ricos solo en determinados ámbitos de la vida. En última instancia, la mayoría de la gente quiere ser más feliz, tener más éxito y... tener más dinero. Este deseo no tiene nada de malo. Al fin y al cabo, la riqueza es nuestro derecho de nacimiento. Cuando tenemos dinero en abundancia, vivimos más dignamente y podemos servirnos mejor a nosotros mismos y a los demás. La idea de que tenemos que soportar una vida (financieramente) limitada o incluso de que eso sea algo noble es uno de los peores errores de la humanidad.

Acabar con la idea equivocada

La mayoría de la gente sufre precisamente este destino. Para ellos, sus sueños y su vida cotidiana son dos cosas totalmente distintas y siguen creyendo que esto es perfectamente normal. Me gustaría acabar con esta idea equivocada. Por eso escribí *El camino hacia la libertad financiera*. Paso a paso, puse por escrito todo lo que aprendí de mis *coaches* para hacerme rico. Ese libro es una guía para ayudarte a ganar tu primer millón (en siete años).

¿Por qué escribir una historia?

Un perro llamado Dinero o *Los fundamentos del dinero*, en cambio, es una historia en la que se aplican las lecciones de *El camino hacia la libertad financiera*. Muestra los retos a los que nos enfrentamos para conseguirla y también las cosas casi increíbles que acaban ocurriendo. Dinero es un perro que habla y enseña a una niña de once años a gestionar el dinero; pero no solo aprende a gestionar su propio dinero, sino que también ayuda a sus padres a salir de su miseria financiera.

Quería escribir un libro que llegara al corazón de la gente para así abrirlo a las muchas riquezas que nos depara la vida, entre las cuales se encuentra el dinero.

¿Qué puedes ganar leyendo esta historia? Si ya conoces *El camino hacia la libertad financiera*, esta historia te ayudará a profundizar en tus conocimientos. Probablemente, también te pondrás nuevos propósitos (y renovará los antiguos) y lo que es más importante: obtendrás

nuevas percepciones y perspectivas que podrás utilizar con éxito ante los retos que te encuentres en tu vida de manera creativa y diferente.

Si no has leído *El camino hacia la libertad financiera*, esta historia renovará tu fe en las posibilidades de ese libro. Las experiencias que viven los personajes de esta narración te inspirarán y conmoverán. Volverás a creer con entusiasmo en tu libertad, tu potencial y tu poder.

Las historias no están exentas de problemas

No obstante, tengo que confesar algo: no siempre he creído en el gran valor que tienen este tipo de historias. Por ejemplo, me preocupaba que la gente intentara imitar con exactitud estas narraciones de éxito en lugar de reconocer los principios que las sustentan. Las historias de éxito casi nunca se pueden adaptar. Sin embargo, interiorizar los principios permite encontrar la mejor manera de avanzar en situaciones difíciles. También me preocupaba que los lectores tendieran a admirar (y a imitar) al autor de esas historias en vez de hacerse suyas las verdades, en su mayoría milenarias, que contiene el libro. Las experiencias personales no son transferibles; en cambio, las verdades fundamentales sí.

También me preocupaba que el tipo de narración pudiera implicar una falta de profundidad. Yo no escribo mis libros para expertos financieros a los que dar el enésimo consejo. Quiero interpelar a mis lectores desde su situación actual: a algunos de ellos les aterroriza el tema y, simplemente, no confían en sí mismos para crear riqueza; otros aseguran estar demasiado ocupados y no paran de posponer la gestión de su dinero; otros sienten una aversión más o menos pronunciada por el tema de las finanzas, y, por último, están los que solo necesitan un recordatorio, un empujón.

Además, los modelos complicados suelen despistar a la gente. Hoy en día, con tanta tecnología, parece que solo lo difícil de entender pudiera ser el camino correcto. Tendemos a dejar las verdades sencillas y fundamentales de lado. La gente dice que no puede ser tan fácil, pero sí que lo es, tal y como se ilustra en este libro. Sin embargo, me gustaría señalar una distinción importante: no es fácil de poner en práctica. Las leyes de la riqueza son fáciles de entender, pero no de aplicar. Para ello, a menudo, necesitamos ayuda y este libro también la muestra.

En realidad, escribí *Un perro llamado Dinero* pensando en los niños y las niñas. En este caso, la manera de explicar la historia me pareció la adecuada. Mi idea era lograr conducirlos hacia el dinero y el éxito de manera lúdica, dos temas que a veces se evitan en muchas familias.

Pero estaba equivocado...

Luego recibí varios cientos de cartas de adultos. Todos los mensajes se parecían mucho: «Esta historia me animó todavía más a actuar porque apeló a mis emociones», «Me conmovió mucho», «Por primera vez empecé a meterme en el tema del dinero», «Por fin he entendido cómo llegar a ser verdaderamente rico». Estas reacciones me demostraron que estaba equivocado. Ahora sé que no solo una imagen vale más que mil palabras, sino que una imagen que llega al corazón de una persona a través de una historia vale más que diez mil palabras. Por lo tanto, este libro es apto tanto para niños como para adultos.

Las historias permiten tomar distancia

A los adultos nos resulta muy fácil leer la historia de una niña, pues nos permite adoptar una agradable distancia con la historia a pesar de que nos sea cercana. Al fin y al cabo, es una historia de niños con problemas de niños que ya superamos hace mucho tiempo. Las preocupaciones de Kira no nos afectan tanto como las nuestras. En cierta manera, eso nos resulta tranquilizador. No nos parece tan grave y nos damos cuenta de que ya hemos superado muchos retos. ¿Y si sacásemos una lección de esto? ¿Y si también viéramos nuestra vida como un cuento, por lo menos a corto plazo? ¿Y si imagináramos que somos muy ricos y que estamos echando la vista atrás a nuestra infancia financiera? ¿Y si mantuviéramos cierta distancia con nuestra situación actual como si se tratara de una historia? Una historia con los típicos problemas que hace tiempo que hemos superado. Quizá entonces conseguiríamos reírnos de nosotros mismos, dejaríamos de tomarnos tan en serio a nosotros mismos y a nuestros problemas y veríamos que no estamos, en absoluto, atrapados en ninguna situación. Ese es el poder de las historias.

La orientación es hoy más importante que nunca

Pero *Un perro llamado Dinero* es más que una simple historia. Se trata, más bien, de las leyes del éxito y la riqueza descritas en *El camino hacia la libertad financiera*. Estas leyes son axiomas universales y atemporales del éxito.

Cuando digo que son universales, me refiero a que se aplican en todas partes: en todas las sociedades y culturas y en todas las situaciones, y cuando digo atemporales, me refiero a que no cambian nunca. Esto último es incluso más significativo, pues vivimos en una época en la que los cambios se producen a un ritmo cada vez más rápido. Todo se vuelve más complejo, más turbulento, pues no paran de salir, constantemente, nuevos productos. En los tiempos en los que vivimos, necesitamos la orientación que estas leyes eternas pueden ofrecernos. Y cuando digo que estas leyes son axiomas, me refiero a que son prácticamente indiscutibles.

Los principios son ancestrales

Si esto te parece presuntuoso, deja que te diga dos cosas: en primer lugar, estas leyes no me las he inventado yo. Son como las leyes de la naturaleza, siempre han estado ahí. Rigen nuestras vidas, tanto si nos gustan como si no. Aunque las rechacemos, eso no les quita su validez. Yo, simplemente, las he plasmado y estructurado en mis propias palabras para alcanzar riqueza y éxitos.

En segundo lugar, creo que todas las personas que verdaderamente tienen éxito viven de acuerdo con estas leyes. Los periodistas y presentadores a menudo me piden que demuestre su validez. Siempre he dado numerosos ejemplos de personas que han leído mis libros y han asistido a mis seminarios; pero creo que encontrarás todas las pruebas y los ejemplos que necesitas si haces lo siguiente: piensa en cualquier persona, grupo, organización o empresa de éxito. Intenta acercarte a ellos, analiza el camino que han recorrido y entonces encontrarás los ejemplos y las pruebas que buscabas.

Puede que estas personas que hayas analizado no conozcan las leyes de la riqueza por su nombre, pero eso no es determinante. También es posible que a algunas personas no les guste el lenguaje que utilizo, lo cual es perfectamente lícito. Puede que surjan críticas, algo que también es válido. Cualquiera que se dedique a escribir acaba recibiendo críticas. Puede que algunas personas no entren en la historia que se cuenta en este libro. Es posible que incluso se les ocurra un ejemplo completamente distinto de la misma regla. Incluso puede que les den una importancia diferente. Todas las opciones son correctas y no son más que una muestra de nuestros diferentes desarrollos y personalidades. Sin embargo, sus vidas siempre serán una prueba de la validez universal y atemporal de las leyes.

Conocimientos útiles y necesarios

Este libro te acompañará en tu camino hacia la riqueza y el éxito, pero no es uno de los muchos libros de finanzas que empiezan bombardeándote con todo tipo de información, como, por ejemplo, la historia del dinero. Tales conocimientos pueden resultar útiles, pero no nos ayudarán a llegar más lejos en nuestro camino hacia la prosperidad y la felicidad en la vida. Me he limitado a explicar los conocimientos necesarios, a contar los pasos individuales hacia la prosperidad que yo mismo he experimentado y recorrido.

El peligro que encierra la simplicidad

Así como las explicaciones complicadas corren el riesgo de desviar la atención de lo esencial,

contar verdades fundamentales también entraña sus peligros. A menudo tendemos a concluir demasiado deprisa que eso ya lo hemos oído antes solo por el hecho de reconocer algunas palabras sueltas. Pensar así puede llevarnos a engaño, porque, en el momento en que percibimos algo como conocido, dejamos de aprender. Entonces, ya no estamos abiertos al mensaje real porque creemos que ya lo conocemos.

No se trata solo de aprender algo nuevo, sino también de poner realmente en práctica lo que hemos aprendido.

Las leyes del éxito

A lo largo de la historia, Kira aprende a gestionar el dinero y va descubriendo paulatinamente cada una de las leyes de la riqueza. A continuación, me gustaría enumerar las más importantes. Si luego vuelves a encontrarte estas leyes dentro de la narración, espero que te resulten más fáciles de retener y te motiven más.

1. Determinar qué significa realmente el dinero para ti.
2. Definir los objetivos más importantes. Por qué debemos eliminar algunos objetivos de nuestro enorme catálogo de deseos.
3. La importancia de las cajas de los sueños y el álbum de los sueños. Cómo nos apoya nuestro subconsciente y qué condiciones tenemos que cumplir para ello.
4. Entender que tener unos mayores ingresos nunca serán por sí solos la solución a nuestros problemas de dinero.
5. Asegurar que no nos distraigamos de nuestros propósitos. El arte de la visualización.
6. Ser consciente de que no siempre será fácil. Algunas personas querrán impedir que alcancemos nuestros objetivos, a menudo, incluso amigos y familiares, pero hay formas sencillas de evitar que nos desvíen del camino.
7. Escribir un diario del éxito te empujará a ganar dinero con más regularidad y cada vez en mayor cantidad. La confianza que tengas en ti mismo es lo que marcará la diferencia.
8. Convertir tu pasatiempo favorito en tu profesión, así podrás volver a mejorar significativamente tus ingresos.
9. Comprender la diferencia entre importante y urgente. Cómo no dejarte disuadir de tus buenas intenciones tanto en los buenos momentos como en los malos.
10. Aplicar la regla más importante para hacer cualquier cosa: la regla de las 72 horas.
11. Descubrir cómo ganar mucho dinero de forma lúdica.
12. Entender las cuatro reglas más importantes para reducir las deudas.
13. Recordar la historia de la oca de los huevos de oro o cómo vivir de tu dinero.

14. Utilizar el banco sabiamente te dará alegrías.
15. Asimilar cuál es la verdadera naturaleza de la felicidad y cómo podemos ser más felices.
16. ¿Está bien que nos guste el dinero? El truco de guardar dinero en efectivo en la caja fuerte.
17. Conocer qué significa que el dinero es neutral. La conexión entre el dinero y la felicidad.
18. La importancia de devolver parte de lo que hemos recibido.
19. Aprender a afrontar mejor nuestro miedo y entender lo mucho que el diario del éxito nos puede ayudar a conseguirlo.
20. Aplicar una de las formas más eficaces de hacer crecer nuestro dinero: el club de inversión. Las cinco reglas que garantizan una inversión exitosa.
21. Hacerse con la fórmula mágica para crear dinero de la nada.
22. Entender las tres reglas más importantes para toda inversión.
23. Conocer qué son las acciones y cómo funcionan realmente, cómo se obtienen los beneficios (plusvalías y dividendos), analizar si te conviene invertir en acciones.
24. Por qué puede ser importante salir de vez en cuando de nuestra zona de confort y hacer algo que nos dé miedo.
25. Cómo puedes conseguir más de un 8 o 10 % de beneficios al año. La inversión óptima y la estrategia de inversión casi óptimas.
26. Por qué los fondos de renta variable son tan seguros y dan tan buenos beneficios. Los tres criterios para elegir un fondo seguro.
27. Descubrir lo fácil que es invertir en fondos.
28. Cómo multiplicar tu dinero con los fondos. El poder del interés compuesto.
29. Volatilidad: cómo equilibrar riesgo y beneficio.
30. Cómo calcular mentalmente el interés y el interés compuesto de manera sencilla.
31. ¿Qué hacer si caen los precios? Cómo obtener grandes beneficios en estas situaciones.
32. Lo que hay que saber para obtener grandes beneficios con los fondos.
33. Qué es realmente la inflación, cómo puedes calcular fácilmente el efecto que tendrá sobre tu dinero y cómo la inflación puede convertirse en tu mejor amiga si eliges la inversión adecuada.
34. Cómo el dinero afecta también a todos los demás ámbitos de nuestra vida. Hasta dónde podemos llegar si nos involucramos más en el tema del dinero.

Es probable que surjan sorpresas

Basta con una sola idea para encaminarte hacia la prosperidad. Sin embargo, llegados a este punto, me gustaría llamar tu atención sobre un hecho sorprendente, como una especie de advertencia, por así decirlo: una vez que el dinero empieza a fluir a lo grande, puede llegar tan

rápidamente y en tales cantidades que te preguntarás dónde ha estado escondido durante todo este tiempo.

Este fenómeno es todavía más asombroso porque refuta por completo la idea errónea generalizada de que solo se puede alcanzar la riqueza tras muchos años de duro trabajo. En realidad, la riqueza y la prosperidad son el producto de una determinada mentalidad, ciertas creencias orientadas a la prosperidad. Una vez que se dan estas condiciones, es mucho más fácil de lo que la mayoría de la gente cree.

La ignorancia es rendirse

La mayoría de las personas no se preocupan lo bastante de sus finanzas. En este sentido, son como niños de tres años que se tapan los ojos y piensan que, como no ven, los demás tampoco. En el caso del dinero, que las finanzas no existen. Sin embargo, las finanzas están ahí y, si no nos ocupamos de ellas, se convertirán en una fuerza negativa que nos robará mucha calidad de vida. Si damos la espalda a nuestras finanzas, estaremos dando la espalda a la persona que podríamos llegar a ser. Por supuesto, hace falta valor para alcanzar la vida que realmente queremos llevar, pero hoy en día la libertad financiera está al alcance de todos. Tal y como dijo Séneca: «No es que no lo empecemos porque sea difícil, sino que es difícil porque no lo empezamos».

Nada puede detenerte

Cuando hayas interiorizado estas leyes, los fundamentos del dinero, notarás que tu situación financiera irá mejorando cada vez más. Nada puede detener una idea cuyo momento ha llegado. Lo mismo ocurre con la vida de todo ser humano. Nada puede impedir que reclames tu derecho de nacimiento: la prosperidad. Vivir con dignidad y libertad financiera es nuestro destino natural. Ya nada puede detenerte, a menos que se lo permitas. ¿Por qué? Porque ha llegado el momento. Ahora.

¿Que cómo lo sé? Bueno, han pasado algunos años desde que escribí este libro y han ocurrido muchas cosas desde entonces:

Se han vendido más de tres millones de ejemplares del libro en muchos países, cosa que lo convierte en el libro de finanzas para niños con más éxito del mundo. En Asia, se representó durante un año en formato musical ante dos mil niños cada día y también han basado una serie de cómics en él.

Y lo que es más importante, he recibido innumerables cartas de niños y niñas contándome lo mucho que ha cambiado su vida después de leer *Un perro llamado Dinero*. Son cartas estupidas llenas de experiencias conmovedoras. Les estoy profundamente agradecido.

Lo mismo ocurre con los niños mayores que me han escrito. Me han dicho con unanimidad: «*Un perro llamado Dinero* es el mejor libro para iniciarse en el tema del dinero y las finanzas».

Nuestra vida es un viaje y, si dominamos el tema del dinero, esa ruta puede abrirnos muchas posibilidades y llevarnos en direcciones que nunca habríamos imaginado. Kira es el mejor ejemplo de ello. Al principio de la historia, apenas sabe cuáles son sus sueños y luego no cree que puedan hacerse realidad. Se encuentra con algunas dificultades por el camino, por supuesto, pero, cuando consigue sus objetivos mucho más deprisa de lo que nunca hubiera creído posible, tiene la sensación de que no podría haber sido de otra manera, de que era inevitable. Por último, vive unas experiencias que van mucho más allá de sus sueños.

Me gustaría que a ti te ocurriera lo mismo: que aceptaras tus sueños y los vivieras, que en el viaje de tu vida hicieras descubrimientos que superasen incluso tus sueños.

Ahora ha llegado el momento de empezar la historia. Con un perro llamado Dinero, los fundamentos del dinero, Kira y...

ATENTAMENTE,
TU QUERIDO BODO SCHÄFER

APÉNDICE

ACCIÓN: Una acción es una participación en una empresa, pueden comprarse una o varias partes de esa empresa y cada una de esas partes se llama «acción». Cuando la empresa obtiene beneficios (es decir, gana dinero), los accionistas reciben un porcentaje según el tamaño de sus acciones. Cuanto menor sea su participación en la empresa, menor será su beneficio; cuanto mayor sea su participación, mayor será su beneficio. Si la empresa tiene pérdidas, sus acciones tendrán menos valor. En momentos así, no debes venderlas, sino esperar a que la empresa vuelva a ganar dinero. Lo mejor es leer las explicaciones detalladas de la señora Trumpf sobre las acciones en el capítulo «El club invierte».

INVERTIR: Invertir dinero significa, por un lado, dejar que el dinero aumente gracias a los intereses o los beneficios. Puedes invertir dinero en acciones o en un banco. Por otro lado, también puedes invertir dinero comprando algo arbitrario que sepas que luego podrás vender por mucho más dinero: una obra de arte, una casa, antigüedades...

BOLSA: Reunión periódica de comerciantes para concluir transacciones comerciales en una especie de mercado. La bolsa de valores agrupa la oferta y la demanda y consigue un equilibrio fijando oficialmente los precios. La autoridad suprema en la República Federal de Alemania es el Ministro Federal de Economía, asistido por un comité bursátil.¹ Tienes más información en el capítulo «El club invierte».

FONDOS: Los fondos son activos destinados para fines específicos (activos especiales). Tienes más información en el capítulo «El club invierte».

HIPOTECAS: A grandes rasgos, una hipoteca, el gravamen de un terreno, es un derecho prendario: si el propietario de una casa tiene deudas, puede asegurarlas legal y financieramente hipotecando la casa. Sin embargo, al hacerlo, estará gravando su propiedad inmobiliaria: la propiedad de la casa quedará restringida, ya que, en caso de venta, el deudor deberá entregar los beneficios del título hipotecario.

INFLACIÓN: La desvaluación monetaria. Hoy en día se puede comprar más por 5 euros que dentro de diez años. Con el tiempo, el dinero cada vez tiene menos valor.

PORCENTAJE: Para calcular los porcentajes de una cantidad en la calculadora, escribe dicha cantidad y multiplícala por el porcentaje. Por ejemplo: 3.000×3 , luego pulsa sobre el símbolo de porcentaje (%), no sobre el de igual (=). En este caso, debería dar 90. También puedes calcular los porcentajes dividiendo primero dicha cantidad entre cien (el 1 % es la centésima parte) y multiplicándola después por el porcentaje dado: $3.000 : 100 = 30$ (= 1 %) 30×3 (3 %) = 90.

INTERÉS: Cuando prestas capital a un banco (es decir, ingresas dinero en una cuenta), el banco te paga un precio determinado por ello. Si le prestas al banco 3.000 euros, te dará un tipo de interés regulado de, por ejemplo, el 3 %. Entonces, recibirás el 3 % de 3.000 euros cada año, es decir, 90 euros.

INTERÉS COMPUESTO: Puedes acordar con el banco que al final del año los intereses generados se sumen siempre a tu capital. Si tomamos el ejemplo anterior, al año siguiente tendrías un total de 3.090 euros (a partir de los cuales se calcularían de nuevo los intereses, que, por supuesto, irían aumentando cada vez más: el 3 % de 3.090 euros da como resultado 92,70 euros), y así sucesivamente (3.090 euros + 92,70 euros = 3.182,70 euros). Los intereses de esta suma serían, entonces, 95,45 euros, y así sucesivamente...

BODO SCHÄFER

Nacido en Colonia en 1960, Bodo Schäfer es escritor, empresario y *coach*. Ha escrito, entre otros, el libro de finanzas más exitoso del mundo, *El camino hacia la libertad financiera*, que cuenta con más de diez millones de ejemplares vendidos en todo el planeta. Su obra se ha traducido a más de treinta idiomas.

La novela *Un perro llamado Dinero*, con más de tres millones de lectores, ha sido adaptada para la gran pantalla, ha servido de inspiración para una serie cómica y se ha convertido en un musical que ha recorrido los escenarios de toda Asia. En China es lectura recomendada en las escuelas.

Schäfer, además, da charlas multitudinarias sobre finanzas personales y gestión del tiempo y es el fundador de Children Our Future, una organización que promueve la construcción de escuelas en África.

Notas

1. *Un perro llamado Dinero* se publicó originalmente en 1999 en Alemania. Las técnicas y enseñanzas que proporciona continúan siendo hoy vigentes; sin embargo, los ejemplos concretos de los que se sirven algunos personajes a lo largo de la novela responden necesariamente a la realidad de la economía alemana en el momento de la redacción del libro. En los casos imprescindibles, esta edición incluye notas con los datos más actualizados y adaptados al contexto de España. (N. del E.)

1. En la actualidad, los porcentajes de beneficio obtenidos con los fondos de renta variable distan un poco del ejemplo de la señora Trumpf: la rentabilidad media de la bolsa a muy largo plazo se encuentra alrededor del 6,25 %. (*N. del E.*)

1. La inflación registrada en España en 2022 fue del 5,7 %. Así, aplicando la fórmula del 72 del señor Goldstern, podemos predecir que, a este ritmo, en España, en algo más de doce años nuestro dinero valdría la mitad de lo que vale ahora. (*N. del E.*)

1. En España, la autoridad suprema en la materia es la Comisión Nacional del Mercado de Valores. (*N. del E.*)

Un perro llamado Dinero
Bodo Schäfer

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04.

Título original: *Ein hund Namens Money*

© Bodo Schäfer, 1999
Represented by The Rights Company – Maastricht, The Netherlands (www.therightscompany.nl)

© por la traducción, Marta de Bru de Sala i Martí, 2023
Corrección de estilo a cargo de Álex Herrero

© Editorial Planeta, S. A., 2023
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

© por la ilustración de la cubierta, Jiang Ting
© por el diseño de la cubierta CITIC Press Corporation
Adaptación de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2023

ISBN: 978-84-9998-976-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



Novelas

¡Síguenos en redes sociales!



